



**Losi Havilio**  
**VUELTA Y VUELTA**



Iosi Havilio

## **Vuelta y vuelta**

Literatura Random House

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

“¡Ah, el desierto! El desierto para meditar...  
La soledad es todo lo que el sol baña.  
Y el desierto es el desierto...  
Puro amor, ni agua, ni viento”.

Ahmed Sharif



Mónica Rossi, *Cartones de Rafael. Hoy* (1981), 140 × 200 cm, técnica mixta.

En la ciudad de Buenos Aires, a los 5 días del mes de mayo de 2016, comparece ante la instrucción una persona quien expresó ser **HAVILIO José Segundo, de nacionalidad argentina, titular del D.N.I. Nro. 24.171.602, con fecha de nacimiento 15/03/1974, de 42 años de edad, de estado civil casado, instruido, escritor, domiciliado en la calle Dardo Rocha 614 de la ciudad de Tigre, Provincia de Buenos Aires, teléfono celular 11-5769-9921.** Acto seguido se le hace saber de los contenidos de los artículos 79, 80, 81 del CPPN (derechos de la víctima y de los testigos) de la Ley 23.984, haciéndosele entrega del folleto explicativo de los derechos enunciados con antelación. Se lo pone en conocimiento de las penas por falso testimonio, conforme los artículos 275 y 276 del Código Penal de la Nación Argentina y previo juramento que prestó en forma legal, de acuerdo con sus creencias, prometió decir verdad en cuanto supiera y le fuere preguntado. Invitado para que exponga del hecho que se investiga. Explicadas que le son la generales de la ley (vínculos de parentesco, amistad, enemistad o relación económica con las personas involucradas en los hechos), artículos 242, 243 y 244 del CPPN, refiere que NO existe causa que lo afecte. Invitado para que se exponga sobre el hecho que se investiga, **DECLARA:** Que resulta ser hijo de quien en vida fuera Mónica Susana Elena ROSSI, de 71 años de edad, de nacionalidad argentina, poseedora del D.N.I. Nro. 5.198.290, de estado civil soltera, artista, jubilada, domiciliada en la calle Lamadrid 452, primer piso, barrio de La Boca de esta ciudad. Continuando con su declaración manifiesta que la misma vivía sola desde hace aproximadamente 20 años, comunicándose por última vez mediante mensaje de texto el pasado martes por la noche. Que en el día de ayer no pudo contactarse con la misma durante el día así como tampoco la hermana del declarante, María Lea HAVILIO, quien se comunicó para manifestarle su preocupación al respecto. Aproximadamente a las 22:00 horas, se contactaron con una compañera de trabajo de su madre quien les manifestó que la misma no había concurrido a trabajar en el día de la fecha ni tampoco a un almuerzo con un amigo pintor por lo que decidieron acercarse al domicilio de la misma. Una vez allí constató que la puerta se encontraba cerrada con llave, hallándose la misma puesta del lado de adentro por lo que con un destornillador importante que le prestó un vecino empujó la llave y abrió la puerta con su propia llave logrando entrar al domicilio. Dentro del mismo, acompañado por el novio de su hermana de nombre Maximiliano RICA, siendo aproximadamente las 00:15 horas del día de la fecha, constató que todas las luces estaban apagadas y una vez dentro de la habitación encontró a su madre en la cama, arrojada con una colcha, inclinada sobre su lado derecho y con la perra encima. Seguidamente le habló, Mamá,

mamá, dijo repetidamente y al no obtener respuesta se acercó, advirtió que tenía la boca torcida y los labios amoratados y tomó su mano constatando que estaba fría y que no reaccionaba por lo que, angustiado, solicitó la presencia de una ambulancia. La misma arribó un cuarto de hora más tarde con un médico que comprobó inmediatamente su fallecimiento. Minutos después, se hicieron presentes su hermana, que había sufrido un ataque de nervios en medio de la calle, junto a una amiga de su madre de nombre Adela Asunción RODRÍGUEZ LARRETA; también se hizo presente personal policial que interiorizado de lo sucedido realizó algunas diligencias en el lugar como toma de fotografías, relevamiento de objetos y secuestro de blísteres y cajas de remedios de la mesa de luz e invitó al dicente a la Comisaría de la Comuna 4.ta a los fines de aclarar lo sucedido, a lo cual accedió de conformidad. Preguntado por la instrucción acerca de si sabe si la difunta sufría alguna enfermedad o estaba medicada, al respecto manifiesta que la misma tomaba medicación para el colesterol, pastillas para dormir, sufría una infección urinaria crónica y tenía tendencia a la depresión. En este acto quien declara solicita se le haga entrega del cuerpo para poder realizar cristiana sepultura, a lo que se accederá cuando el magistrado interventor así lo disponga. Preguntado sobre si tiene algo más que agregar, el dicente declara que todo esto le resulta un absurdo. Preguntado de a qué se refiere específicamente con “todo esto”, repite que “todo esto”. Consultado nuevamente si tiene algo más que agregar, declara que lo expuesto es todo cuanto tiene para declarar, no habiendo nada más que añadir, quitar o enmendar. No siendo para más, el acto se da por finalizado, previa e íntegra lectura que de por sí se dio de la presente, la ratifica firmando al pie para constancia. **CERTIFICO.-**

Qué asquerosa! Qué increíblemente asquerosa es la realidad!

Ni bien puse un pie en la isla me entraron unas ganas locas de emborracharme. Me adelanté a la horda de jubilados, estudiantes y parejitas que como yo desembarcaban, precisamente, de *La Realidad*, así se llamaba nuestro catamarán. Caminé rápido por el muelle en busca de un bar. Bienvenidos a la Isla Martín García. Solís, Garibaldi, Brown, Yrigoyen, Perón, Perón! Dos prefectos me hacen la venia acariciándose las gorras. En el apuro trastabillo, se me agotan las manos y el celular va a parar al río. Quise armar un cigarro y al mismo tiempo mandar un mensaje para avisar que había llegado bien. El tabaco quedó desparramado por el piso y el aparato cayó al agua. Esa manía loca de querer manipular todo a la vez. Alcancé a ver la carcasa blanca volando en una parábola torpe, pingbolear entre unas rocas y terminar sepultada bajo unas olitas. Señales del azar, códigos del destino. Me quería desconectar, desconectado estaba.

Encaro por una calle lateral con una hilera de árboles de ojos negros, bocas y moretones a cada lado. Si todo fueras vos, Naturaleza! Tan sabia y destructiva. Me quiero encerrar a llorar, dormir y tomar unos tragos de cualquier cosa. Tengo en el esófago un cuello de tortuga estrangulada, que se siga arrugando! Diagonalizo, rodeo un fuerte con tres cañones. Tres cañones y dos balas. En un claro verde, se abren en abanico una impresionante cantidad de canoas de todos los colores. Diría un centenar, seguro me quedo corto. Dan miedo. En una curva choco con un viejo que vende artesanías. Barcos, balsas, botecitos, todo hecho con fósforos. Tiene los ojos hundidos en el fondo del cráneo. Hola, buenas... Disculpe, el hotel? Flotan... No, no, gracias... Me chupa la mirada un cartón con una lata de Brahma colgando: *Cerveza fría*. Quiero! Algo fresco para empezar. Cuánto cuesta? Treinta mil. Treinta mil qué? Pesos. Pesos?! Pesos nuestros, argentinos. Treinta lucas?! Es un delirio, deme la más helada de todas! Y el hotel? Dónde queda el hotel? El viejo señala con la pera al cielo y a la izquierda. Ahhhhh, qué delicia ese ácido burbujeante corriendo por la garganta! Sigo cuesta arriba, bordeando la prisión. Hago pie en la plaza, me siento en un banco, una pausa, respiro profundo, fondo blanco y siento una pelea de cotorras en lo alto de las palmeras. Se ponen locas con nada.

En el mostrador de la hostería (tremendo olor a formol se respira en el aire) me atiende un transformer: peluca con trenzas y labios leporinos. Soy el primero en llegar. Aleluya! Tengo una reserva, Havilio, con hache inicial. El esperpento me mira raro. Está solo? Solo, sí, solísimo. Me busca en un libraco. Después en una computadora de colección. Sí, sí, acá está, pero... es para la semana que viene, para el 25, estamos a dieciocho. Imposible! Me dieron el okey por mail. Mire,



señor, acá lo tengo. Señor?! Lo que le digo, dice 25 y hoy es dieciocho. Tiene que haber una confusión! Bueno, sí, de hecho hubo una confusión. No, no, no, sí, sí, sí... Me empaco, estamos en un problema. Van llegando los turistas que había dejado atrás. Al lado mío se instala una pareja. Una chica toda de negro con un pulpo rojo colgando del cuello, mucho pelo azabache y un perfil palidón. La conozco. Es Mariana Enriquez, la escritora de cuentos de terror. Ella tarda unos segundos más en ubicarme. Gira la cabeza, sonreímos: Hola! Qué tal?... Qué tal? No somos amigos, nos tenemos de vista, de alguna charla. Qué coincidencia! Qué loco, sí! Qué hacés acá? Qué hacés vos? Vinimos (se corre para que aparezca su compañero) a pasar el fin de semana. Caemos en que viajamos en el mismo barco. Me cuenta que va a escribir una crónica sobre el cementerio de la isla, el de las cruces torcidas. Mariana Enriquez tiene un anillo gigante con una gran piedra de ónix que contrasta con su color de piel. Black & white. Y cómo va todo? Vi que sacaste un libro nuevo. Sí, sí... Y vos? Yo no, por ahora nada, muchos proyectos y pocas nueces, quizás salga algo chiquito, un monólogo. Viniste a pasear? A descansar, sí... Me abro sin que nadie me lo pida, tengo las emociones muy a flor de piel. La verdad es que vengo teniendo un año difícil, murió mi vieja hace un tiempito y bueh, vine a despejarme un poco las ideas. Uy, qué cagada, lo lamento. Sí, sí, un garrón. Fue largo? No, no, de golpe. De la noche a la mañana, literalmente. Yo: También me traje un cuaderno a ver si sale algo y libros para una vida entera! Ese vicio de cargar las mochilas con libros, no te pasa? A mí las islas siempre me gustaron, qué sé yo, la fantasy! A mí más bien me dan claustrofobia. El compañero no dice nada. Mariana Enriquez y su pareja se registran. Vuelvo a encarar a la mujer estafalaria. Fíjese bien, tiene que haber una solución, ya estoy acá, espectro no soy, quiere tocar?, carne y hueso, no voy a dormir en la plaza, no? Mariana Enriquez me escucha de costado. Todo bien? Sí, sí, hubo una confusión en la fecha de la reserva, ya se va a arreglar. La mujerota me ignora, le entrega las llaves a Mariana Enriquez, le informa los horarios de la cena y del desayuno. El almuerzo es en el quincho en cuarenta y cinco minutos. Tienen tiempo para acomodarse. A las dieciséis treinta arranca la visita guiada. Bueno, chau, chau... Nos vemos más tarde. Vas a hacer el tour? No sé, puede ser, no lo había pensado. Nos quedamos solos, la mujer y yo. Hace unos llamados, habla tapándose la boca con la mano. Atrapo al vuelo la palabra *pesado*. O pescado. Me crece un odio, la quiero matar. Otra pareja, con dos criaturas horribles orbitando entre mis piernas, se instala junto al mostrador, me marginan. La conchuda cuelga el teléfono: No sé qué decirle, señor (señor!), lamentablemente estamos súper completos, si fuera por mí... Me sugiere que consulte en el camping. Hay unos dormis. Frunce las cejas, guarda los labios, se acomoda la peluca y le dedica toda la atención al matrimonio infeliz. Me despacha. Van cayendo los jubilados. Respiro hondo y escampo. Dormis!

El camping es un pandemonium. Un mosquerío humano corre de un lado a otro, carpas, cajas, comidas, palotes, se los ve excitados, destilan un entusiasmo rancio. Cargan bolsas de carbón al hombro, maderas, pedazos de carne, infinitos bultos, es difícil caminar en medio de tanto fervor y dar con alguien que sepa algo, pregunto diez veces hasta que me indican una mujer bellísima con

vestido largo estampado con margaritas. Habla con una suavidad! Perturbante. (Podría llamarse Carla, Dalia o María Inés, no la vamos a volver a ver, se vino a la isla hace un par de años buscando un cambio drástico que le dictó su carta natal). Le cuento mi situación, me dice que la cosa está complicada, este fin de semana es la peña anual de los kayaquistas. En los dormis están los del equipo especial, puede llegar a haber alguna cucheta pero vas a tener que compartir... Una cucheta?! Me dejo llevar. Le sigo los tobillos hasta una construcción achanchada. Abre una puertecilla y nos salta al humo un campo de concentración de adolescentes con problemas reales, motrices, de vista, mentales, todos remadores. Allá al fondo, esa cucheta ahí en la esquina quedó libre, te puedo dejar en trescientos mil la noche. El corazón me dice que no, que sí, que no, que sí. Últimamente mi corazón no entiende nada, no sabe a qué agarrarse. Gracias, gracias, quizás, después. Qué mujer más espléndida!

Me quedo boyando en medio de la calle. El polvo me hace toser y tirar la cabeza para atrás. Qué mal arranca todo! Las nubes del cielo corren a velocidad máxima, se enroscan en el faro y pasan de largo, qué cielo! Y ese faro! Tan misterioso. Necesito paz, serenidad y otra cerveza, urgente! Allá voy.

Y de pronto, la suerte me toca el hombro. Buena suerte? Mala suerte?

\*\*\*

Alto, carnoso, rectangular. Antes de verle la cara siento su voz, ronca y salvaje: Estás buscando un lugar para pasar la noche? Me doy vuelta. Qué rasgos más singulares! Brutos, recios, al mismo tiempo infantiloides. Poco pelo sobre las orejas y una musculosa sucia pegada al cuerpo con una aureola de sudor en el centro exacto, un corazón húmedo y desplazado. Una cruz de bronce, de algún tipo de logia, no típicamente cristiana, se le entrevera con los pelos del pecho. Te puedo ofrecer una habitación no muy lejos de acá, en casa de mi madre. Otra madre! Claro, por qué no? Vamos, yo te muestro, si te gusta, te quedás. Si no, sos libre. Norenko, dice y me extiende la mano exhibiendo una puntita de su oscura dentadura.

Le sigo los pasos hasta un jeep rojo ladeado en la zanja de la plaza. Durante el viaje no nos decimos mucho. Lindo día... Sí, lindo, pero puede cambiar en cualquier momento. En el parabrisas tiene una calcomanía de una pirámide dorada y otra (muy gastada) de las islas Malvinas. Damos un par de vueltas a la plaza (claramente innecesarias, un rito, una cábala) y nos metemos por un camino escoltado por tipas inmensas. Pasamos por un teatro, una escuela, el museo de la isla. Estaciona delante de una casa de estilo inglés (holandés o suizo, definitivamente no criollo) que se viene abajo, el frente descascarado y un mástil con un pedazo de tela raída que pudo ser una bandera hace varias décadas. Antes de bajar quiere saber qué vine a hacer a la isla, si tengo algo que ver con los kayaquistas. No, para nada, vine a descansar, a leer y a escribir, le digo. Ah... Tiene una boca tierna y terrorífica. Qué manera de transpirar!

Norenko se me adelanta y no alucino: un lagarto de buen tamaño pega un salto (más bien se deja caer) desde la caja del jeep y lo sigue a unos metros. Abro los brazos, no siento temor pero me nace mostrar cierta impresión. Norenko cabecea sin verdaderas ganas, suelta al pasar: Es un bicho inteligente, muy inteligente. El lagarto se recuesta en tres tiempos a un costado de la entrada entre dos macetones con tierra reseca. Se abre una puerta macizísima y paf! El abandono de afuera fue un tremendo engaño. Todo en el interior es cuidado, brillantez, barroquismo, candor. Las borlas en las paredes, la araña que cuelga en la entrada, los detalles de bronce, las cabezas de serpientes, los esquineros de marfil, las alfombras mauriscas y sus sujetadores, los adornos de porcelana, el perchero en la entrada con su espejo oval y tornasol. Cómo un hombre tan rústico puede vivir en un lugar así! Me quedo duro, boquiabierto. Quién lo hubiera dicho. Y todo encarpetao, todo perfectamente encarpetao. Norenko me despabila, hace un gesto para que lo siga por un pasillo angosto forrado (de punta a punta, del zócalo al techo) por cuadros y cuadritos de todos los tamaños (a vuelo de pájaro: paisajes de un lado, retratos del otro) que desemboca en una encrucijada. Más allá, un ambiente hexagonal, en penumbras, fantasmagoricón. Sillones entelados, mesa larga color caoba, cortinas de raso y más adornos, adornos por todos lados. Apenas me asomo, Norenko me desvía para la izquierda y me hace entrar a la cocina. Sentada a la mesa (de fórmica y redonda de toda redondez), una viejecita de pelo blanco, muy blanco, de piel suave, muy suave, hermosa y movediza, amasa ñoquis, las manos enharinadas. La bautizo Polonia para mis adentros. A su lado, una tetera y una taza, pero no cualquier taza, una taza finísima, esmaltada con arabescos dorados, una taza mágica, antiqúisima! Hola, buenas tardes... Mamá está en otra parte, otra vez Norenko con su vozarrón en la nuca. Escucha lo que quiere, oye pero no presta atención. Y vuelve a depositar su manaza en mi hombro para guiarme a mi posible habitación. Me hace girar como un trompo, subimos por una escalera caracol, alfombrada y crujiente, con mil almanaques en las paredes. Recorremos un pasillo igualito al de la planta baja en sentido inverso. Más cuadros y cuadritos: acá, de un lado, instrumentos musicales; del otro, animales de todas las especies. Tres puertas, abre la segunda. Acá sería... Qué mezclanza de cosas! Todo es exceso, vírgenes, candelabros, mapas y bronces. Y una cama principesca, estructura de hierro, respaldo abarrotado, que da a una ventana sobre un infinito verde, un lugar soñado! Me da miedo que me salga con un precio exorbitante. Y cuánto sería la noche? Doscientos mil con desayuno. Una ganga. Trato hecho!

\*\*\*

La cama es un altar. Un altar maravilloso. Bastante más alta que las normales. Tengo que pegar un salto para subirme (más tarde voy a descubrir un escalón del lado de la ventana, un estribo, qué detalle más hermoso!). Revoleo la mochila que queda enganchada en los cuernos de un torito con montura de peluche. La bolsa con los remedios de mamá (en adelante, Monk) sembrados por el

piso, había olvidado que la traía! Los remedios que no incautó la policía, ni se repartieron entre las amigas, ni se llevó mi hermana, ni donamos a la salita del barrio. Y sigue siendo un pequeño arsenal! Migrales, buscapinas, clonazepanes, lágrimas, aspirinas, carboestrepitos, un pomo de gentamicina, amoxidal y esomeprazoles. Los esomeprazoles vienen en unos blísteres plateados que dan supositorio para osos pero sobre todo miniproyectiles del futuro.

La única lámpara es un plafón lleno de bichos. Muertos y vivos (los muertos, muy muertos, los vivos, muy vivos), un cementerio en la base y una rave al calor de la luz. El baño se puede ver desde la cama, es ridículamente pequeño. Para sentarse en el inodoro hay que pasar una pierna por arriba. Hubo una refacción para arreglar algo que complicó las cosas. La posición del inodoro no era así originalmente, la mochila cuelga del techo, nunca visto! Bueno, me subo al inodoro y desde ahí mando el meo, un chorro largo, todo a la rejillita del lavabo, todo al hoyo.

Necesito dormir mucho, dormir todo lo que no dormí las últimas semanas. La morgue fue demoledora! Tan sobrio todo! Esos cafés inmundos bajo esa lluvia finísima, el teléfono sonajero y la duda madre: suicidio o muerte natural? Cómo puede volverse tan vivo el color de pelo después de un día de muerto!

Las paredes del cuarto están atiborradas de acuarelas pintadas por la misma mano que hizo las del pasillo y las de la escalera. Pero acá no hay paisajes, ni retratos, ni instrumentos, ni animales, acá son todas teteras. Teteras de todas las especies. Teteras viejas, de hojalata, de cerámica, teteras de acero, con el pico de frente y de costado, volcando un hilo de té en una taza. Teteras, teteras, teteras... Y en el medio (no exactamente en el medio, en el medio para simplificar) una tetera con ojos! Que me mira de lleno, me vigila, me interpela. Dos ojos muy abiertos, de gallina empollando, que se salen de las órbitas, a quién se le ocurre? Al lado de la puerta hay un pupitre antiguo, con tintero incorporado, y una silla de madera y un gran mapa de la isla (ya lo voy a estudiar). Después de la siesta se me ocurre que podría intentar mover la cama o pedirle a Norenko que me ayude así traigo el escritorio de este lado, contra la ventana. Me pierdo el mapa pero gano territorio. Suicidarse desde acá sería un placer.

*Junio, Buenos Aires, 1994*

*Querido hijo:*

*Hay veces que la vida se parece a este papel en el que te escribo, un rompecabezas que a punto de armarse, se desarma o le faltan piezas. Esta misma vida me enseñó que cuando todo parecía romperse, no era tan así y que cuando todo está quieto y parece protegernos muchas cosas se quiebran de manera imperceptible. Esta lectura es difícil y muchas veces todo se confunde un poco. Me parece que algo empiezo a saber de todo esto. La vida es un misterio y a vos como artista que sos te va a tocar más profundamente. Sé que estás viviendo un momento fuerte y sé también que hay en vos fortaleza para enfrentarlo. Los años de la infancia quedaron atrás y ahora te toca crecer de golpe. También sé que es duro observar el camino de los padres y ver cómo ellos construyen su destino día a día, a veces con luz, a veces con oscuridad, y no son estáticos y firmes como uno quisiera o hubiera deseado. Son seres como el resto, frágiles y simples, de cara al universo. Esto es vivir, y todo esto es la vida. La humanidad crece y seguirá creciendo en medio de estos enigmas que le toca resolver a cada hombre, a cada mujer. Superando sus guerras y sus pérdidas a través del amor y del trabajo. De esto se trata, de poder construir una vida. Algunos misterios se nos revelan, otros quedan ocultos, mientras tanto seguimos adelante, aunque nos duela todo y el sentido de las cosas se nos escape y perdamos de vista los valores esenciales. La luna y las estrellas brillan, y el mar, con ellas, existe, igual que las tormentas. Siempre estoy y estaré a tu lado y si en algún momento no fue así es porque estuve impedida de hacerlo. Lo que ahora parece desmoronarse no es el germen profundo que inspiró esta familia, sino el deseo de amar y dar a luz. Confiá en eso. Yo hice lo que pude, tropecé mucho, bien lo sé. Tu padre ha tenido una vida fuerte, intensa y comprometida, tuvo cuatro hijos que, me consta, ha cuidado siempre. Fue y es un hombre valiente, generoso y aventurero, gracias a eso ha perdido y ganado mucho. Hijo querido, una vez más, quiero decirte lo mucho que te quiero y te respeto. Ya no estás para muñecos, ya lo sé. Disculpame si con este regalo te trato un poco como a un niño, ese niño que seguís siendo para mí, un niño de veinte años. Tocá el piano todo lo que puedas!*

*Con todo mi amor, Mamá*

Qué viaje! Me duele el cuerpo, la parte baja de la espalda, es un dolor de los lindos, de esos que vienen con el relajo. Me quedé dormido sin sacarme las zapatillas. Confundible con un fiambre. Me siento de cara a la ventana, los pies me quedan colgando. Corro las cortinas, todo se ve tan precioso, una fuga interminable de colores pasteles en degradé. Lindo, triste y feo también. Me calzo y allá voy. Antes, otro meo. En la repisa del baño, hay un viejo frasco de colonia española, me echo un poco al cuello, huelo a guerra civil. En el espejo veo una persona barbuda que se me parece y no.

Bajo crujendo maderas, no están Polonia ni Norenko a la vista. Me sirvo un vaso de agua (un agua deliciosa) y salgo al mundo. Qué aire reconfortante! Camino las dos tres cuerdas que me separan del hotel. Ya no los envidio, todo lo contrario, me parecen unos perfectos condenados. En una esquina de la plaza, de un lado y del otro de un cañón, están Mariana Enriquez y su pareja, conversan bajito, secreteando. Hablan de mí? Me están esperando? Simulo un cruce casual. Hola, hola, qué tal? Me preguntan qué hice, les digo que dormí y ella se ríe. Ellos hicieron de todo. Almorzaron con “la gente” en el salón, vieron un show de folclore, hicieron el tour por la isla: faro, Barrio Chino, arsenales, cementerio, crematorios, el teatro de la comedia bufa. Mariana Enriquez me cuenta que la guía dijo una frase que le impactó: “En esta isla nadie muere”. Están por ir a comprar pan dulce, es famoso. Vamos juntos, la panadería es un antro acogedor y decadente, de hace dos siglos. Me dejó llevar por el entusiasmo y compro tres panes dulces, para llevar a casa y de regalo. A la salida, nos asomamos al presidio: el patio central, el dibujo de las celdas, la torre de vigilancia, un panóptico en ruinas y silvestre. Me interesa pero no me interesa. Nos despedimos: Chau, chau, chau. Quizás mañana... Sí, sí, sí...

Doy con un viejo almacén. Cola larga, todo es muy parsimonioso, compro pan, queso, una lata grande de cerveza. Y un Vat 69, por favor. Qué? Esa petaca verde. Cuánto es todo? Ciento veinte mil quinientos. Bastante bien. Deme también un salame. No, salame no tengo. Y todos esos colgados? Están todavía demasiado frescos... Tan frescos? Sí, muy frescos, ni son salames todavía. Insisto, quiero el salame de todas maneras. Levanta las cejas y no da el brazo a torcer. Tozudo, el isleño.

Me aventuro, me interno en el Barrio Chino: un museo de la demolición, cascarones de casas, marcos de puertas, ventanas, cielorrasos caídos, hojas y raíces metidas por todas partes. Mucha mosca, mucho olor a estanque. Inspecciono un poco, reparo en unas cruces esvásticas muy infantiles pintadas con carbón y sigo de largo por un camino en fuga hasta llegar a un mirador: de

un lado el río, del otro el arenal. Qué bello debió ser todo esto en el pasado, bello y salvaje. Salvaje y puro. Un paraíso antehumano. Cae el sol, a lo lejos una tropilla de ciervos galopa por los pantanos. Qué magnífico concierto de colores!

Pego la vuelta por el otro lado. Remonto un camino escarpado, desemboco en una explanada insólita, un estacionamiento para naves de otra galaxia en medio de una nada verdísima. Vuelvo por una ancha avenida de tilos (qué digo una avenida, un túnel!) que se va estrechando y me arroja en las puertas del cementerio. Reconozco el jeep de Norenko estacionado perpendicular a la entrada y enseguida a Norenko cargando una pala, un pico, una moladora. El lagarto le pisa los pies. Hola! Hola. No sabía que trabajaba acá. No trabajo, hago changas, los muertos no se la rebuscan solos. Voy a pasar a visitar un poco. Adelante, adelante, es un paseo divino.

Mortis triumphus. En cuanto traspaso la arcada, el eterno atardecer que venía viviendo cambia por una noche cerrada. Saco la linterna (de dónde la saco? Quién me puso un linterna en el bolsillo!). La prendo con desconfianza y sin embargo, qué haz! Entro en un laberinto, me tropiezo con algunas lápidas: *Conscripto del 94 Salvador Ferrari 21 de abril 1945 Q.E.P.D.... Arturo Cruz Negrete 20 de abril 1916 Q.E.P.D.... R.I.P Oscar Salvador Deschamps 4/1/1916... Petiscana Antonio R.I.P 1/10/1906...* No tengo miedo. No tengo nada de miedo. Tengo tan poco miedo que me aburro y pego la vuelta. Solo se trata del combate del día y de la noche. Qué hambre loco!

A la altura del faro (hay dos faros, uno nuevo y otro viejo unidos por un cablerío) me encuentro con una pandilla festiva de kayaquistas con remeras amarillas y negras (*Tribus del agua*), cargan una canoa larga sobre los hombros. Gritan con los puños en alto: Oh oh oh! Ah ah ah! Hurra hurra hurra!

\*\*\*

Qué noche más hermosa, sencilla y siniestra. Un cielo lleno de verdad. El cosmos acá está más cerca, mucho más cerca, se vuelve tangible, nos mira de frente, nos habla en sus milésimos idiomas. Se sienten las voces de todos los muertos, más vivas, más deseantes que cuando no estaban muertos. Acá (y ahora) A no es igual a A, ni a B, tampoco es C, acá A son todos los signos juntos, todos los predicados, aniquila cualquier sentido, los analíticos y los sintéticos, los a priori y los a posteriori se funden (confunden) en una misma bola centrífuga. Acá A es v!

Tengo las piernas cansadas. Siento un cinturón de plomo donde termina la espalda. Vuelvo a la casa de Polonia, vuelvo al asombro. Entro y me sorprenden (juro que los había olvidado y no es ardid de novelista) estos mil cuadros y cuadritos colgados a cada lado del pasillo. Arrancan en el zócalo y llegan hasta el techo, los más altos están tan lejos de mi vista que podrían no estar pintados, ni ser cuadritos, ni existir, podrían ser perfectos mamarrachos (tremendas obras).

Cuánta soledad de un lado! Cuántas vidas del otro! Una mujer se repite en todas sus edades, mil

vestidos, mil peinados y expresiones, se repite y se repite. Polonia en todas sus épocas. No siempre es exactamente ella pero incluso siendo otra sigue siendo ella. Más ella. Posando sola, de frente, de brazos cruzados, el busto pero también de cuerpo entero, acariciándose el pelo, tocándose donde no se ve, con una taza en la mano, bailando en ronda, la cabeza escondida detrás de un molino (o es una rueda mágica), jugando al críquet, sobre tablas de esquí, apretando una gallina sangrante por el pescuezo, colgando de la rama de un árbol. Los ojos se le cierran al sol con un chico en brazos que muerde una manzana verde, reza, grita, llora, bebe agua de un arroyo. Polonia, Polonia, siempre Polonia, la expresión calcada, risueña, triste, risueña, triste, triste, risueña. Dulce, feroz. Del otro lado, solo paisajes. Pueblitos, bosques, lagunas, ciudades, parajes pelados, distintas cantidades de nieve.

Ahora que los observo con verdadera intención, mirando más allá de la conciencia de mirar, descubro algo enorme: no se trata de retratos y paisajes puestos así al azar como me había parecido en la primera pasada. Hay algo más, increíblemente singular, rayando con una absurda genialidad: cada retrato se conecta con un paisaje y viceversa. La correspondencia no siempre es consecuente, ni está a la misma altura, las coincidencias se producen en un caos telarácido, profundamente contradictorio. El paisaje toma la forma de la mirada, la asociación está por venir. Qué mente brillante está detrás de todo esto? No puede ser azar, pura distracción decorativa, no, imposible. Podría quedarme horas, días, eternidades admirando el pleonasma de relaciones, pero un ruido ínfimo, un desliz, me convoca en la otra punta del pasillo.

Un ruido (un ruidito), de caja de fósforos, de peine, de animalejo. Voy hociqueando, me paro en el umbral de la cocina, medio fantasma, medio pasmado: Norenko está de espaldas, Polonia de perfil. Lloran? Rezan? Conversan? Juegan, están jugando, pero a qué? Al Jenga? Es lo primero que me sale pero no, no es un Jenga tradicional, ni una torre, ni una pirámide, más bien un octaedro, un extrañísimo octaedro con piezas de todas las formas para encastrar y desencastrar. Polonia levanta la vista (la misma de los cuadritos pero en vivo y en tamaño real), me mira, pero no me mira, sus ojos me pasan refilando, me reclama atención, silencio. La saludo con las cejas, cabeceando al milímetro, me ignora. Está reconcentrada, despliega un brazo en cien apóricos tiempos pinzando los dedos. La mano le tiembla, es imposible que vaya a lograrlo, va a derrumbarse todo, la construcción futuroide tambalea, se cae, se cae, se va a caer, no lo va a lograr, pero lo logra, increíblemente lo logra. La partida (el partido?) debe andar por la mitad. Arriesgo un saludo tímido. Hola, digo. Hola, hola, tres veces hola. Nada, ninguno de los dos. Me voy yendo y balbuceo un buenas noches, tampoco nada. Que descanse, suena la voz de Norenko (esa voz boscosa, suave, endemoniada) cuando hundo un pie en el mullido del primer escalón.

Otra vez solo. Tan breve es el contacto humano, por muy extenso que sea, siempre resulta tan breve. Me desvisto, desparramo las pocas provisiones sobre la cama y armo un picnic hindú. Miro por la ventana. Me llega el griterío, los ahhh, los ohhh, las risas, los bombos y platillos. Música. Juegos que veo de lejos, de muy lejos. Y todo gracias a un malentendido que me alejó de



ese hotel inmundo y de ese camping de infradotados. Qué hermosa la soledad, un salame me haría tan feliz!

\*\*\*

Monk tuvo un taller en California y el río que era bestial, que se inundó varias veces, le arruinó la mitad de la obra (vi telas en bastidores flotando a un metro del suelo) y donde alguna vez entraron a robar con itakas unos tipos encapuchados creyendo que ahí no sé qué. De ahí pasó al taller de Pedro de Mendoza, en Vuelta de Rocha, el mismo que había sido antes de Rómulo Macció, de Leopoldo Presas (qué hombre magnífico!) y mucho antes, al comienzo del XX, de Fortunato Lacámara. En ese taller, Monk hizo su última gran escena, el gran intento del 96, el más espectacular de todos, que incluyó rescate por parte de un vecino, el dueño del bar y anticuario El Corsario, que ocupaba un local en la planta baja del edificio de al lado. El hombre subió a rescatarla por unas escaleras que debió apoyar sobre el célebre balcón que pintó Lacámara (*Desde mi estudio*, 1938). Monk estaba despatarrada en el piso del taller con los perros ladrándole, lamiéndola. Así me contaron, yo la vi unas horas más tarde entubada en la terapia del hospital Argerich. Cuando llego a la guardia de enfermeros, me sientan frente a un escritorio y me entrevistan tres canas: uno habla, los otros dos, mudos. No es la primera vez que Monk pasa por esto, que Monk nos hace pasar esto pero es la primera vez en mi era adulta, antes éramos chicos y quedábamos a la intemperie, ahora los responsables somos nosotros. Es rutina, me dice un enfermero, un doctor, alguien, pero hay que darle intervención a la policía. Mientras uno pregunta, el otro anota en un cuaderno universitario, mis datos, los datos de mi hermana, los de Monk. No puedo decirle mucho cómo sucedieron las cosas porque no estaba, me contaron por teléfono pero supongo bastante bien que Monk tuvo un disgusto (esa palabra!), tomó alcohol y después pastillas. Mi hermana se descompuso y salió al patio del hospital, yo seguí con el relato. Me informaron que estaba fuera de peligro, que había tomado gran cantidad de somníferos, que le habían hecho un lavaje de estómago y que, si bien había que esperar la evolución, cuando se despertase seguramente dentro de las próximas 24 horas la iban a derivar a un hospital psiquiátrico. De acuerdo? De acuerdo. Firmé una hoja cuadriculada, mi declaración y el compromiso. Puedo verla? Dos minutos.

Monk está hecha un trapo, desfigurada, ojerosa, boxeada. Lo más cerca de un muerto vivo que nunca vi. Dos aureolas moradas debajo de cada ojo, dos trompadas iguales, la expresión descompuesta, media lengua afuera, dos cánulas en la nariz, hematomas a lo largo de todo el antebrazo, otro en la muñeca a la altura del pinchazo para el suero. Está atada con gasas a la baranda de la camilla. Mejor así. Alzo las cejas y un médico me aclara. Coma inducido para contrarrestar los efectos de los fármacos. No sabemos cuánto tomó pero todo indica que mucho. Le toco una mano, está helada, igual que la frente. Chau, salgo. Todo lo que sigue es confuso, en

estado febril, consuelos, llamados, idas y vueltas al café de enfrente, el hospital que va desolándose, más partes telefónicos, más café, café, café y café... así la noche, la madrugada que paso con cierta excitación compartiendo con los otros. En una entrada por la guardia, me abordan para decirme que Monk despertó y que la pasaron a una salita porque necesitaban la cama de terapia. Me indican dónde. Ahí, siguiendo por el pasillo. No la encuentro por ningún lado. Me asomo a un cuartito de dos por tres, un cubículo mínimo, pelado, sin aparatos ni instrumental de ningún tipo, a oscuras, ahí está. Igual que antes o peor. Semiconsciente, semiviva, semitodo. Abre un ojo, el izquierdo, el otro lo tiene pegoteado, quiere decir mi nombre pero no le sale. Saca la lengua, abre y cierra la boca, tiene sed. Tarda en reconocermé. Doy unas vueltas, hasta que en enfermería consigo un vaso de plástico. No puede tomar, la libero de las gasas, le mojo los labios, más agua. Me mira desde un fondo cenagoso. Le sostengo la cabeza para que beba. Pobre, pobre, perdoname... Está bien, está bien, callate, no digas nada. Entran a un tipo en una camilla, en las últimas, el torso vendado, este está peor, viene esposado, con una venda en la cabeza y una mancha de sangre en el hombro. Lo dejan contra la otra pared. Ahora somos tres. Un triángulo de luz blanca ilumina un pedazo del cuerpo del tipo. Monk me llama, me tira de la remera, señala con el dedo temblante al que balearon, o apuñalaron, balbucea con la boca pastosa: Maraaaat... Maraaaat... Qué? Maraaaat en la bañera... Shhh... No quiero que diga, no quiero que hable por un tiempo. Ese aliento volteador! A la mañana viajamos en taxi al hospital Alvear, donde estuvo internada por seis meses. Nunca duró tanto un viaje en taxi. Mi temor era que en la mitad del camino cambiara de decisión, se tirara a la calle o algo. Durante todo ese tiempo, yo me pasaba los sábados a la tarde en el taller de Vuelta de Rocha. Me calzaba las botas, me ponía un barbijo y entraba en trance limpiando la mierda de los perros. Ponía esos viejos casetes manchados con óleos que Monk usaba para pintar: ópera, Julio Iglesias, José Luis Perales. Hacía catarsis escurriendo un mar de soretas.

*Quisiera decir quisiera decir  
quisiera decir tu nombre  
quisiera decir quisiera decir  
quisiera decir tu nombre.*

*Quisiera contarte  
que tengo abierta una herida  
que todo el tiempo y la vida  
nunca lograron cerrarme.*

*Quisiera contarte*

*que tengo llanto en la risa  
que estoy muriendo de prisa  
entre la tarde y la noche.*

\*\*\*

Tengo que distraerme. Hay que provocar la distracción para que el misterio se manifieste. Qué misterio? Cualquier misterio! El misterio más tonto del universo va a ser siempre mejor que todo lo conocido. Vuelvo a vestirme, me aferro al Vat, salgo de ronda. La condena no es la vida, la condena es la cobardía.

Un concierto ensordecedor de grillos, sapos, aves nocturnas y bichos alucinantes (invisibles pero alucinantes) me acompaña todo el camino en un contrapunto loquinarde. Al pie del arco de los grumetes una mesita franquea el ingreso. Camuflé la petaca de whisky en el interior de la campera, me pongo en la cola. Muy de canuto. Igual no sé, no sé. Los kayaquistas entran en grupos, eufóricos, chocando las manos, los remos, se hacen saludos extraños, con los antebrazos, las piernas, los hombros, incluso a los cabezazos. Qué tengo que hacer yo en medio de toda esta gente? Quién me manda? La diversión por la diversión. La distracción por la distracción.

Me armo de coraje: un par de sorbos al whisky y me mando. Bono contribución: 50000 pesos. Es para la construcción de una nueva rampa, la que hay se desarma sola, guardate el papelito, va a haber una rifa, después de las medallas y los espectáculos se hace el sorteo. Vos de qué agrupación sos? De ninguna, vengo de colado. Nos encantan los colados! Que disfrutes de la fiesta.

Me toca el 74, el año en que nací. Esas cosas del azar. Siempre tan precisas. En el centro del regimiento hay una gran hoguera todavía sin encender (grande, grande, como de tres tipos parados uno encima del otro). Entre dos postes cuelga una banderola con manos de colores mal estampadas:

Locos x el kayak

Me mantengo un rato al margen, pingponeando de acá para allá mientras le doy unos besos a lo que queda de la petaquita, parando la oreja, en radar, registrando los distintos grupos de gente. Hablan de los Bajos del Temor, de la odisea del año 2000, de un río moto, de la sudestada de la última vez (algunos fueron a parar a las costas de las papeleras, otros estuvieron a la deriva durante días, un par desaparecieron), mencionan una sueca que vino remando desde Asunción. Una sueca mítica.

La fiesta propiamente dicha todavía no se armaba. Sentía las piernas duras, la lengua tiesa, me costaba integrarme. En situaciones como esta me vuelve la timidez adolescente, del tiempo del

acné y el falso comediante que era. Esos raptos me sorprenden y me divierten, flashes de la película de un yo disminuido, en parte sepultado y en parte intacto. Un gordito rengo me ve girando en falso y me invita a sumarme a una ronda: Venga, acá lo que sobran son amigos!

Era un grupo muy heterogéneo, las caras borroneadas por la noche y las llamas. Un par de botellas de cerveza y una damajuana pasaban en círculo: El Montonero! Tomé y picoteé un poco de todo. Qué rápido subía a la cabeza ese vinacho de incendio. Tan rápido que me sumergí en un mutismo inquebrantable. El que tenía al lado (un zombi con visera) quiso sacarme conversación preguntándome sobre mí. No supe articular mucho nada. Me salvó la música, unos parlantes monstruosos que debían sentirse en tres países a la redonda. Una música atroz, pura distorsión, un latigazo al espíritu. Tremendo acople y todos pescuezamos hacia el escenario. El animador (un forzudo con sombrero vikingo, cuernos y trenzas, más músculos que cabeza) soltó una voz de desagüe:

Hermanos y hermanas del agua, esta noche va a ser inolvidable! Créanme, ya ni sé todo lo que va a pasar pero va a ser inolvidable. En cualquier momento se vienen los shows! Y qué shows! Mientras tanto, es tiempo de compartir la aventura, confraternicen, sin pasarse, o sí, pásense de la raya, pero ojo con el trago que mañana hay que volver. O no, no volvamos nunca más! Seamos isleños para siempre!

Una mano invisible (una mano grande, de dedos largos como chotos) me convidó una porción de torta negra (qué negra era esa torta!). La comí por la mitad, demasiado empalagosa para mi paladar, la abandoné en un hueco del tronco. Alguien sacó un trombón y se puso a improvisar. Yo me quedé de bamboleo, moviéndome en el lugar, con las manos en los bolsillos. Aislado pero feliz, me prendí al pico de la damajuana, bebiendo como buen compañero de mí mismo.

Abrió una banda de rock: Los Bogas. Un hard glam insufrible. Después vino una chinita que hizo unas canciones tristísimas con ukelele. Otra tortura! Pero no era todo, siguió un grupo de varieté y un stand up vomitivo con temática de río (un rosario de banalidades, guiños internos y escatologías, el abuso de la risa fácil), cerró una banda de cumbia inverosímil formada por kayaquistas sin oído que igual hizo bailar a todo el mundo. Más tarde vino un interminable desfile en la entrega de medallas y diplomas. Había medallas para todos.

Llegó el sorteo. Para el 43, un botellón de El Montonero. Al 120, un remera de Cófrades del Paraná. Al 55, al 105 y al 300 (300?), vales por treinta mil pesos para el chiringuito. Se vienen los premios mayores! Atención! Este par de remos hechos a manos para el setenta y... tres! Por uno. Qué iba a hacer con un par de remos. Y ahora sí, el trofeo principal: una canoa doble de travesía.

Quién se la va a llevar a tiro? El treinta y... el treinta y... cuatro! A ver, a ver... Dónde está ese

ganador, esa ganadora? Nadie tiene el treinta y cuatro? Treinta y cuatro a la una, treinta y cuatro a las dos, treinta y cuatro a las tres... Vamos a tener que volver a sortear, parece que el treinta y cuatro se pasó de copas, o se fue a torrar.

Metí la mano en el bolsillo de pura inercia y desenvolví el papelito que había abollado de los nervios. No puede ser. Acá lo tengo! Treinta y cuatro! Había leído cualquier cosa, siete por tres. Yo! Yo! Grité y al instante me arrepentí. Aplausos, aplausos, aplausos, por favor! Sin opción, subí al escenario. Me felicitaron y me pasaron el micrófono para que dijera unas palabras. Me hice el chistoso y dije: Unas palabras. Hubo risas pero sobre todo desaprobación. Era todo lo que podía. Gracias a todos! (Todavía siento la constricción de la mandíbula, la distensión de la piel, el desdoblamiento cara/ánimo). En el estribo, saqué de la galera: Quiero ser uno de ustedes! Ya sos!, gritó una voz afónica y desafortunada en la oscuridad. Jurá sobre este remo! Juro, juro! Gracias, gracias, ahora tengo la vuelta asegurada. A todos les gustó mi frase. El vikingo, que todo el tiempo que estuve ahí arriba me abrazó a lo tío, en el momento en que quise bajarme de la tarima, me retuvo apretándome la mano. Cuando se sintió satisfecho, me miró fijo, dos huecos rojos en el medio de la noche. Porque qué somos todos nosotros? Eh, qué somos? Me encogí de hombros y gritó fuerte pegando su boca sucia al micrófono.

*Soomooos...  
una marea de geeenteee...  
todos difereentees...  
remando al mismo compááás...*

Cantaron tantas veces ese patético estribillo. Tantas y siempre con alguna mano zarandeándome el hombro y una mirada buscona que terminé cantando yo mismo!

*Soomooos...  
una marea de geeenteee...  
todos difereentees...  
remando al mismo compááás...*

Después del sorteo, se armó la fiesta posta. Apareció un gigante con rastas hasta la cintura a poner marcha (DJ Rama, DJ Remo, DJ Roma). Me metí un poco entre la gente, recibí algunas palmadas. Ahora a remar, flaco! A remar! Que la vida es una! Me dejás tocar? Quiero algo de tu suerte. Me reconocían, con nada me había convertido en una pequeña celebridad. Agradecía, agradecía, no paraba de agradecer. Me excité un poco, me metí en el bullicio cadereando. Hablé con tres chicas diferentes. Una dentista (Kimberly), una brasilera de culo sobrenatural y una chica

de La Plata. El alcohol me hacía sentir tan desinhibido como torpe en la conversación. Con la chica de La Plata (kayaquista por afición, en tercer año de Arquitectura) pude soltarme un poco más y le hablé de cuando viví allá. De la época en que estudiaba composición en Bellas Artes. Me convidó un porrito y nos reímos mucho. Todo parecía ir muy bien hasta que en un momento no sé qué le dije y ya no me contestó, revolvió el aire con las manos, un pase de magia dándome a entender que no quería charlar más y se alejó dando giros odaliscos. Me frustré por un instante pero enseguida lo sentí un llamado a la libertad y me puse a bailar también. Una música aturdidora y mecánica que en un lugar cerrado hubiera sido un suplicio pero a la intemperie resultaba una nave transportadora al confín del universo. Al principio me costó relajarme, me movía medio espástico cabeceando de un lado al otro con una sonrisa a la fuerza. Me fui para una zona más oscura soltándome de a poco, liberando piernas y brazos, despegando la mandíbula, aflojando la cara. Entré en trance, bailé solo, salí del cuerpo, por fin. Eso era bailar! Metí las patas en el barro, usaba todo el espacio alrededor dando giros largos y grandes, en un presente pleno y solitario. En lo mejor de la fiesta vi venir una sombra, una sombra bruta, depredadora, queriendo agarrarme, chuparme. Fuera sombra embrutecida! Yo no soy carnada fácil para las tinieblas! Ya no!

Y entonces, de la nada, se erigió en el barrial una deidad rubia. Una torre de carnes y huesos, de rasgos perfectos y orejas puntiagudas. La sueca mítica! Todo lo que diga sobre esa criatura siempre va a ser poco. Ya no sé mucho cómo en la escena próxima estaba en su iglú luchando con mis pantalones. Después de un rato de besarnos, tocarnos y chuparnos, me dijo que podíamos hacer de todo pero sexo no. Su español salía de una olla de latón. Soy morrrmona. La penetración no era un plan posible. También me dijo que si quería podía irme. Acepté las reglas del juego. Me contó que había tenido sexo una sola vez en su vida hacía como quince años y había sido por equivocación. Okey, okey. Seguimos excitándonos a los besos y cuando mi pija (muy naturalmente) se insinuó, me paró en seco con sus brazos hacia adelante. Tiempo, tiempo, fui clara, puedes irte cuando quieras. Nos masturbamos durante un buen rato entre gemidos tímidos con una constelación de linternazos pegando contra las paredes de la carpa y acabamos prácticamente a la par aunque su orgasmo fue mucho más extenso y eléctrico.

Dagmar (así se llamaba) se puso a describir la consistencia del semen. Mientras me hablaba en la oscuridad se lo refregaba por la yema de los dedos (yo no lo veía, lo supongo). Me preguntó si me había salido mucho o poco. Ni mucho ni poco... más bien normal, le dije. Hay algo en la *ispesura* que me hace acordar a otra cosa, otra cosa diferente pero parecida, no sé bien qué es, no sabría decirlo, algo de este olor me transporta lejos, a las tardes que pasaba en el bosque con mi abuela.

Era una mujer básica y misteriosa. Tengo mucho sueño, mañana voy a remarme la vida, dijo. Gracias por todo, remató. Se puso de costado y se durmió de inmediato. Me senté en la oscuridad, la observé sin ver nada, le acaricié un hombro, gesto que ella rechazó suavemente endureciendo el

brazo. Eso había sido todo, hora de partir. Me subí los pantalones y salí del iglú en cuatro patas.

Incendio! Incendio! Dos borrachines pasaron haciéndose los tontos. Afuera quedaban los rastros de un campo de batalla. Caminé alrededor de las carpas, la mayoría dormía, alguna que otra luz bamboleante, el cielo era un descontrol de astros. Qué mamá por dios! Había tomado una barbaridad, mezclando todo, cerveza con whisky, con vino, con caña, con más cerveza. A cada paso me retumbaban las sienes como taladros. Fin de fiesta. No había estado mal después de todo, la distracción es la muerte, ya se sabe, pero sin distracción no hay vida!

Había sido un día intenso. Enfilé para el arco de los grumetes con la cama en la cabeza. Y de pronto, entre las sombras, se me cruzó un pico rojo. Mi canoa, mi canoa azul. La rifa, mi juramento. Qué fardo innecesario! Por qué me había tocado a mí? Entre tantos remeros. Cómo me la iba a llevar a casa? Caminando por sobre las aguas? En la bodega del catamarán? Nos contemplamos un rato, nos dimos pena mutua. Decidí abandonarla, algún kayakuista le iba a dar mejor uso que yo.

Y en eso: Te tiro una mano? Una voz a mis espaldas. Eh, sí, claro, justamente... Era un muchacho a todas luces uruguayo, un uruguayo flaco (flaquísimo) y barbudo (a lo náufrago), un cristo salido del río. La cargamos de popa a proa, él en una punta, yo en la otra. Caminamos un trecho largo sin decirnos nada. En la mitad del trayecto rompió el silencio. Me preguntó si me gustaba el fútbol. Sí, de vez en cuando te miro un partido pero futbolero, lo que se dice futbolero... Y de qué cuadro sos? Voy cambiando, empecé siendo de Ferro, conocés? Un equipo medio desaparecido que tuvo su época de gloria, después me hice de Atlanta por un cuñado, y después de Boca por mis hijos, ahora soy mitad de Boca y mitad de Tigre, me tira el barrio. A vos no te gusta el fútbol, no tenés corazón. Yo soy de Peñarol hasta la muerte. Se levantó la remera y me mostró el estadio tatuado en la espalda. Butaca por butaca, grada por grada, los arcos, las líneas, los jugadores! Me preguntó a qué me dedicaba, le dije que escribía, se rio fuerte y volvió a meterse para adentro.

Bajamos la canoa a unos metros de la casa. Volvió a hablar: Hay que amarrarla si no querés que se la lleve la marea. Esfuerzo al pedo habríamos hecho. Buscamos un árbol. Grabate este ciprés. El uruguayo intentó diferentes nudos, los hacía y los deshacía, ninguno lo conformaba, tenía demasiados en la cabeza. Uno porque no era firme, otro porque era complicado y yo no lo iba a saber deshacer. Quiso enseñarme la horca pero me perdía en las vueltas por la borrachera y mi torpeza natural. Al final se inclinó por un nudo doble que me hizo desatar tres veces. Listo, dijo y extendió una mano. Lo miré sin entender. Una propinita? Uy, no, me gasté todos los morlacos en la fiesta... Porteño tenías que ser! Machito miserable, bueno para nada. Escupió al piso, pegó media vuelta y se lo tragó la noche.

Caminé en zigzag de la canoa a la puerta de la casa, me había quedado con ganas de bailar, casi siempre me quedo con ganas de bailar, y de coger. Una mormona, por dios! Pero qué mormona más linda, quién lo hubiera dicho! La casa de Polonia se me hacía flotante, me detuve frente a la

puerta, qué borrachera. Oh, el lagarto! Felpudo escamoso de bienvenida. Estuve por patearlo, pero, no, no, me atajé, abrí la puerta y levanté una pata, después la otra, y el lagarto ni mu.

Me saqué las zapatillas, las plantas de mis pies quemaban, al contacto con el piso salió un humito blanco. Me puse a hablarles a los cuadros, a todas las Polonias, un mondo di donne! Señora, señorita, su majestad, qué preciosa esa cara de anguila franca, de águila guerrera, de camaleón. También le dediqué unas palabras a algunos paisajes. A las piedras (qué robusta!), a las montañas (qué laderas!), a los accidentes (qué quiebres!). Le dije a un lago: Cuánta calma, Nosferatu! Qué onda el fondo de la cosa? Basta, basta, suficiente! Me saqué la ropa a las patadas. En la cama me entró un hervor. Un hervor permanente, manso, un hervor paralizante, de las manos, de los pensamientos, tenía la pija más dura que nunca. Entreabriendo los ojos visualicé las bolsas con los panes dulces. No me pude resistir. Gateé hasta la punta de la cama, manoteé un pan dulce, me abrí de piernas y me lo devoré con hambre de oso.

Mientras comía (qué asco! cuánta fruición!), luchando con un masacote, caí de pronto en que el cuarto estaba hecho de plastilina. No sabría decir en qué sentido. Tenía la cabeza abombada y la boca prendida fuego. Todo giraba en falso: los barrotones de bronce, los cristos con sus cabezotas doradas, esas cortinas fantasmales en vaivén. La vista del cielo de nubes aparatosas cerca del amanecer y una luna muy lejana. Terrible lejana luna! A dónde va a ir a parar toda esta experiencia nueva? El colchón se hundía en el medio, era todo lo contrario a un buen colchón. Y lleno de migas, un mar de migas. Cómo había hecho esto, lo otro. Me masturbé tres veces seguidas y caí frito. Qué cumbre!



## Color y teatralidad en Mónica Rossi

Son de rotundo efecto los grandes lienzos que Mónica Rossi expone en la galería Jacques Martínez. Como telones teatrales, encierran universos en los que el detalle y el brochazo certero se unen en un logrado cromatismo. Mucho encanto y mucha poesía se desprenden de estas obras en las que escenográficamente podemos reconocer perfiles que recuerdan los reiterados por Cocteau: escalinatas, columnas, balaustradas, caballos, animales y cambiantes perspectivas. Todo lo enumerado —que por medio del len-

guaje escrito puede parecer confuso— es siempre dispuesto con gran rigor compositivo, con una armonía que nos animamos a calificar de barroca, en la que los trazos del lenguaje contemporáneo no están sin embargo ausentes. Mucho de feérico, de alucinante, tienen los grandes lienzos de Mónica Rossi, como si en ellos hubiera llegado a instalarse la doble realidad de la vida y el teatro para dar como resultado una impresión que podemos llegar a calificar de heroica.

*(La Prensa,*  
21 de julio de 1985)

Desperté de golpe, agitado, taquicardioso, con sed de beduino. Ganas de mear y una jaqueca infernal. Se me había metido un bulón en el entrecejo. Necesitaba de todo: migrales, aspirinas, reliveranes, antiácidos, y agua, mucha agua. Ni una gota en la canilla del baño, me vestí por la mitad y bajé medio zombi. Jaqueca, angustia, sed, el combo tremebundo. Si uno pudiera morirse con un chasquido de dedos, lo habría hecho sin dudas.

Paso por paso: abrí la heladera, agarré un botellón de vidrio, transpirado, pegué el borde a la boca, lo empiné, lo vacié de un tirón. Y mientras todavía el agua helada corre por mi garganta, oigo unos quejidos. Qué digo quejidos, graznidos, chillazos. De hombre pero no de hombre, de niño pero tampoco de niño, de animal, de una rata muy humana. Unos gemidos cerca y lejos. Apoyo la jarra sobre la mesa, sacudo la cabeza a ver si se disipan, me asomo al pasillo, a la escalera, pero no, es ahí mismo, en la cocina, en la cocina tiene que ser. Descubro un almanaque (Lodz, 1955) que ya tendría que haber visto, el tema no es el almanaque sino que cuelga de una pared que no es pared, de una puerta camuflada, sin picaporte, ni rebordes, apenas desfasada de la verdadera pared. Lodz! Parece una bella ciudad. Apoyo una oreja y los murmulos se vuelven nítidos. Un poco más de fuerza, la pared cede, la falsa, se abre una puerta enmascarada! No entiendo nada, desemboco en una escalerilla oscura, hay un interruptor a la derecha, se enciende un foco pelado. Muy de película clase zeta.

Hago todo sin pensar. Uno, dos, tres... seis, siete. Un segundo y fracción por cada escalón, ocho, nueve, diez, once. Por qué estoy bajando? Entre el once y el doce ahí me quedo, tres segundos, cuatro, a la espera, con un pie en el aire, vuelvo al ritmo con los últimos dos. Cómo no pegué la vuelta y me metí en la cama? Trece escalones! Desemboco frente a una puerta ciega de chapa con una llave con plomada puesta del lado de afuera. Otra vez oreja, silencio, nada, y de pronto una voz, un hilo de voz al borde de la existencia: Auxilio... Agua, agua...

Doy un paso atrás, espantado, me choco con la pared. Alucinaba. No puede ser. Diez segundos de silencio y otra vez esos gemidos, ni de hombre, ni de niño, ni de animal, dolorosísimos. Estiro un brazo. Una, dos, tres vueltas a la cerradura, la puerta se abre de par en par y veo lo que veo. Lo que vi! No lo esperaba, qué esperaba? Ya no sé! Había poca luz, tan poca luz. Me tomó un tiempo entender. Lo primero que alcancé a ver fue un cuerpo acurrucado, difícil de definir, ovillado contra la pared, abrazado a un saco de arpillera que estrujaba contra la panza. Eso fue lo que vi y, al mismo tiempo, vi que tenía un pie encadenado al piso. Era un típico cuarto de adolescente, con sus posters, su guitarra, un par de caballetes, unos bastidores amontonados a medio pintar

(Polonias, paisajes, instrumentos, teteras), obras inconclusas, ensayos, bosquejos, también algunas telas en blanco. El cuerpo se movió en tres tiempos mudos (roncos y mudos) y un chico bestial, pálido y bestial, bello y bestial, deteriorado y bestial, entró en un ángulo de luz.

Un chico joven, un ángel (un demonio!), con un lunar oscuro y gordo sobre la boca, ojeroso, maltrecho, pinta de héroe caído. Una camisa a cuadros abotonada por la mitad, las costillas a la vista y un pantalón con las botamangas recortadas. Esa cara! Una cara tan familiar y al mismo tiempo nunca vista. Me miró, nos miramos. Agua, un vaso de agua, por favor. Fui y volví como ráfaga con la jarra en la mano. Bebió atragantándose, chorreándose el mentón. Tenía los ojos de dos colores distintos. Hipnóticos, hermosos, terribles! No te vayas, no me dejes solo... Quién sos?

El chico se fue calmando. Arrastró una pierna haciendo un barullo patibulario. No había visto mal, una cadena larguísima lo sujetaba a una tobillera medieval. Volvió a mirarme, distinto, cambiando la expresión, de perro vagabundero por otra, maligna, burlona, de zorro socarrón, qué podía significar una sonrisa en esa cara?

Y entonces... unos ruidos, más ruidos, otros ruidos. Me asomé: Norenko asustaba en la cima de la escalera anudándose la bata. Más alto que nunca. Medía tres metros. Diez metros! Una sombra chupadora, una succión al alma. Era un gigante. Un gigante dormido.

Amagó con bajar, entendí que tenía que ir a su encuentro. Retrocedió y me dejó pasar. Me dio la espalda, estiró su tremendo brazo, apagó la luz de la escalera, cerró la puerta falsa, se sentó a la mesa, se sirvió un vaso de leche. La mirada baja, negaba lento. Balbuceé un qué, un quién. Sacó su vozarrón: Ahora no, ahora es muy tarde, mejor mañana, con la cabeza fría. Andá a dormir, dijo y me palmeó el hombro tres veces al ritmo de una condena. Obedecí. Cómo obedecí!

Me encerré en el cuarto, me senté en la cama y me impuse una consigna: no pensar, no pensar! Manoteé la bolsa de los remedios de Monk, me mandé un migral, un antiácido, medio rivotril, y otro medio y medio más. Pastillas, pastillas, pastillas. Las dejo deshacerse debajo de la lengua, me endulzan la saliva, me traen no sé qué reminiscencia de infancia: higos, moras, poluciones. Esperé el sueño entrelazando las manos. Esos árboles siniestros entre la isla y el cielo, ay qué miedo! Ese chico, ese chico. Qué iba a hacer! A esa hora de la noche! De la madrugada. Salir corriendo y qué, y qué? Mañana, sí, mejor mañana, con la cabeza fría.

Entre fotos, agendas, boletas, infinitos papeles, Monk acumulaba cuadernos, libretas, libretitas, por decenas. En su mayoría, cuadernos Arte, universitarios, con espiral. Escribía caóticamente, dibujaba, anotaba listas de personas, profesores, listas de temas, citas varias, listas de películas, listas de proyectos, listas de amantes, listas de árboles, listas de animales, amigos, comidas, parientes, listas de gastos y deudas, muchas deudas:

*Almacén 870*

*Marcos (taller) 550*

*Tita 200*

*Farmacia 900*

*Panadería 100*

*Esther Delia 300 dólares*

*Teléfono 2700*

*Rómulo 1200*

*Personal 480*

*María 150*

*Iosi 1000*

*Bugigi 800*

*ABL 1400*

*Ligurie 8000*

*American Express (un montón)*

Tres golpes duros me hicieron temblar. Salí de la cama de un zarpazo, con una resaca de Dios. Abrí: la carota de Norenko ocupaba mi campo visual, estaba recién duchado (o ya transpiraba), un par de gotas le caían por la frente, el poco pelo le salpicaba los hombros.

Está el desayuno.

Qué?

El desayuno!

Pero...

Vamos que se enfría la sopa.

Así que todo había sido un sueño, un terrible gran sueño! Me vestí rápido, dejé todo hecho un quilombo, me lavé los dientes, qué hacía un pedazo de pan dulce sobre la repisa del baño? Y esa baranda a basura! Busqué plata, ya no me quedaba casi nada, lo justo para pasar el día hasta la hora de volver a casa.

El desayuno de Polonia fue infinito, en duración, gustos y sorpresas. De otro planeta. Nos sentamos. Polonia (se había puesto una suerte de cofia en la cabeza, una gorra de baño encrepada) nos sirvió un vaso de jugo de limón diluido en agua tibia y puso sobre la mesa un tarro de miel (nunca antes ni después probé una miel más exquisita, más densa y exquisita). Norenko hundió la cuchara en el tarro (un tarro de arcilla, una reliquia), vertió la miel en el vaso y agregó un polvillo color arena que produjo una efervescencia de laboratorio. Revolvió y revolvió, y mientras revolvió, me miraba, lo imité en todo, tomamos a la vez, a mí me dio arcadas y enseguida un alivio, una sensación de renacer. Chau resaca!

Primero, la vieja trajo una bandeja con frutas (banana, naranja, manzanas y unas pulpas deliciosas que dejaban pegatina en los dedos). Después, vino la ceremonia del té, lo servía de una manera!, alabando la tetera, tirándole palabras de aliento, animaladas. Un té negro anisado, más negro que todo lo negro. Y una canasta con rodajas de pan, y un platito con bolas de manteca, y otro con fetas de queso, y otro con lonjas de jamón. Norenko comía sin pausa, en silencio, la consigna (tacitísima) era que no podía quedar nada en el plato. Pero había más, un plato de sopa, un plato de sopa de verdad. Un menjunje lechoso con distintos flotantes: huevos morados y duros, y unas especies de ñoquis con perejil y corazón de panceta.

Polonia no soltaba la tetera y en cada ida y vuelta a la mesa le dedicaba alguna murmuración al

aire, susurrada, inentendible para mí. Me dediqué a observarla: descubrí en sus movimientos y en su boca a mis dos abuelas fusionadas: Zlata (Bajic) y Lolita (Longueiras de Rossi). Zlata, en la boca, en la precisión, en cierta rigidez, también en la sutileza, en los gustos agridulces, en la (no) palabra. Lolita, en los ojos, en la caída de los cachetes, en los blancos, en la flaccidez. Sentí el impulso de abrazarla (de abrazarlas), hacérselo saber de alguna manera. Me reprimí. Más sopa, más té, más todo y de pronto, en un desvío de la mirada... zas! El almanaque de Lodz! La falsa pared! La puerta al infierno!

Qué tal la fiesta?, lanzó Norenko sin mirarme, los ojones en la cuchara.

Qué fiesta?

La fiesta...

Ah, sí, la fiesta...

El año pasado terminó todo mal. Se metió mala gente... fulera, con ganas de joder. Fue una batalla campal.

Polonia levantó los platos, mi panza era una revolución, mi mente... Nada había sido un sueño! Mientras comíamos todo lo que comimos, un chico encadenado estaba cautivo trece escalones abajo. Quise decir algo, pegar un grito, horrorizarme, Norenko se me adelantó, dio un manotazo sobre la mesa con la palma bien abierta y se puso de pie.

Vamos que tenemos un largo día por delante...

Adónde?

Afuera el sol ya quemaba, cuánto tiempo habíamos estado desayunando? Cuánto? Cuánto? Cuánto!

\*\*\*

Nos subimos al jeep, Norenko manejó como loco por la isla, dio dos vueltas enteras a la plaza y enfiló para la pista de aterrizaje. Se detuvo frente a un roquerío, hizo chillar los frenos. Bajó, lo imité, caminamos unos metros, el asfalto hervía, echaba un humo imposible, en un momento puso una mano sobre mi hombro y me paró en seco. Mientras hablaba no podía dejar de observar ese círculo de transpiración (uno, dos, tres círculos encadenados, un nudo húmedo de Borrromeo!) a la altura del esternón. Un sagrado corazón de sudor.

Voy a pedirte que no me interrumpas. Lo de ayer no debería haber pasado, pero pasó y ahora hay que hacerse cargo. Edmundo es como si fuera un hijo para mí, la historia es larga y

complicada y a esta altura es muy difícil torcerla pero bueno, mientras estemos vivos hay que intentarlo. Yo soy el último que deseo verlo ahí. El tiempo jodió las cosas, ahora es tarde para lamentarse. Hay que actuar, está escrito en alguna parte que el descubridor será su salvador. La decisión final es tuya. Si estás de acuerdo, esta misma noche lo trasladamos al faro, que es su sitio natural. Edmundo tiene reservado un lugar de privilegio en la isla. Le voy a dar unos sedantes para que esté dócil, va a quedar inconsciente por unas horas. La única condición es que estés a su lado cuando abra los ojos y ocuparte de él por unos días hasta que se adapte a la libertad, pero no me podés buscar, no me busques por nada del mundo... La verdad es que yo no puedo solo, lo intenté muchas veces y salió mal, ya bastante tengo con mi madre.

De qué estás hablando? Edmundo! Quién es Edmundo? Es una locura, dónde está escrito que yo tengo que hacerme cargo de ese pobre chico? Además, tengo la vuelta esta tarde. Pero qué digo? No tengo nada que explicar. Estás totalmente demente!

Quién no? Siempre hay tiempo para volver, salen barcos todos los días. Digamos que ahora las cosas tomaron otro rumbo...

En ese momento (en ese preciso momento) una avioneta encaró la pista, iba a aterrizar sobre nosotros! Tambaleaba de un lado a otro, se nos venía encima. Un pájaro de acero. Maldito pájaro de acero! Norenko entendió (yo le di a entender?) que aceptaba la misión. Me dijo que no tenía que preocuparme por nada. Estaba haciendo lo correcto, me lo agradecía. Me dio la mano y casi un abrazo.

Tené... llevate la camioneta, la vas a necesitar.

Pero no sé manejar...

Acá se aprende fácil.

Cargaba con un trauma. A los dieciocho, me ensarté en el patio de una casa con auto y todo mientras una familia comía un asado. No hubo muertos de casualidad. Fue en la calle Costa Rica. Norenko insistió, me dio algunas instrucciones básicas. Me animé y subí del lado del conductor. En esta isla nadie muere! Acomodé el espejo retrovisor, Norenko abrió la guantera y sacó una lata de Nivea, se untó un poco de crema y se refregó las manos. Encendí el motor, tuve un par de intentos fallidos, una serie de corcoveos, hasta que empecé a andar. Despacio, en primera, embragando de más pero andaba, segunda, tercera. La pista de aterrizaje era el lugar ideal para volver a tomar confianza. Qué bello deslizarse sin limitaciones. Un avión militar encendió las hélices, entré en pánico, me desvié del camino, agarré por un sendero de tierra, iba a los tumbos, la máquina se me fue de las manos, choqué suave contra un árbol. Ni siquiera un choque, un cabezazo. Norenko pegó un golpe con la palma abierta sobre la guantera engrasando todo. Voy a hacer pis, dije y me escabullí por ahí. La historia se repite como farsa, como una auténtica farsa.

REPUBLICA ARGENTINA  
POLICIA FEDERAL

Cédula de Identidad N.º 3.991.488.-

DIGITO PULGAR DERECHO




*Monica Rossi*  
FIRMA INTERESADA

MONICA SUSANA ELENA ROSSI.-  
Ciudad de ELLIDO

Argentina Buenos Aires 1/11/1944  
NACION LUGAR FECHA

Soltera 5.198.290 D.N.I.  
ESTADO CIVIL MATRIC. Nº OF. EMPADRON.

CONTROL 04842457

BOG. ARIES 19 Junio DE 19 79

Comisario JUAN FERRARI MORELLI  
Jefe Oficina Fronteras



Caminé y caminé incendiándome la cabeza a cada paso con todo lo vivido. Me metí por unos senderos cubiertos por una vegetación sin fin, un popurrí de aromas, menta, tilo, polen, semen, un concentrado dulce, embriagante.

Qué había sido todo eso? Desemboqué en un claro, una minúscula playa enfrentada a unos monstruos con chimeneas escupidoras de humo blanco del otro lado del río. Qué adefesio la humanidad! Me senté en la arena, me descalcé, me vino una época feliz en que jugaba a saltar de piedra en piedra debajo de una cascada.

Arranqué unos tréboles, los mastiqué. Gusto a nada. Trepé por unas rocas y di con un barranco: “Acceso prohibido”. Pasé debajo de un alambrado de púas, aparecí en el fondo del camping. Los kayaquistas pululaban. Iban y venían, atolondrados. Algunos ya preparando la partida. Adónde iban? Un grupo dismantelaba el escenario. De la fiesta, vestigios. Ahí está el iglú de Dagmar. La observé desde lo lejos. Una deidad como pocas. Vestida con su traje de remera, un pie y una rodilla en la tierra. Hola, Hola, Buendía, Buendía. Me miró como si nunca me hubiera visto. Cuántos amish podía encontrar en mil kilómetros a la redonda? Le ofrecí ayuda para desarmar la carpa. Gracias, gracias, no hace falta. De un solo movimiento (mágico) convirtió el iglú en un bollo del tamaño de una bola chica. Ahora, a la aventura... me voy para Alaska! Se rio y me dio la espalda.

Dejé atrás el campamento de fanáticos, necesitaba despejar las ideas, una resolana horrible rompía el aire. Norenko! Hombre del mal! De qué libertad me habla? Basta de inventar delirios para sobrevivir! Nadie puede obligarme a hacerme cargo de semejante locura. Tenía que pensar. Pero no se trata solo de pensar, hay que pensar y actuar. Actuar para pensar. Un cúmulo de nubes negras avanzaba por el este.

Quién saluda allá a lo lejos? Mariana Enriquez y su compañero.

Hola!

Hola, cómo están?

Estamos yendo a comprar más pan dulce. Ayer nos agarró un bajón y nos comimos uno en la cama... nos comimos los regalos.

A mí también, flor de bajón!

Buenos, vamos que se nos hace tarde, tenemos que ir a hacer los bolsos, además la isla nos está haciendo mal, no veo la hora de irme, este mundo me da encierro y él extraña su bicicleta.

Encierro... No saben lo que me pasó!  
Después nos contás, estamos apurados.

Volví a internarme en el Barrio Chino en busca de serenidad. Todas esas casas demolidas tendrían algo para decirme. El futuro está en el abandono, el destino del mundo está en la destrucción natural. Por qué rebelarse? De ruina en ruina, advertí una rareza, un inverosímil. En un patio de escombros colgaban de una soga ropas y trapos. Me acerqué. Una remera de Metallica, una musculosa roja, unos jeans, calzas negras, un morral de combate, unos pantaloncitos de gimnasia, medias, bombachas, calzoncillos, unos bermudas camuflados y una bandera argentina con el sol en el centro. Marcial. Todo recién lavado, brillante y goteante. Alguien había tomado esas no casas del derrumbe. Qué poder de imaginación! Me subí a un escalón para ver mejor... Buuh! De la nada, una niña (una enana) envuelta en una sábana blanca que fue perdiendo mientras corría. Tremendo susto. Fantasma! Lo que me faltaba. Se metió por una puerta sin puerta, la seguí. Primero vi piernas, solo piernas. Dos tres pares de piernas, dobladas, cruzadas, entremetidas. Piernas y en el centro un cúmulo de armas, gomeras, municiones, laptops, teléfonos. Armas y aparatos del año del pedo. Pistolas, bayonetas, metralas, cartuchos de todos los tamaños. Y un olor tan rancio. Cargado de plomo. Me entraron arcadas. La bilis negra! Los ojos se me adaptaron a la penumbra, tres hombres me miraron a la vez. Miradas crípticas, con algo de rabia y mucha ingenuidad. Amedrentaban. Estaban desnudos (prácticamente desnudos). Habló uno, el más joven, el más bello, sin dudas el más peligroso:

Hola, quién sos?

Yo? Nadie, un turista.

Te nos querés unir? Vamos a hacer una revolución.

Una revolución? De qué?

De lo que sea.

No, no, gracias, estoy de paso, ya me estoy yendo...

La nena salió a despedirme con una granada en la mano. Jugaba a tirarla y atraparla en el aire. Una nena con cara tan de odio, de ternura y de odio. Cuánta ternura en ese odio! Esta isla es un desquicio, mejor rajarse antes de que sea demasiado tarde. Qué hora es? A las siete sale el catamarán. Vuelta a casa y chau pesadillas. No hay como los problemas conocidos para salir adelante. Necesitaba un trago urgente.

Volví sobre mis pasos. A lo lejos vi a Mariana Enriquez y su compañero enfilando hacia el muelle a paso lento. Les hice señas pero nada. Iban procesionando con el resto de condenados que habían venido a pasar el fin de semana a la isla. Igual que yo! Ya los iría a ver en el barco. Ya iríamos a hablar de literatura. De novedades, de libros polémicos, de jóvenes talentos. Bien. Este

es el plan: si me cruzo a Norenko o a la vieja, los ignoro, juego al mudo, si intentan retenerme por la fuerza... me defiendo a los puños. No, eso no, tengo que engañar a ese urso calvo! Nadie me va a detener. Cómo se atreverían? Subo rápido, embolso mis cosas y a la mierda. Me cago en sus delirios. Antes tengo que hacer algo. No puedo lavarme las manos así como así. Dos minutos. Una cervecita para el ánimo y me mando.

Hola, me da una lata de Brahma, por favor?

Brahma no me queda, solo Schneider, de medio litro.

Okey.

Cincuenta mil...

Cincuenta mil?!... pero si estaban a treinta...

Hoy es domingo.

Y con eso qué?

Los domingos todo pierde el equilibrio...

El año próximo voy a cumplir cuarenta y tres años, cuarenta y tres! Una tiradora de runas me dijo hace unos meses en una kermés que soy presa fácil de Urano y de Saturno. En qué me convertí? Estoy entrando en la vía seca. La vía en que la siembra ya no es siembra y la cosecha ya no es cosecha, los amores que fueron, fueron y los que serán, brillarán menos. Me siento un marciano invasor. Hay cosas que ya no se pueden cambiar. Y sin embargo, ay, el misterio! Algo de ir contra la corriente me sigue excitando. Nunca nada fue suficiente. La juventud está en el coraje, en la habilidad para transformar la frustración en golpes del azar. Este gas es terrible, me hace regurgitar, me vuelve el gusto de El Montonero, ese vinacho de ultratumba, la peña, la rifa, la canoa. Compañía industrial cervecera, receta tradicional alemana, qué va a ser! Sí, me voy a comunicar con ustedes. Ya van a ver!

Vací de dos tragos largos lo que quedaba del latón y enfilé para el puesto de prefectura. Ahora sí! Me siento pésimo por lo que voy a hacer pero lo voy a hacer. Detesto las fuerzas de seguridad. Pero las cosas tienen un límite! Es simple, muy simple: Señores, vengo a hacer una denuncia: en esta isla hay un prisionero, tienen que hacer algo, es infrahumano, no, prisionero, no, un cautivo, cautivo tampoco, no lo van a entender, un chico encadenado en el sótano de una casa, claro y contundente. Eso les digo y dejo todo en sus manos.

Allá voy. Casi al trote encaro el chalet de prefectura. Me asomo a la ventana. Dos oficialotes toman mate y comen bizcochos de grasa en la esquina de una mesa de ping-pong. Los dos absortos en las pantallas de sus celulares. Golpeo el vidrio, me hacen señas para que pase. Es una sala inmensa, toda vidriada. Los prefectos, uno gordísimo, de cachetes rojos, el otro con cara plana, me miran a la vez. Qué caras! Qué miedo! Qué camellos!

Buenas tardes, vengo a hacer una denuncia.

Una denuncia?

Sí, una denuncia.

Robo?

No, ningún robo...

Algo peor?

Mucho peor.

Un asesinato?

No, no es un asesinato, pero puede llegar a serlo. Quiero denunciar un secuestro.

Un secuestro?!

Lanzaron carcajadas al unísono, se rieron tanto, tanto, que perdí el eje... no supe cómo seguir, me trabé, me embarullé, perdí toda resolución, caí en la telaraña del narrador que no sabe contar:

Todo empezó hace unas semanas, con la muerte de mi madre, era artista, artista y depresiva, un poco como yo, una pintoraza fue! Brilló en los ochenta. Después, bueno, la vida, con sus golpes y sus vaivenes... nos tomó por sorpresa, nadie lo esperaba, porque hay muertes que se esperan más que otras, no? El asunto es que vine a la isla para cambiar de aire, llegué ayer, en el catamarán de las doce, hubo un malentendido con la reserva del hotel... en realidad vine a tomarme un descanso, un descanso no, más bien un poco de distancia, este es un duelo de los grandes. La ciudad no sabe tratar con la muerte, el asfalto, el hormigón se llenan de vergüenza cuando aparece la parca, las ciudades huyen de las emociones, de los sentimientos, de todo lo que se termina, tranza y punto... bueno, perdón, perdón, son lugares comunes, ya lo sé, el asunto es que en el hotel me atendió esta mujer, un aparato estrambótico, yo hice la reserva, lo juro por mis hijos, tengo las pruebas pero alguien confundió las fechas, quién puede ser tan estúpido para confundir un quince por una veinticinco, y bueno, nada, el engendro este... ahí me encontré con una escritora bastante conocida, Mariana Enriquez, no sé si la tienen, muy traducida en el mundo, ustedes son de leer? De hecho, en un momento se me cruzó por la cabeza que quizás podía quedarme en su cuarto pero como está con el novio, no me dio... el asunto es que me mandaron al camping y me encontré con todos esos fanáticos de los remos, me ofrecieron un catre, menos que un catre, una esquinita entre un grupo de chicos down, no tengo nada contra los chicos down pero qué sé yo... ahora que lo pienso, camino al hotel pasé por acá mismo, quizás estaban ustedes, no me vieron? Y le compré un par de cervezas al viejo de los barquitos, es increíble todo lo que es capaz de hacer una persona con fósforos usados, puede crear un universo con nada, de la nada... Estaba en pelotas, en Pampa y la vía, dónde iba a pernoctar? Me vi vagando por la isla toda la noche, imagínense! Entonces apareció un hombre y me ofreció alojarme en la casa de su madre, deben conocerla, una viejecilla muy particular, el tipo es medio inconfundible, anda con una camioneta roja y un lagarto atrás,

agarré viaje, no tenía opción... Qué digo un hombre! El diablo en persona! Bueno, esta es mi denuncia: ayer, esta madrugada, llegando de la fiesta de los kayaquistas, un poco borracho, sí, lo confieso, hay algo de malo en eso? A todo esto me gané una canoa en la rifa, qué voy a hacer yo con una canoa en la ciudad?... Me desperté en la mitad de la noche muerto de sed, bajé a la cocina y mientras estoy tomando agua empiezo a oír unos ruidos, ruidos como de llanto, gemidos, al principio pensé que estaban en mi cabeza, dentro de mi cabeza! Entonces, entonces...

Entonces se abrió la puerta y apareció Norenko con su carota egipcia. Tan serio y transpirado.

Ese es el hombre! Lo conocen? En su casa, en su casa, en su casa hay un subsuelo!

Norenko se acercó y puso su manaza sobre mi hombro. Saludó a los prefectos como a dos hermanos. De una manera! Buenas y santas... Los prefectos dijeron algo al unísono, algo con la palabra patria que no llegué a entender (Viva la patria? Patria o muerte? Patria movediza?). Norenko me clavó esos ojos suyos, encantadores y perversos, no tuve opción.

Vamos!

Pero yo...

Vamos que se hace tarde... las cosas se precipitaron.

Quise escapar, correr, hacia dónde! Los prefectos volvieron al mate, los bizcochos y las pantallas de sus celulares. Seguí a Norenko sin saber por qué, me subí a la camioneta.

Hay focos de rebelión del otro lado de la isla, Edmundo se puso como loco, le di unas pastillas para atontarlo, hay que llevarlo al faro antes de que sea demasiado tarde.

Yo no voy a ningún faro!

A esta altura las decisiones ya no son tuyas, lo lamento.

*Las Malvinas son, fueron y serán argentinas!* Me entraron ganas de llorar. Por qué me tocaba este calvario? Por qué a mí? Si ya tenía los míos propios. Este calvario no me pertenecía. Estaba en mí liberarme. Desencadenarme. Norenko dio una vuelta grande a la plaza, los turistas y los kayaquistas seguían huyendo en masa. Es la mía! Empuñé la manija, medí el terreno, espero la curva y me tiro. Me tiro, me tiro, me tiro ya! Me vi rodando ensangrentado, con las rodillas rotas. No, no, no... Si supiera manejar! Lo empujaría de una patada, tomaría el volante y saldría disparado hacia el embarcadero. Una vez ahí ya nadie podría capturarme. Tengo que aprender a manejar urgente! Más tarde o más temprano lo voy a hacer.

Llegamos a lo de Polonia. Norenko estacionó del lado de atrás, el jardín era un desastre. Bajó y

cargó unas bolsas en la chata. Unas bolsas negras llenas de pasto, de gomaespuma o de arcilla. Me hizo señas para que lo ayudara. Obedecí nublado de la mente. Entramos, la vieja nos esperaba en la cocina con dos platos de sopa roja. Humeante. Borsch? No tomaba desde la infancia, desde esas noches de frío en el departamento de mi abuela Zlata. Me pasaron un cucharón y probé un poco. Estaba deliciosa. Le eché una ojeada a la puertita del terror. Norenko inclinó el plato y se lo bajó sorbiendo ruidosamente hasta la última gota. Pegó un puñetazo sobre la mesa y se levantó.

Bueno, manos a la obra. Me doy una ducha para refrescarme y arrancamos.

La vieja me dio la espalda, llenó la pava y la puso al fuego. Era mi oportunidad. Ahora sí, me escapo. Dejo todo y me voy a la mierda. Qué importan mis cosas, la computadora, la ropa, los remedios de Monk, qué importa lo material! Lo que vale es estar a salvo. Le di un par de cucharadas más a la sopa, qué exquisitez, por qué no comía remolacha más seguido. Me puse de pie sigilosamente, apuré el pasillo en tres zancadas (no sé si tiré algún cuadrado a la pasada) y salí. Libre! Libre! Corrí con desesperación, vestido pero desnudo, con la liviandad y el peso con la que Dios me trajo al mundo, corrí y corrí, como no corría desde las pruebas de atletismo que hacía en los fondos del liceo. Corrí, salté, me trepé a un viejo cañón, caí y volví a andar. Otra vez dueño de mi vida! Vislumbré a lo lejos la popa del catamarán, un par de marineros hacían las últimas maniobras antes de zarpar, desamarraban los cabos, oteaban el horizonte, gesticulaban. Puse un pie en el muelle, ya está, es mío! Casa! Casa! Pero no, me tropecé, volví a tropezarme, las mangas del pantalón quedaron atoradas entre dos tablones. No llegué, nunca llegué, vi rastreamente cómo los motores del catamarán remolineaban el agua marrón abriendo una estela en el medio del río. Una estela de miedo en el medio del río.

*A mis hijos*  
*(poesía)*

*Una puerta nos separa  
también nos separan  
mis errores  
cómo explicarles...  
Tiernos corazones?  
Los deseé entrañablemente  
vinieron al mundo  
pequeños príncipes  
de un padre fabuloso  
y yo misma, una madre  
y ahora por una serie de razones  
una puerta nos separa  
hijitos, ángeles!  
Desde aquí siento sus latidos  
sus corazones, sus rulos, sus desdichas, sus días felices...  
Cómo hacer me digo, y ya lo sé  
para devolverles  
las paredes de una casa feliz?  
De tanto luchar por ideales  
me separé por momentos de su lado,  
se me rompió el pecho  
en la batalla.  
Les pido algo difícil:  
ablanden sus corazones,  
lo peor ya pasó.  
La tristeza es la tristeza  
hay que sentirla para atravesarla.  
El rencor es otra cosa,  
una piedra*

*que no deja caminar.  
Ante el hecho crudo de no poder verlos  
todo lo demás se me hace una broma.  
Caí muchas veces,  
pero esta vez caí profundo.  
Ahora quiero vivir y disfrutar!  
Hijos míos,  
gracias a Dios por tenerlos!  
Solo puedo decirles, corazones  
perdón!  
Perdónenme!  
Y el beso de una madre!*

*Mónica Rossi / 1988*



El traslado fue difícil, la ascensión al faro, un suplicio. Pero fui capaz, fuimos capaces! Lo sacamos por las escaleras. Edmundo estaba más muerto que adormecido. Yo lo agarré de las piernas; Norenko, de los brazos. Maniobrar en el subsuelo no fue sencillo. Lo depositamos en la camioneta y lo cubrimos con una lona. El lagarto, a sus pies. Polonia nos espiaba detrás de las cortinas zarandeadas por su mano o por el viento. Edmundo no era tanto pesado como incómodo de llevar. No era gordo ni flaco, ni alto ni bajo, quizás un poco más huesudo de lo normal.

Camino al faro Norenko volvió a dar un par de vueltas innecesarias a la plaza (rito? despiste? promesa?). Los últimos kayaquistas se arrastraban sin fuerza levantando polvo con las palas, los hombros vencidos, las miradas desorbitadas. Zombies del agua. Norenko estacionó la camioneta bajo un alerón a unos metros del faro viejo. El choque no había sido nada, unas abolladuras en la trompa. Nos abordaron unos perros. Tres perros famélicos, negros, cerbéricos. Juira! Tiré una patada al aire para espantarlos. El lagarto ni se mosqueó. Descubrimos a Edmundo, me pareció que entreabría un ojo pero no, imposible. Se entraba al faro por una pequeña puerta de hierro con cerradura gótica. Mejoramos la técnica. Yo lo agarré de las axilas, Norenko de los poplíteos. A mí me tocó la peor parte, iba de espaldas, a ciegas y cuesta arriba. La escalera era estrecha y por supuesto caracolada. Esas paredes desollándose me raspaban los hombros a cada paso. Lo más justo hubiera sido que nos turnáramos, no me animé a sugerirlo. La mínima distracción volvía las cosas mucho más complicadas. Por momentos se me aflojaban los brazos. Norenko se daba cuenta y carraspeaba llamándome la atención. Yo lo miraba con odio. En qué mundo loco me había metido? En la mitad del ascenso me concedió un descanso.

No doy más, no me da el cuerpo para seguir... necesito aire.

Uno nunca sabe lo que es no dar más. Vamos que no tenemos toda la noche!

Esos ojos! Diminutos y risueños; todo lo demás en él tiene aire de asesino. De un terrible asesino. Al lado suyo soy tan tan terrible como él. O peor! Mucho peor! Negué con la cabeza, al voley me encontré con una inscripción tallada en la pared dentro de un corazón deforme:

ED y TE

03/06/98

Llegamos. Un hexágono pelado de paredes descascaradas y un gran mirador vidriado que pegaba toda la vuelta. Media docena de columnas, un par de colchonetas en el piso, tres, cuatro caballetes destartalados contra la pared, un telescopio antiguo y un piano de estudio. Recostamos a Edmundo en una esquina.

Va a dormir mucho. Lo importante es que estés acá cuando despierte, no le contestes las preguntas que te haga, solo tenés que ocuparte de traerle lo que quiera. Vos obedecele, cuanto más hagas lo que te pida, más rápido se van a liberar uno del otro. Por un rato hacete a la idea de que son hermanos siameses, después las cosas se van a ir acomodando solas. Necesitás plata?

No sé, puede ser... Siameses?

Te dejo doscientos mil.

Norenko me devolvió los billetes que le había dado el día anterior. Los reconocí por la banda elástica y la manera en que los había enrollado. La circulación milagrosa del dinero, pernicioso.

Yo voy a estar dando vueltas por ahí, él no puede verme de ninguna manera, ni salir de acá, ni acercarse a la casa. Si precisás algo, sabés donde podés encontrarme pero lo mejor sería que vos tampoco vengas, hay que establecer una distancia justa para que asuma su nueva vida.

Norenko me dio las últimas instrucciones (me hizo anotarlas en una libreta) y me entregó las llaves del faro.

La roja es la de abajo, la de bronce la de acá. Tenés que dejar la puerta siempre cerrada. En el fondo es un chico bueno, sano, pero se pierde fácil. Es cuestión de que se vaya adaptando a la novedad. Ahora solo hay que esperar que despierte y tenerle un poco de paciencia.

Ya se iba, grandote y encorvado, sudando la gota gorda. Di tres pasos largos, lo alcancé en el umbral.

Esperá un minuto, por qué todo esto? Por qué a mí?

Norenko me miró fijo durante un minuto sin fin, fijo y meditabundo. Me dijo:

La verdad es que no lo sé, te toca a vos averiguarlo, digamos que las cosas se dieron así. Mi padre siempre decía que uno vive tironeado entre dos orillas, tironeado y tironeando, entre la orilla de lo posible y la orilla de lo real, vamos y venimos de un lado a otro, desearíamos permanecer en el medio, en un equilibrio ideal. De hecho, de a ratos tenemos la ilusión de estar

haciendo la plancha perfectamente equidistantes entre una orilla y la otra, pero no, nada es tan simple, el río también existe, el río no es ningún ente. No se trata solo de dar brazadas y patalear, debajo del agua se agitan corrientadas que la superficie enmascara. Hay un fondo en constante movimiento que no responde a nuestra voluntad y tampoco es solo eso. También está el cielo, los vientos, los nubarrones, las tormentas, la luz, la oscuridad, y eso confunde todo aún más, hay momentos en que no se puede distinguir bien una cosa de la otra, la superficie se borrona y las orillas no se ven, ya nada es lo que parece y poco importa lo que parece, las cosas, los hechos son lo que son y estamos para poner el cuerpo. Cada uno hace lo que puede, sacarlo es la opción de los suicidas, y vos suicida no sos, tu historia es otra, pero claro, tanto barullo asusta, qué quedó del río, dónde estás vos ahora? Son preguntas sin respuesta, en algún lado estás, pero dejaste de ser un sujeto visible, actuar, aguardar y volver a actuar y volver a esperar así al infinito, capa por capa. Más no te puedo decir.

Así (no) nos despedimos. Volví a la cúpula, cerré la puerta, recién entonces caí en que estaba solo, verdaderamente solo (solo con Edmundo!) pero en lugar de angustia o desesperación, sentí que la vida recomenzaba. Era dueño de un espacio nuevo, de alguna manera infinito, y tenía a mi cargo otro ser. Me acerqué al ventanal. El éxodo de los kayaquistas había terminado. Las luces de algunos barcos, las casas viejas, el mástil de la escuela, las torres de la prisión, la fachada del viejo teatro, el mundo seguía ahí. Decadente y real. Más allá, del otro lado de la pista de aterrizaje, se alzaban unas llamaradas. Había sido un día demoledor. Necesitaba descansar. Me ovillé al pie del piano sobre unas mantas que encontré por ahí. Ay, bolsa de los remedios! Cómo no estás aquí a mi lado!

\*\*\*

Abrí los ojos sin entender mucho nada. Qué digo mucho, nada de nada. Qué era todo eso? Me choqué la cabeza con las patas del piano. Esas columnas! Y esa falsa redondez! Las grietas, los vidrios facetados, el yeso suelto. Era un día gris, nebulinoso. Un nuevo día después de todo! Calmo y mudo. Sentí frío, se había levantado un viento helado, el rechifle entraba por todas las juntas. Espirales de humo se alzaban allá lejos, ni un alma por los caminos. Estaba en la cima de un faro! Mierda, qué hacía ahí? Qué hacía! Me vino todo de golpe, al ritmo de un yacimiento de lava, una imagen arrastrando otra en secuencia de ráfaga: el hotel, los downs, los remeros, la vieja, la fiesta, la mormona encantada por el semen, Norenko, el lagarto, mi madre, Edmundo, Edmundo!

Me descabecé buscándolo, pegué unas vueltas en falso, dónde se había metido ese pobre chico? Sin presa, la caza nunca existió! Me pedí serenidad. Me toqué el pecho, las piernas, me sentí un tonto. Hubiera dado todo por embarcarme en cualquier cosa que flotara y rematar esta falsa

aventura en un puñado de páginas malas o no, ni siquiera. Que todo acabe siendo carne elástica de una anécdota patética y luminosa desembuchada en una reunión de amigos en la vereda. Basta de escribir! Que escriban los poetas! Pero no los poetas que se llaman poetas, los otros, los que no se saben poetas, los del balbuceo irremediable. Hígado! Frutillas! Corazón!

Di un paso atrás (o adelante, qué importan esos estúpidos detalles!, atrás, adelante, adelante, atrás), me choqué con una mano. Una grandísima mano, una mano majestuosa. Tan bien formada, tan preciosa! Una mano tendida en el suelo, palma a tierra, dos veces el tamaño de la mía. Una mano con un dedo más perfecto que el otro. Edmundo se había puesto esa colchoneta cutre de caparazón. Qué ocurrencia! Intenté acomodarlo, conseguí que girara, se enroscó solo contra la pared. Era un chico verdaderamente hermoso, hermosísimo! De una belleza desconocida. Más lindo, más fuerte, más hombre, más joven, más todo que yo. Una cicatriz en medialuna le atravesaba la mandíbula. Me acuclillé, lo examiné con detenimiento. Tenía rasgos de otra civilización, filosos y cuadrados, un dormir grotesco. Quién era? Le toqué la punta de la nariz. Le acaricié las cejas. Se babeaba, lagrimeaba, los ojos negros, rojos, negros, rojinegros, unas ojeras nunca vistas. Dormía profundo.

Y de pronto: un escopetazo! Me pegué a la ventana, un hombre descamisado corría en diagonal levantando una rueda de polvo. Detrás de él, media res despatarrada en la tierra. Otro escopetazo y una camioneta camuflada con la sirena girando muda cruzó rauda (a los piques) persiguiéndolo. Calma, perros, nada, un ruido a cadenas y unas volutas de humo blanco del lado de la playa. Tres chicos (tres hormigas) se abrieron en abanico, abordaron la res, la ataron a unas piolas y se la llevaron a la rastra. Otra vez nada, un murmullo sordo, de oruga, y una fila de tanquetas lentas y apretadas desfilando en dirección a la costa. Un soldado se asomó a la escotilla haciendo la venia.

Lo primero es lo primero: tenía hambre. Necesitaba algo sólido, comida de verdad. Pensé en dejar una nota: No me conocés, soy tu salvador, voy y vuelvo... Con qué sentido? Quién era yo para él? Quién era yo para quién?

Cerré con llave y bajé sin hacer ruido. Saliendo del faro, casi me atropella una mujer en las riendas de una carreta. Bueyes perdidos. El panorama era desolador. Mucha basura por todos lados, olor a cloaca. Crucé la plaza en diagonal medio paranoico. Dos gigantes montaban una olla popular debajo de las palmeras.

El almacén tenía las persianas a media asta. Golpeé, hice palmas, me agaché. Hola, hola, hay alguien? El hombre abrió la puertita metálica, me hizo entrar. Estaba todo en penumbras, si ayer había poco ahora no había casi nada. Nada en el mostrador, nada en las heladeras, nada en los estantes, la miseria! Y sin embargo el hombre se movía de acá para allá, ocupadísimo, un neurótico sin cura. Le pedí fiambre, solo le quedaba la punta de un matambre de cerdo. Se me fue toda la plata en un sándwich de pan duro, un bidón de agua y una bolsa de malvaviscos. Odio los malvaviscos. Quise sacarle información, qué eran esos tiros, los tanques, las corridas, esas

carretas viejas.

Folclore de la época, revueltas, saqueos, nada de qué preocuparse. Se arma el runrún y la monada baja de la jungla. Si fuera por mí, los metería a todos en un gran recipiente y los licuaría, pero mejor no escarbar tanto.

Me manduqué el sándwich en el camino. De regreso a la guarida me encontré con el mismo cuadro. Edmundo seguía en la posición en que lo había dejado. Recontraovillado. Las nubes se dispararon a toda velocidad, la convulsión de allá abajo cedía. Respiré profundo, me senté al piano. No tocaba hacía tanto. Pulsé unas teclas tímidas tanteando si Edmundo se despertaba. Hundí el pie en el pedal de la sordina, me puse a tocar lo primero que me vino. Unos arpeggios sevillanos (la menor, sol mayor, fa mayor, mi menor/mayor) de grave a agudo, de agudo a grave, juego libre en la mano derecha tremolinando alrededor del mi y el fa. Bastante menos desafinado de lo que había supuesto a primera vista. Toqué, improvisé, hasta que me dolieron los dedos, como en los viejos tiempos.

Cerré los ojos. Se me apareció esa magnífica pintura de Monk, la que siempre más me impactó: *Cartones de Rafael. Hoy*. Tres figuras androides-esfinges-humanas sobre una cuadrícula móvil. Las tres desnudas, distintamente enmascaradas. En primer plano, a la izquierda del cuadro, la más cautiva y dolorosa: de perfil, contra la pared, aparentemente asexual, andrógina o castrada, una pierna doblada, la otra recta, los brazos detrás de la espalda. En guardia y sujeta. A sus pies, se estira otra figura, boca abajo y rastrera, irguiendo el pecho sobre una lona-sombra oscura, en postura de cobra, la cabeza a la altura de la cintura de la otra. Ambas están entre la súplica y la condena. Las expresiones duelen, amenazan. Represores reprimidos, deprimidos, juguetones. Hay algo muy sexual, inconsumable, en la quietud. Colores fuertes, pasteles, óleos, carbonilla, aerosol, todo junto. La tercera figura, en segundo plano, lleva una gran capa negra, vampírica, es la única que está en movimiento, huyendo de la tela, de ese foco infeccioso-sedicioso. Huye y cogotea, un anfibio en busca de aire. Está por tomar vuelo, quiere pero no puede. Un pájaro insuficiente. Mientras que las que están estáticas, cuerpo a tierra y contra la pared, tienen los rojos en el torso y en las extremidades, esta (la única con los genitales a la vista) exhibe una doble pija lanzallamas. El deseo está paralizado o en otra parte.

\*\*\*

Tengo sed, mucha sed...

Tardé en reaccionar. Esa voz, grave, suave. Edmundo estaba sentado con la cabeza entre las manos. Miraba impávido, ni me conocía ni me desconocía, negaba y negaba. Me levanté del

piano, le acerqué el bidón de agua. Tomó, escupió, escupió y tomó. Respiraba como un roto, se puso de pie con mucha dificultad. Se acercó al ventanal, el cuerpo flojo, derritiéndose. Me habló encorvado, dándome la espalda.

Es un crimen no pintar un cielo como este, quiero mis telas, mis óleos, mis pinceles, cómo no dedicarle una canción, conseguime una guitarra, una guitarra también. Quién sos?

Cómo explicar lo inexplicable. Preferí callar. Lo de las pinturas me pareció un capricho, un lindo capricho. Obedecer para ser libre, esa era la consigna. Lo hice sin chistar. Otra vez en el llano. El vallado avanzaba, algunos corrían por ahí. Adónde voy? Crucé un puentecito, aparecí en la entrada de la escuela. En el patio, una rueda de chicos y maestras cantaban a todo pulmón canciones patrias, o no, patrias no, más bien antipatrias con tonadas patrias. Los esquivé, me metí por un pasillo, entré a un aula. Helechos, escarapelas, Domingo Faustino Sarmiento! En un armario encontré todo lo que necesitaba, de una y a mi disposición. Manoteé al azar un puñado de témperas y pinceles, unos mapas grandes (un Asia, dos Américas, un mapamundi) enrollados en un rincón junto a una guitarra en su funda. Qué suerte la mía. Un perfecto misionero. Ya partía con mi botín cuando sentí que alguien me señalaba, un niño, un fantasma. Salí al trote, eché un vistazo por encima del hombro, nadie se movía, la rueda seguía intacta, me señalaban, sí, todos esos chicos, riendo sin maldad. Hice una pausa para tomar aire contra el tronco de una higuera. Segunda vez en el día que subía por ese caracol sin fin. Abrí la puerta exhausto, Edmundo vino a mi encuentro vivaz, con los brazos abiertos.

Llegás justo, cinco minutos más y esta magia se deshace... Conseguiste! Sos un ángel. Vení, cómo te llamás? No importa cómo te llamás. A esta hora la luz del sol es perfecta, ilumina todo lo que tiene que iluminar, veintipico de minutos de fábula, ves la extensión de todo esto? Mirá un poco! Cómo extrañaba la voracidad del vacío! Acá tenés el tiempo y el espacio fundidos más allá de toda discusión, categorías, razonamiento, la multiplicidad de la nada, la pasión de las posibilidades, la vacancia! La representación de la gran vacancia del universo que es la fuente de todo lo vivo. El tiempo no es comprobable fuera del espacio y el espacio, aunque esto pueda discutirse fácilmente, tampoco lo es fuera del tiempo. Qué sería fuera del tiempo? Todo lo que pueda discutirse fácilmente no merece discusión. Claro que la circularidad se salió de sus rieles, quedó tendida trazando una línea imposible de seguir. Es que nunca fueron *sus* rieles, justamente, una linda mañana caímos en la cuenta de que las bisagras no forman parte de la puerta, hacen que la puerta se abra y se cierre, están ahí puestas respondiendo a una intención, a un concepto previo, los conceptos no giran ni hacen girar, apenas ponen en evidencia la dupla que regula el cosmos, toma y daca, toma y daca. Sí, ya sé, no se comprende nada, no hay nada que comprender, eso es lo tan bello, acercate, mirá... Desde acá se ve todo lo que se necesita ver, todo, esa ciudad terrible

que le muestra el traste al río. Qué equivocación insanable! Esa ciudad mezcla boba de euforia y melancolía, de este lado está Colonia, el otro faro, más allá, el canal de los avernos, la boca del Riachuelo, en ese túnel viví mil aventuras, pinché un gomón una noche de borrachera, eso allá es Montevideo, el Salvo, el Barolo, la gloria!... y así en línea medio recta, medio curva, Atlántida, Piriápolis, la rambla, los dedos, el Chuy. Lo que sigue para arriba es el Brasil infinito. Del otro lado es vastísimo, eso allá es Rosario, abajo La Pampa, Cuyo, los Andes, el Fitz!... y la fuga crespada hasta el fin del mundo, Punta Arenas, Magallanes... No es hermoso? Se puede ver América entera desde acá! Son diez minutos, solo diez minutos al día y de este lado, vení a ver de este lado... La Serena, Arequipa, Quito, Cartagena, la loca Caracas! Y ese brillo lejano, lo ves? Esa estrella que parece hecha de polvo, La Habana vieja! El malecón, el fuerte, el Vedado! No es zarpado todo lo que se puede ver desde acá arriba?

Edmundo desplegó un mapa al revés y se puso a pintar todos esos horizontes frenéticamente, paisajes yuxtapuestos, multidimensionales, hiperrealistas, superabstractos. Mientras pintaba tarareaba una canción antigua (de cuna) una y otra vez, metido para adentro, inflando los cachetes, bailoteando con la cintura y los hombros, riendo para sí mismo. Era alucinante verlo trabajar con tanta pasión, con tanta urgencia, un artista de verdad! Qué digo un artista?! Fuego, puro fuego!

En el instante mismo en que el sol terminó de irse, Edmundo se transformó. Tiró un pincel al piso, pateó una lata, arrojó la paleta contra la pared encastrando todo. Hizo un bollo con los mapas, los estrujó hasta destrozarlos. Se dio vuelta enfurecido, la cara deformada. Y el niño dorado?

Noche de mierda! Se acabó la maravilla, la concha de mi madre! Necesito alcohol. Vino, cerveza, lo que sea... y cocaína, una piedra grande como mi puño. Una piedra que no se acabe nunca! Y quiero higos! Brevas...

Cocaína! En esta isla? Con qué plata?

En este mundo de mierda lo que sobra es la droga y la guita, todo lo demás escasea.

Edmundo abrió la tapa del piano y sacó un maletín plateado con fajos y fajos de billetes de todos los colores que me tiró en la cara.

\*\*\*

Quién se cree que es este degenerado? Quién cree que soy yo? Su esclavo? Está bien, había sucedido lo que tenía que suceder, pero ya era suficiente. Encaré para el lado del puerto, alguna embarcación (así fuera la más pedorra) tenía que poder llevarme a casa, el río oscurísimo ondeando más allá era mi salvación. Pero... alto ahí! No había puerto, un vallado para gigantes

impedía llegar al muelle, qué digo un vallado, una muralla custodiada por gendarmes armados hasta los dientes. Los movimientos eran asustadores, quise pero no pude. Recorrí la jaula de punta a punta. Me subí a un banco, alcé la vista: el viejo de los fósforos (una rata a la distancia) se escabullía con una caja de zapatos bajo la axila, corría perdiendo billetes, arrastraba el carrito sacándole chispas al suelo. Lo intercepté.

Hola, hola, soy... Qué pasa? Qué está pasando?!

El viejo no se detenía, tardó en reconocermé. Me tomó del brazo y me llevó al pie de un zanjón. Buscó un pedazo de luz que salía de la tierra (del fondo de la tierra!), me miró a los ojos, los suyos estaban inyectados de un magnífico desconsuelo. Hablaba torpe, trastabillando:

Evidentemente usted no sabe en lo que se ha metido, usted no sabe la locura que ha desatado. Evidentemente usted no sabe nada de nada. Pasó lo que no queríamos que pasara, se ha despertado el monstruo. Todos los monstruos! En esta isla viven dos facciones enfrentadas dispuestas a todo con tal de aniquilarse, quién sabe quién es quién a esta altura, unos siguen embanderándose en el garibaldismo, se llenan la boca con la revolución, el resurgimiento, los otros, con el fantástico Brown... el odio es tan fuerte, pero tan fuerte! Basta una chispa para volcanizarlo todo, yo siempre tuve el corazón más de un lado que del otro, es obvio, no? En este momento, el italiano está en las últimas en una pensión de Montevideo, Brown le tuvo piedad, la piedad que los suyos no! Piedad, piedad! Eso que nos está arruinando desde hace miles de años! Hubo un hombre, un trans, un barbudo endemoniado, hace falta que le aclare quién?... pretendió cambiar la historia y pasó lo que pasó, o necesita que le cuente lo que pasó? Un tremendo y fatal malentendido, nadie que vuelva de la muerte puede ser tomado verdaderamente en serio, faltó la risa! Dos mil y pico de años con la risa atada, los indios de esta tierra, por ejemplo, eran tan... no se les dio ni siquiera la oportunidad de sentarse a conversar, primero vino Solís con su angurria que contagió a todos. Después, este par de locos, Sarmiento que fantaseaba en grande pero era un ególatra insufrible, más tarde Yrigoyen y Perón! No me alcanzarían dos vidas para hablarle del peronismo y la primera ya se me consumió. Vamos a lo que está pasando ahora, los movimientos en el faro pusieron en alerta a los dos bandos, el garibaldismo se replegó del lado sur y el brownismo del lado oeste, parece mentira. Yo ya estoy viejo, en esta no entro, me escondo, me voy, la batalla por la toma se avecina. Es increíble cómo las circunstancias transforman a la gente, maestras, jardineros, capitanes, sindicalistas, poetas! Todos acusan a los convictos pero guardan adentro un rufián que es más terrible que el más terrible de los convictos! Y si las cosas se precipitaron en buena medida es por el fantasma que tenemos como presidente, usted es un fusible.

Presidente?

Ningún gato, rata inmunda, hiena barata, ni siquiera, las hienas tienen códigos... Reverendo hijo



de mil putas! Con perdón de las putas. Un ignorante y un perverso! Servil al extremo del servilismo más extremo, desconoce la historia, ese artefacto de mecha caliente que se enciende con nada y bum! Eso es lo que está pasando. No hay perversión más grande que desconocer la historia, muchacho. Es el vicio de los satisfechos! Esa lacra que está acabando con la humanidad! Solo los dinosaurios pueden darse ese lujo. Ha sido un año horrible, entre los peores de los peores, muerte, hambre, endeudamiento, desolación... y fiesta! Mucha fiesta! Vos sabés de dónde viene la palabra fiesta? Todo esto estaba escrito, son sucesos previsibles, ahora solo queda esperar el hundimiento, que se hunda este macizo de rocas a ver si salimos a flote una vez más! O no, quizás no, quizás ya nunca más. Bueno, me voy, me tengo que ir...

Espera, le quedó algo para tomar? Alguna lata de cerveza...

Nada de nada, o sí, a ver, tengo un barrilito que abandonaron los maricones de la corbeta... Cognac del novecientos, levanta muertos y sepulta vivos, tené, te lo regalo. Tomalo como una ofrenda a tu audacia, a tu estupidez!

Gracias, gracias, y una cosa más, la última, lo prometo, le voy a hacer una pregunta, le va a sonar un poco desubicada pero no se me ocurre a nadie a quién más. Sabe dónde puedo conseguir... cocaína?

El viejo escupió una risa loca, me salpicó la cara con su saliva descompuesta, le bailaron los dientes.

Cocaína! Papusa, fáfafa, cocó, bamba! Hace cuánto que no escuchaba esas benditas palabras, de solo imaginar olerla, se me detiene el corazón, es para él, no?

Sí, sí, es para él...

Ya conoce el refrán, vicios caros, vicios... Cómo era? Me olvidé, esta cabeza ya no recuerda nada. Ve esa casa? Esa casucha de ahí, esa puertita negra, toque tres veces seguidas, haga una pausa, después dos seguidas, otra pausa, golpee una última vez, una sola vez... Suerte! Yo me tengo que ir ahora mismo, no pienso morir en un combate que perdí hace ya mucho tiempo! Mirá que yo tengo batallas en la espalda, pero esta, esta es demasiado! Ya no me da más el cuero. Un consejo: no se resista a los acontecimientos, la única manera de salvarse es quedarse hasta el final, la resistencia agudiza la tragedia.

Hubo una explosión bastante cerca, el hombre desapareció. Perdido por perdido, me acerqué a la casucha oscura y seguí las instrucciones del viejo. Tres golpes, dos golpes, un golpe... Alguien corrió la tapa de la mirilla, la puerta se entreabrió. No puede ser! Era uno de los prefectos, el gordo de los cachetes rojos!

Salve!

Eh, yo, nada, debe haber una confusión...

Más confusión que esta, imposible! Dale, desembuchá!

Me dijeron que si tocaba tres veces, dos veces y...

Sí, sí, pasá, apurate que estamos en plena guerra, ya te contaron cómo es?

No, no, solo que...

Tengo tres tipos, suave, estándar y rabiosa...

No sé, supongo que...

En una noche como esta la suave no te va a servir para nada, te hago tres por dos de las otras, una mega bolsa.

Okey, gracias, cuánto es?

Millón y medio.

Qué mandadero infalible me sentí en ese momento! Antes de volver me pegué una vuelta por el regimiento de grumetes siguiendo una intuición. Del campamento de los kayaquistas solo quedaban restos, rastros, fósiles: el dibujo de las canaletas rodeando las carpas que ya no estaban, estacas sueltas, forros usados (Ay, Dagmar! Dagmar! Qué desperdicio!), amuletos de la suerte, rollos de papel higiénico endragonados en ramas con las colas al viento. Señales, pero señales de qué? A tientas (sin buscarlo) pateé un tupper con pedazos de pollo chamuscado y sobrecitos de ketchup.

Camino al faro divisé un grupúsculo de gente rodeando la entrada. Admiradores (fanáticos? detractores?) de Edmundo coreaban su nombre con devoción. Tuve que hacerme lugar a los empujones. Sonaban insultos, gritos, petardos. De pronto un ser (flor de ser! pedazo de ser!) me abordó de frente. Una escultura viva que se afinaba de los pies a la coronilla, un cono soberbio, piernas de yegua, pecho de toro, cabeza de alfiler.

Sé que Ed está arriba, necesito verlo...

Ed... quién...?

Soy Teo, él sabe.

Imposible negarme. Subimos a tientas. Palpitando. En silencio. Apenas unos comentarios acerca de la humedad, la noche y el fervor. Cuando llegamos a la cima, le pedí que esperara un momento: Tu amigo es un tanto impredecible, viste, no?

\*\*\*

Abrí la puerta milimétricamente, Edmundo estaba sentado en el piso, descamisado (qué pecho tan plano y metálico!), la guitarra en el regazo, los ojos idos y una venda en la frente. No me vio o se hizo el que no me vio. Cantaba con dulzura, una voz suave, hipnótica (nada que ver a la de hace un

rato!), que me hizo estremecer los músculos, las pupilas, la piel.

*Éérase una veeez  
un lobiiiito bueeeno  
al que maltrataaaban  
todos los cordeeroos.*

*Y habíía tambiéén  
un príncipeee maaalo  
una brujaaa hermoosa  
y un pirataaa honraado.*

Y zas! Le pifió a un acorde, hizo un rasgueo violento, levantó la cabeza, se sorprendió al verme. Era tan obvio que ya me había visto! Edmundo era un mal actor o tan demasiado bueno, cómo decirlo. Vino a mi encuentro con los brazos abiertos y esas llamas locas en los ojos. Abrí la boca primero.

Acá tenés pollo, cognac, merca, te debo los higos... Basta para mí! Se acabó esta historia, no te busco más nada, me voy a la mierda.

Calma, chico, calma. Adónde te vas a ir? Fui un poco brusco, tenés toda la razón, me confundí! No te merecías que te hablara así, estaba atontado, imagínate, todo esto, de golpe. Te estoy tan agradecido, verdaderamente agradecido, no sabés cuánto. El amor a veces nace con formas raras, pero se reconoce de inmediato y yo ya siento... Vení, vení que te muestro, entramos en la dimensión mágica, la hora del infinito. Diosito! Qué rico, cocaína y escabio, vituallas para el alma y la conversación, qué más se le puede pedir a la vida!

Me sacó el barrilito de la mano, se echó un trago largo y agarró él mismo los paquetitos del bolsillo de mi pantalón (cómo sabía? cómo sabía!), los abrió con los dientes, mezcló los dos polvos sobre la tapa del piano y peinó una raya de punta a punta, de dos metros fácil. Antes de inhalar, sacudió la cabeza, sonrió, miró al techo, se persignó y entonces sí, aspiró largamente por un orificio y por el otro produciendo un ronquido de rinoceronte.

Agrrrr... dios! Cómo extrañaba esta mierda! Metele vos.

No, no gracias, prefiero...

Cómo te vas a negar unos tiros una noche como esta, no seas corto de espíritu!

Sin opción, tomé un poco de cada lado. Qué picor! Y unos sorbos de cognac. Edmundo se dio

tres cachetadas fuertes, me agarró del brazo, me llevó junto al telescopio, me dio un beso mojado en la mejilla apretándome la nuca. Me habló de constelaciones: Antlia, Caelum, Centaurus, Columba, Puppis, Pyxis, Hydra, Lupus, Microscopium, Sculptor. Y de muchas otras, invisibles, de las constelaciones dentro de las constelaciones. Yo solo veía un fondo negro y estrellado, hermosamente estrellado!

Mirá eso! Nunca visto, una nueva galaxia! El vacío preparándose para una nueva galaxia, hay que ponerle un nombre! Qué se te ocurre?

No veo nada.

Es que estás viéndolo todo, fijate bien, son como dos jorobas un poco más negras que el resto de lo negro.

Camelias? Dromedarius?

Es bueno pero ya existe, en otra parte, no exactamente, pero existe...

Algo con corazón?

Qué cursi que sos! Pero me gusta, Coronarius! Pongámosle Coronarius!

Edmundo era libre, todo lo libre que se puede ser. Libre, delirante y peligroso. Abrió el tupper con el pollo, lo olió, puso cara de asco, destrozó los sobrecitos de ketchup con los dientes, hizo un enchastre, mordió un poco, escupió, tiró las patas por la ventana. Se paró sobre el taburete del piano, meó para afuera. Después se calmó, o no, no era calma eso, jugaba a la momia, me miraba tan intensamente, tan amorosamente, una mirada encendida que me hacía robustecer. Se dio otro par de pases, volvió a cachetarse y se largó a bailotear alrededor mío. Se movía como un púgil, rasgándose el pecho, cintureaba, se agachaba, tiraba un golpe al aire, se enredaba con las columnas. Era bello, gracioso, terrible, viril, todo lo que yo quería ser, inteligente, decadente, todo lo decadente, loco y amoral que podría haber sido yo en una vida ideal. Tenía plata, talento, sensualidad, lo idoltraban, lo aborrecían (da lo mismo!), estaba en la cúspide del mundo recién salido de un pozo y encadenado! Llegué a odiarlo (y a amarlo) tanto en tan poco tiempo. Y hablaba, hablaba sin parar, excitadísimo, era infalible con las palabras. Tenía una capacidad insólita para saltar de tema en tema, conectando todo con todo, un recuerdo de infancia con la biografía de Galileo, un tratado de botánica con la historia del maoísmo, la estructura de la *Eneida* con una serie sobre violadores suizos. Era brillante además de hermoso! Avasallaba. Una usina interminable de anécdotas: historias hermosas, tremendas, amores infernales, viajes deliciosos, criaturas de mar, aventuras de todo tipo en las megalópolis del mundo. Costaba creerle pero no importaba, enumeró una lista de personajes con los que había tratado: traficantes, magnates, coleccionistas, narcos, verduleros, locos de toda locura, asesinos y artistas, se había mezclado con músicos, pintores, minimalistas, necroperformers, artistas de toda calaña. Tenía una sensibilidad, una frescura para alinear conceptos, ideas, para desordenarlos, hacerlos estallar. Y

si se quedaba sin labia, sin argumentos, acudía a una serie de onomatopeyas de orden, cómo decirlo, de orden filosófico. Edmundo era verdaderamente de otro planeta, divertido, tierno, mordaz, una fábrica de humanidades. Convertía un triángulo en un cono, un cono en un cubo y un cubo en todas las formas del mundo. Miraba a los ojos con frenesí, mostrando esos dientes chiquitos de bebé desahogado. Volvió al piano y esta vez tomó como nunca vi tomar en mi vida (antes ni después), treinta centímetros de merca de un tirón. Giró en el aire, pareció anticiparse a un estornudo, se tapó la boca, dio tres pasos al frente, quedó quieto en la mitad del espacio, fabricó una pausa larga, en puntas de pie, mefistofélico.

Huelo algo, una presencia... Qué hay allá?

El tiempo se detuvo, se coló un chiflido, la puerta se abrió como por arte de magia, Teo! Teo en todo su esplendor: la cumbre de la belleza. La belleza y la gracia, la gracia y el misterio, el misterio y un enviado del futuro! Edmundo puso cara de pescado (exageró la cara de pescado), abrió los brazos en cruz adorando (interpretando) un mesías.

Me muero, me muero, me muero! Qué maravilla! Qué maravilla! Apareció la llorona!

Teo pegó un salto y corrió hacia él como un niño, yo quedé entre los dos. Muy de más. Se abrazaron, cómo se abrazaron! Qué manera bestial de abrazarse! Me fui corriendo hacia atrás, atrás y a un costado, no dije nada, nada de nada. Me puse a mirar por la ventana, unos focos de incendio, corridas, derrumbes, pero también observaba el adentro reflejado parcial y deformemente en la pared, seguía el abrazo. Seguía y seguía. Sonaron unos cañonazos, una serie de explosiones hicieron estallar el cielo del lado del fortín. Edmundo se me acercó.

Bueno, no vamos a hacer presentaciones formales. A él lo conozco desde hace unas horas pero ya es un amigo, un buen amigo, se está portando muy bien conmigo. Con Teo nos conocemos desde siempre, somos... Qué somos? Primos, hermanos, amigos de toda la vida, íntimos, en el fondo, qué importa lo que somos! Nuestra relación ya está más allá de cualquier nombre. Mirá esta cara, no es increíble? Una belleza así no existe entre los humanos de hoy en día. Hay que festejar! Reencontrarse es vengarse un poco de la muerte. No te quedes ahí pintado. Vení a brindar con nosotros!

Bebimos, ellos dos desataron en minutos una complicidad envidiable. Yo permanecí al margen, Edmundo se entregó a la verborrea. Trataba de acordarse cuándo había visto a Teo por última vez pero no lo lograba, si en la casa, si en la playa, si en Buenos Aires, si en la prisión. De tanto en tanto se paraba a seguir esnifando de la raya infinita sobre la tapa del piano y nos invitaba

(obligaba) a tomar a nosotros también. Una pausa para la droga y enseguida retomaba. Teo le festejaba cada cosa que decía, los chistes más tontos, las ocurrencias más ingeniosas. Esa risa! Esa risa mágica! Yo acotaba lo mío de vez en cuando, tímidamente, disminuido, para no desaparecer.

En un momento se sentaron en el piso, Edmundo agarró la guitarra y se puso a cantar unas baladas en inglés. Teo sonreía, se dejaba hacer soltando esa sonrisa mordida de las cosquillas. Edmundo me invitó a sentarme con ellos, dejó la guitarra a un lado. Me acariciaron un poco, se oyeron nuevos cañonazos, más gritos y explosiones. Ellos se besaron, un pico primero, y otro, y otro más que se convirtió en un beso profundo, aspirado, me sumaron, me dejé hacer. Besos de a tres, disputándonos las bocas, los cuellos, las orejas, empezaron a desvestirme... Me invadió una incomodidad. Edmundo se anticipó a mi reticencia y propuso seguir brindando. Como no había dónde nos hizo poner las manos en cuenco y nos sirvió cognac, bebimos chorreándonos todo. Volvimos a besarnos, los labios de fuego. Edmundo se desnudó de la cintura para abajo; Teo, de la cintura para arriba. Me puse de pie.

No seas tímido, la timidez es la muerte en vida. Solo se trata de intercambiar fluidos, de encariñarse.

Sí, de encariñarse.

Los dejo un rato, voy y vuelvo...

Quise salir (huir, volver), me resultó imposible. Mientras apuraba esa escalera caracol por enésima vez sentí que todo eso tenía que suceder, todo eso tenía que sucederme. No logré llegar a abrir la puerta del faro que una horda de enajenados se me vino al humo. Una tromba de locos munidos con antorchas, piedras, lanzas y más armas que la noche me negaba ver.

*Coronaaados de gloooria vivaaaaamos.*

*Oooh jureemos con gloria morir!*

*Oooh jureemos con gloria morir!*

*Oooh jureemos con gloria moriiiiiiiiir!*

Alguien (un pobre troglodita!) alcanzó a escupirme en la manga, un pollo mezclado con sangre. Qué hacer? Cinco minutos para meditar! Ese chico perdido tenía que hacerse cargo de este descalabro, enfrentar la situación. Finalmente era él al que reclamaban, para lincharlo o coronarlo, da igual. Volví a subir decidido a todo. Teo y Edmundo estaban en una.

Perdón, perdón, es que...

Qué te pasa, nene? Acercate y gozá...

Allá afuera hay una guerra, una guerra de verdad! Están furiosos, dan miedo!  
Qué es el miedo, a qué tiene gusto el miedo? Yo ya casi me olvidé...

Edmundo hablaba haciendo giros con la cabeza. Teo lo besaba por todas partes.

Estúpidos! Que se maten entre ellos, Garibaldi, Brown, Brown y Garibaldi. Quién es quién en esta historia? Nosotros somos la cuarta posición! O no? Vos podes irte cuando quieras, me di cuenta desde que te vi que tu naturaleza es la cobardía, pusilánime! Tomátelas. Lo mejor va a ser que huyas, lo más sano para todos es que desaparezcas de una vez. Y si vas a volver, traé más droga y más alcohol, va a ser una noche larga y eso no puede faltar.

Edmundo se paró y me mostró los puños. Tenía la mirada perdida, espectral, me quedé duro. Sin reacción. La pelea por la pelea.

Nunca viste una buena chota? Dos veces la tuya, no? Tres! Te voy a re cagar a trompadas si te seguís haciendo el vivo pedazo de marmota plana. Vos entendés cuando te hablo o sos más pelotudo de lo que parecés?

Teo intentó serenarlo, Edmundo daba vueltas sobre un mal eje, trastabillaba, le pegó con el puño a la pared, amenazaba con romper el vidrio, escupía, alzaba los brazos como un campeón, se mandaba un saque sinfín de cocaína, zapateaba, nos buscaba con la mirada, se acercaba, nos agarraba las cabezas, primero a Teo, después a mí, nos besaba en la boca: Abrí la boca, besame bien! Se alejaba, hacía silencio, parecía calmarse, se daba vuelta, nos señalaba: Bésense, bésense o los mato! Era un pulpo, un pulpo humano, todas sus células hacían un corazón. De pronto, se tapó la cara y se puso a sollozar, a llorar, sufría, cómo sufría ese pobre chico! Teo le acarició la cabeza tarareándole una canción de cuna y me hizo con la mano para que me fuera, me pedía tiempo. Me asomé a la escalera, me refugié en el descanso, estaba preso entre dos rugidos, entre dos locuras. Una virgencita encriptada me dio un rato de paz.

\*\*\*

Y esos gritos? Esos gritos tremendos, de terror! Volví a subir, volví a entrar, con el último bris de fuerza. Qué cuadro más espantoso! Edmundo estrangulaba a Teo contra el ventanal con una mano. Con la otra, se masturbaba a lo bestia. Amagué con acercarme, Edmundo me paralizó con su miradota de diablo. Estaban trenzados en una pelea feroz, una lucha de escorpiones. Teo se defendía como podía, le atenazaba la cara, el núcleo de la cara, le deformaba la piel, la nariz, los cachetes. Estás loco, le dije, o no le dije, lo pensé. Está totalmente loco. Se fue al carajo. Di un

paso al frente, y otro y uno más. Teo movió los ojos haciéndome una señal que no supe interpretar, Edmundo paró las antenas, retorció más el cuello de Teo y me clavó una flecha rabiosa.

Hay para vos también pedazo de mierda cagona!

Eso me dijo, eso y otras cosas, muchas otras cosas llenas de odio. De dónde salen las fuerzas demoníacas? De dónde?! Me acerqué con los brazos hacia adelante: Calma, calma... No hubo caso.

Esa bosta que trajiste, de dónde la sacaste, eso no era merca! Estaba más cortada que la mierda. Pura cal. Me hierva la cabeza, se me revienta el pecho, por eso no querías tomar, traidor. Me querés envenenar, vos pensás que yo soy idiota, veni acá, hijo de mil putas, arrodillate, te digo que te arrodilles! Y ahora chupame la pija, infeliz! Chupá y cantá, hasta que te duela. Abrí esa boca inmundada, putito mal parido!

Obedecí, aterrado, sin pensar en lo que hacía. Embobado por un olor rancio, dulce, tan de guardado, primitivo, olor a cerdo macerado en drogas y alcohol, tan excitante. Mucho más, un elixir, el apogeo de los aromas, puse la cara, abrí la boca. Edmundo tenía una pija hermosa, dura, vieja y tierna, me vi reflejado en los pliegues, saqué la lengua, abrí más la boca, me apasioné con ese glande brillante, apreté los labios, abrí los ojos, al borde de la asfixia. Sentí cómo crecía en mi interior! Ay, la sensación de chupar una pija por primera vez. Chupé, chupé y chupé. Podría escribir cien versos. Mil!

Lo que sigue es tan confuso. En un movimiento relámpago, todo se quebró. No sé bien cómo (tengo una hipótesis irreproducible) pasé a estar en el piso con la nariz rota y sangrante. Qué dolor! Por el dolor y por lo inesperado. Me tomó un rato recuperar el sentido, volver a ver. Edmundo estaba unos metros más allá, desparramado en el piso igual que yo, se retorció de dolor con las manos en las bolas. Teo actuó con una energía y una habilidad insólitas, lo neutralizó atenazándole las rodillas, sacó un rollo de tanza de la nada y lo ató de pies y manos. Así y todo, Edmundo siguió riéndose, rastrero y focón. Teo me agarró de la muñeca tirándome de los ojos, me levantó como un gigante a su peluche. Me costaba caminar, estaba al borde de mis fuerzas. Vamos, apurate! Edmundo nos escupió toda su furia.

Desgraciados, traidores, hijos de re mil mierdas, van a fenecer antes de lo que creen!

Bajamos a los tumbos. Afuera se había armado una batahola infernal. Sentimos un primer pedrazo contra la chapa y otro y uno más. Nos ametrallaban. Vamos, vení, dijo Teo y volvió a tirar de mi muñeca. Nos abalanzamos hacia arriba, a los treinta y tres escalones (más, menos), la



muchedumbre nos mordía los pies, el pueblo (unido) se acercaba a la cima. En la cúpula, Edmundo seguía desahogado, intentó taclearme, se resbaló, cayó al piso encharcado de sangre: Traidores! Traidores! Esa risa macabra. Teo tenía claros todos los movimientos: Por acá! Salimos por un hueco, seguimos por otra escalera floja, salimos a la intemperie, rodeamos la cornisa circular, remontamos el techo de la cúpula con una soga y en el mástil superior Teo se aferró a un gancho sobre un cableado.

Agarrate fuerte! Y cerrá los ojos, o abrílos mucho!

Nos lanzamos en tirolesa en dirección a la nada! Era, cómo decirlo, yo no podía ver por mucho que abriera los ojos, iba con la nariz pegada al cuello de Teo, volando ciego. Estábamos bien direccionados, le apuntábamos al balcón del faro viejo. El aterrizaje fue forzoso pero exacto. Bajamos como arácnidos, desprendiéndonos a lo neandertal por una pared enjorobada. Nos internamos en el bosque. El agua nos cubría los tobillos, la marea crecía y crecía.

Camuflados en ese imaginario oscuro, cruzamos la isla, el corazón de los disturbios. En esos quince minutos (hoy en frío los pienso quince, en el momento fueron medio y mil) vi las cosas más horribles de la vida, cosas que espero nunca más volver a ver. Horrendo, desolador, inhumano, grandioso. No alcanzan las palabras! En el medio de la plaza, en ese círculo de palmeras que hay más o menos por la mitad nos topamos con una rueda: veinte, treinta personas de distintos tamaños y formas se codeaban en una ronda cerrada, me costó asomarme. Alguien filmaba con un celular, o una cámara chiquita con un flash nervioso. Pedazos de un cuerpo, un hombre, una mujer, no, tampoco una mujer, una niña, una niña estaqueada! Locos! Grité: Degenerados! La torturaban en silencio, pateándole la cara, tajeándole los brazos, escupiéndola, caminándole encima, despellejándola. La chica resoplaba fuerte, no gemía, ni protestaba, apenas si se agitaba. Nos alejamos, volví y me alejé otra vez, no sé cuántas veces, era una visión adictiva, insoportable. Qué iba a hacer! Me sentí un cobarde. Teo me tironeó del brazo, barricadas, tiros, lo siniestro no terminaba: vi dos adolescentes destrozándose las orejas a los mordiscones, vi mujeres ahogándose mutuamente en sus vómitos cruzados, vi un hombre autodesmembrándose de rama en rama, vi piernas volar, brazos prendidos fuego, penes mutilados entre arbustos, vi todas las caras de la locura. Revolcándose en una zanja, dos prefectos se desfiguraban (todo era muy confuso y oscuro pero me dio la sensación de que eran los mismos dos que habían ignorado mi denuncia, el gordo rojo de la cocaína y el flaquito matero). Qué estúpidos! Si me hubieran tomado en serio. Todo por no creer! Luchaban en el fango cuerpo a cuerpo al punto de arrancarse las cabezas uno al otro, el horror al cuadrado. Al cubo. El horror infinito! Ya no toleraba más, miré para cualquier parte, busqué las estrellas. Y Teo? Teo! Volvió a tirar de mi muñeca.

Vamos por la canoa, no hay tiempo que perder!

Qué canoa?  
La canoa azul!  
Pero cómo...?

Enfilamos para lo de Polonia, quería buscar mis cosas (mis libros, mis cuadernos, los remedios de Monk!). Teo me retuvo. De lejos alcancé a ver una luz baja (amarillona) encendida en el primer piso. La luz de mi cuarto!

Ahora vení, concéntrate! No hay tiempo para despedidas! Pensá dónde la amarraste.

Algo me había dicho el uruguayo, qué me había dicho el uruguayo? Sí, sí, el ciprés, el ciprés corvo y gigante. Pero cómo distinguir un ciprés en medio del infierno! Cómo reconocer un gigante si lo negro es tan negro! Teo mantenía increíblemente la calma. Un helicóptero rasante (precipitándose?, atacando?) le pegó una lamida blanca a la proa de la canoa azul, el pajarraco de mascarón nos llamó con el pico. El agua me llegaba a las rodillas.

El nudo que había hecho el yorugua era imposible de desatar. Qué oriental obsesivo! Para mí y para Teo, que de un navajazo (de dónde sacó la navaja?, de dónde la sacó?!) cortó el cabo de tres serruchadas.

Vamos a necesitar explosivos, bengalas, en los hangares de la pista hay montones, pegate una escapada y traete una caja, agarrá la camioneta, no se van a enterar con tanto ruido por todas partes. Andá por el camino del alto así no te empantanás.

No sé manejar...

No te creo. Qué inútil! Y cómo pensabas sobrevivir? Bueno, voy yo, vuelvo enseguida. Andá llevando la canoa a la playita frente a las pasteras, te encuentro ahí.

\*\*\*

La playa ya no era una playa sino un pantano. Esperé con las patas en el agua y la canoa engarfiada con los dedos por el borde. La corriente se hacía cada vez más virulenta. De la nada, un espectáculo dantesco se desplegó frente a mis ojos. Primero fue un chispazo, lo siguió un rayo y un estallido. En la otra orilla, las chimeneas se endemoniaron. Una a una, las torres en llamas volaron por los aires. El fin.

Sentí el runrún de un motor y una frenada. Teo bajó por la pendiente derrapando en zigzag en una motocicleta que dejó tirada por ahí, traía una caja de bengalas y un bolso rojo con bordes flúor.

Listo, vamos, tenemos los segundos contados.

Y eso?

Mi bolso estanco, impermeable a todo. Yo me crié en el agua, es una costumbre que tengo desde la infancia.

Qué traés?

Cosas mías, imprescindibles para sobrevivir.

Por tu casa?

Nos alejamos como pudimos, rodeando la isla, medio agazapados, al mismo tiempo que avanzaban en cuña las lanchas guardacostas de prefectura, los buques de guerra, las carabelas, los acorazados. Yo iba al frente; Teo, atrás, timoneando, indudable en la embarcación. Desde el vértice de uno de estos barcos, un reflector ciclópeo abanicaba la isla con una hoz interrogante, plana: el día más crudo y luminoso que se pueda imaginar en lo más fatídico de la noche. Nos separamos de la costa sin rumbo, a ciegas (eso creía yo, más tarde me di cuenta de que todo lo que yo hacía a ciegas, Teo lo hacía a conciencia, tenía una doble conciencia, triple, una conciencia infinita).

Remamos en un silencio que tardó en volverse absoluto: los rumores de la guerra, los cañonazos, los estruendos, las grúas, los alaridos, los linchamientos, las violaciones, el crepitar de los crematorios, todo junto tardó en apagarse; más allá, los sonidos de la naturaleza se hicieron eco de la locura de los hombres: el gutural de las orcas, las trombas de mar, los intestinos del plancton, el canto agónico de las sirenas y al final, nada, el chapa chapa de los remos sumergiéndose y emergiendo una y otra vez. Una y otra vez latigando la superficie del agua. Una y otra vez, me causa risa, una y otra vez!

Remamos, remamos y remamos. Y todo con una luna terrible colgando mal sobre nuestras cabezas! Luna, estrellas y río fundidos en un abismo al alcance de los dedos. Teo habló una sola vez y calló por horas:

Vamos, pala y pala, no aflojes, hundí el remo, cargá agua, no te sienta! Olvidate de la mente. Respirá, mantené un ritmo, visualizá el diafragma, la contracción y la dilatación, el movimiento mágico, hay que activarlo para ahuyentar el peligro, para ponerlo a tu favor. Confiá en quien sos, en quien verdaderamente sos, no en quien querías ser y remá! Nunca dejes de remar!

Navegamos dejando la vida en eso hasta que la isla se convirtió en una mancha enllamada y del ruidazo no quedó nada, un zumbido lejano, ni siquiera. El cielo estaba en el agua, el agua en la luna, la luna en todas partes. Una luna gorda, interminable, que a medida que avanzábamos crecía y crecía. Aflojamos el esfuerzo cuando nos supimos bien a salvo, pero nunca dejamos de remar. Había vivido para esto, para escapar del infierno con este ser misterioso, para agotar los brazos,

torturar el cuello hasta dejar de sentirlo. Todo era tan intenso, tan sensual, tan escandaloso, podría haber remado el resto de mi vida. El sonido del agua, la respiración de Teo (ese hiatus perfecto!), la noche, todo era una misma cosa, sin distinción: noche, agua, remo, cielo. En un momento empecé a oír una voz, una voz suave que me llamaba, no por mi nombre, ni con palabras, no decía cosas, me llamaba con una música alucinante, de otra época (cómo nos gusta hablar de otras épocas!), una voz que se me metía adentro y me hacía respirar y remar, remar y remar más allá de cualquier cansancio. Una voz germana, dulce y severa, dulcísima y severísima: *Edel-weiss, Edel-weiss, every morning you greet me...*

Y en el medio de ese vacío inmenso (ya era el Atlántico eso? el Índico? el Pacífico?), en ese punto justo donde se pincha el globo, Teo apoyó el remo en el canto del bote para tomar aire y descansar, yo seguí remando. Cuando volvió a ponerse en movimiento, me tocó a mí, así por turnos. Respiro por respiro. Hasta que en un acuerdo mudo, dejamos de remar los dos y quedamos a la deriva.

Ahí fue que Teo abrió la caja de bengalas. Las encendió una a una (media docena por lo menos) haciendo estallar el cielo de fucsia. Lo hizo con una calma, una parsimonia. Y todo por placer, por puro placer.

谷神不死，是謂玄牝。  
玄牝之門，是謂天地根。  
綿綿若存，用之不勤。

1

1. “El Espíritu del Valle nunca muere, es la Hembra misteriosa. / El portal de la Hembra misteriosa es la raíz del Cielo y de la Tierra. / Desarrollándose sin interrupción, ha durado siempre y actúa sin agotarse”. Lao Tse, *Tao Te King*, capítulo VI.

Días, semanas, meses, navegamos y navegamos. Teo era una persona experta en supervivencia. Resolvía los problemas esenciales de las maneras más sencillas. Potabilizaba el agua del río con una malla metálica y unas piedras que llevaba encima, nos protegía del sol con un tul de popa a proa apuntalado en el medio por el remo de auxilio, sabía cuándo hablar y cuándo callar, que (fui aprendiendo) es lo más importante para mantenerse vivo. Su bolso estanco era de una abundancia infinita: nueces, abrigo, dulces, instrumentos. Tenía un arsenal de bananas! Me asqueé de comer bananas.

Una mañana, un punto dorado partió el horizonte en dos. Un punto concentrado que brillaba y nos imantaba y fue desplegándose en redondo hasta que se volvió una bahía nítida y perfecta, una playa de arenas blancas. Otra isla, pero no cualquier isla, una isla exótica, exuberante, inhallable en ningún mapa, invisible para el más sagaz de los satélites, la isla más isla de todas.

La primera impresión estuvo muy lejos del ícono. Eso fue en parte una decepción. Anclado a unos cien metros de la costa, un yate nos daba la bienvenida. Música, tragos rojos y baile de bikinis. *La Marta* tenía triple bandera: uruguay, argentina y una de esas multicolores, Sudáfrica, Zambia o Senegal. Era un yate a puro lujo y diversión. En la cubierta se desparramaban cuerpos asándose mientras sonaban unos viejos reguetones a un volumen inaudito. De dónde sacan la plata estos putos millonarios? La mayoría nos ignoró, debimos parecerles parias del agua. Dos tipos vestidos de blanco (probablemente gemelos) nos dedicaron unas miradas a babor. Una chica en topless y pareo nos hizo señas, nos invitaba o se burlaba, no era claro, ante la duda la saludé primero y la mandé a la mierda después.

Desembarcar fue difícil, un cordón de camalotes nos franqueaban el acceso, armaban un cinturón impenetrable. Remamos enredando las palas en sus barbas. La densidad del agua nos fue hundiendo, demasiado tarde entendimos que esos camalotes estaban plagados de víboras, anguilas eléctricas, yararás. Bichos camuflados entre las plantas que con nuestra presencia se excitaban. Teo me pidió calma imitando un soplido de serpiente. Avanzamos cada vez más lentos, cada vez más hundidos. Una víbora se arriesgó y se enroscó en el aguilucho de proa. Oh, pavura! No te muevas, me dijo Teo desde atrás. La víbora se deslizó hacia abajo en busca de mis pies, se fue encaramando desde un tobillo, pasó de una pantorrilla a la otra, a la altura de la rodilla volvió a pasarse de lado, siguió ascendiendo, me envolvió la panza, el pecho, un brazo, el otro, se acomodó en mi cuello perfecta y amenazante, una presión justa. Dos pulgadas antes del estrangulamiento, me lamió la cara, me coronó la cabeza, se tomó su tiempo y saltó al agua. Teo la

había encantado guiándola con la mirada. Más tarde me explicó: La mejor manera de librarse de un ser venenoso es entregarle todo, darle los gustos, mostrarse disponible y receptivo, para que pierda interés y te abandone.

Nos costó mucho encontrar un lugar donde hallarnos. Un desprendimiento de la tripulación del yate se había instalado en el medio de la bahía a todo trapo y despilfarro: una carpa blanca tamaño gigante, tipo esos gazebos desmontables que se usan en las fiestas de casamiento, más reposeras, mesitas plegables, conservadoras, parlantes (en vez de reguetón estos escuchaban un canon electrónico insufrible), botellas de champagne, langostas, patas de cordero y un grupo electrógeno que nos torturó la cabeza con su traqueteo durante el resto del día. Ay, la plata dulce!

La playa era una medialuna corta contenida por muros altísimos de vegetación medio monstruosa. Estábamos agotados, ninguno de los dos tenía ánimo explorador. Nos ubicamos tan lejos del quilombo como pudimos. Boca arriba, despatarrados y exhaustos. Enseguida entré en un sueño profundo (algo con tiros y muchos muertos). Teo también creo que se durmió.

Una voz ronca y al mismo tiempo melosa nos despabiló. Me senté, la cabeza del desconocido tapaba el sol formando un aura incandescente. Era un chico pelirrojo de barba larga y tatuajes diseminados por todo el cuerpo. Puse cara de perro. Traía una bolsa térmica y una bandeja amarilla. Teo se incorporó a medias.

Hola!

Hola.

Qué tal? Los vi llegar... de dónde vienen?

De lejos, de muy lejos...

Deben estar cansados.

Sí, bastante.

Nosotros vinimos a pasar el día, les molesta la música?

No, para nada.

Esperá... Vos no sos? Eh... Soy Jero, del liceo.

Me parece que te estás equivocado. No conozco a ningún Jero.

Pero cómo, mirame bien! Vos estás igualito... ay que no me sale tu nombre! Éramos muy amigos nosotros dos, muy compinches, te acordás cuando le robábamos el pedido del súper que le traían al rector, desparramábamos los sachets de leche por el pasillo, embadurnábamos las puertas con mostaza... qué delincuentes! Tuvimos una novia en común, Nathalie, la africana, hace poco le vi unas fotos en facebook, cría cerdos en Bretaña y está llena de hijos rubios... no me acuerdo si salió primero conmigo y después con vos o fue al revés, vos te re enojaste, amores adolescentes, me parece que fuiste medio lenteja, con cariño te lo digo.

Te juro que no sé de qué estás hablando.

Bueno, bueno... no voy a insistir, ya te va a venir. Les dan ganas de reunirse con nosotros un

rato?

No, no, gracias, estamos recién desembarcados, necesitamos reposar.

Okey, como quieran... les traje unas latas y algo para picar. Qué loco! Venir a encontrarnos acá, el mundo es un pañuelo, no hay vuelta que darle.

A pesar de morirme de ganas, por resentimiento, enojo atávico, me salió rechazar. Teo hizo un gesto con las manos como diciendo “prejuicios a esta altura del partido?” y terminé aceptando: cerveza fría, aceitunas y huevos duros de codorniz. En el pecho izquierdo Jerónimo tenía tatuada un águila que le picoteaba la tetilla. Veinte años después, la misma cara plana de televisor. Con algunas canas pero igual, bronceado, morrudo, retacón y pícaro. Aunque si él no me decía, nunca lo hubiera reconocido. Lo había borrado de mi constelación de amistades hacía rato. Por ese episodio con Nathalie (empezaron a salir a mis espaldas), pero también por otros menores, actitudes amarretas y algo tramposas, me había quedado una idea rara de él, es cierto que la habíamos pasado bien juntos, nos habíamos divertido mucho y habíamos compartido unas cuantas iniciaciones. En el balance, las amistades, incluso las más olvidables, algo siempre nos dejan. Ahora que recuerdo, hubo un episodio medio oscuro con una sobrinita suya que manchó nuestra relación, ella tendría nueve y nosotros trece o catorce. A la distancia me resulta un hecho bastante inocente, juego de pajitas un domingo a la tarde. En ese momento, me torturó la conciencia durante meses.

Jerónimo se quedó mirándome en silencio, sonreía franca y naturalmente, sacudiendo la cabeza a un lado y al otro. Cambió de pie de apoyo y el sol volvió a darnos de lleno. Se despidió con un Hasta la vista! Cuando estuvo lo suficientemente lejos, abrí una lata y se la pasé a Teo.

No tomo alcohol.

Pero en el faro, con Edmundo...

Fue una excepción, para darle el gusto, ya viste como se pone si se lo contraría.

Pero... por qué con él sí y conmigo no?

No seas ridículo, te vas a poner celoso porque no quiero tomar cerveza?

Tenés razón, tenés razón, qué sé yo, después de tanto trajín me parecía lindo brindar, festejar estar vivos.

Ya vamos a festejar, a nuestro modo.

Me bajé la lata de tres tragos, estaba deliciosa, en el punto justo del amargor, del frío, del burbujeo y de la acidez. Cerveza de trigo, importada. Esos superficiales sí que saben disfrutar! Con unos gajos de limón hubiera sido la perfección. Jerónimo! Quién lo hubiera dicho! Enterré la otra lata en la orilla para mantenerla fresca y tomarla más tarde. Teo enmudeció durante un rato largo, la mirada abandonada al ras. Hice lo mismo. Dormitamos estirados sobre la arena. Cuando



abrí los ojos, Jerónimo y sus amigos chetos habían levantado campamento, el yate desapareció sin que nos diéramos cuenta.

Nos repartimos las tareas: fuego, víveres, contención. Mano con mano, nos aventuramos un poco en ese mundo selvático que arrancaba donde terminaba la playa. Teo tomó la iniciativa y desapareció detrás de unos arbustos. Encaré hacia un roquerío. Descubrí unos yuyos finitos (parecidos al cebollín pero acitronados), almejas en miniatura, unos frutos salvajes como grosellas que no eran grosellas y unas raíces blandas que resultaron muy sabrosas y que más tarde nombramos entre nosotros “achuras de la tierra”. Teo volvió con un par de cocos y unas cañas de bambú. Me mandó a buscar leña, ramitas y troncos secos. En el camino de vuelta me topé con una fuente de soda. Más no se le podía pedir a ese islote milagroso.

Teo dispuso las maderas en forma de choza rodeándolas con piedras, las coronó con la corteza peluda de un coco que se puso a frotar con el filo de una caña. Estuvo un buen rato raspando y nada. Por un momento, me pareció que todo era una puesta en escena, una técnica farsante, hasta que un hilito de humo, un ínfimo hilo de humo empezó a surgir de un pelo del coco que al segundo encendió al resto. Se armó un fuego perfecto y estable.

Teo se desnudó, hizo un bollo con todas sus ropas y las arrojó a las llamas. Hice lo mismo, claro. Ahora entiendo, me dije, esto era la famosa felicidad. Caía la tarde. Sonreímos en pelotas. Teo abrió su bolso estanco y lo dio vuelta sobre la arena. Qué no tenía además de todo lo que ya había sacado en el viaje. Pinturas, cuadernos, alicates, limas, frasquitos, un traje de baño (No lo voy a usar nunca más!), llaves, algo de plata, cartas, un celular (No lo cargo hace un año...), runas, forros, lápices, unas calzas negras, más bananas, dos libros gruesos, otro más bien corriente y un librito muy usado.

Qué son?

Novelas que me gusta releer, *Bajo el volcán*, *Orlando*, *Adán Buenosayres*, algo de Pizarnik.

Ah, me encanta, hay para entretenerse, y ese, qué es?

Regalo de Edmundo, querés que te lea?

Dale.

A ver, cerrá los ojos, al azar? No, al azar, no... te leo mi poema favorito: *Porque aunque tengamos que cruzar otra vez el océano / y bajar de nuevo por la catarata del mar / mi amor descenderá a buscar tu amor / y tu amor subiendo me mostrará los torrentes que suben / Y las aguas de tu vida y mi vida subirán / otra vez sobre las aguas / Y los desiertos de mi vida y de tu vida / ascenderán otra vez sobre los desiertos / Y el renacido Pacífico / se alzaré dibujando nuestras rompientes / como dos pegadas cordilleras / encumbrando sus nieves desde las olas.*

Qué hermoso! De quién es?

No seas ansioso, sentí esto: *Trabajar con la vida que uno es tampoco significa su clausura en imágenes y conceptos como en Platón, es trabajar con la corrección sistemática de la propia*

*experiencia asumida como un borrador de la experiencia que será, de la vida que alguna vez será.*

Wow, qué bello... pero qué arduo!

Como todo lo bello, como todo lo que es arduo, a mí la poesía de ahora me parece un espanto, porque no es bella, ni ardua... Esto es de Raúl Zurita, un poeta arduo y bello.

Teo se echó boca arriba sobre un colchón de caracoles finos como el aire. Le puse una mano en la pierna, tenía unas pantorrillas tan plásticas y perfectas. Le masajé los pies, se dejó, subí por los muslos (pinchudos y carnosos). Empezó a contornerse, se dio vuelta, me mostró su culo empinado al cielo. Tan hermoso y natural. Nos fuimos acomodando igual a dos gatos, le pasé la lengua por un cachete, por el otro, lamidas largas, juguetonas, en busca del centro, del ojo, de la raya. Con la primera chupada, entendí que el tiempo se había disuelto, ya no existía, no existían los relojes, no existía el pasado, no existía el mañana. Todo era eso, mi lengua entrando y saliendo de ese agujero negro y apretado que había sobrevivido conmigo. Inacabablemente eso. Chupé y chupé. Sorbí, penetré, le di aire, lo desinflé, colmé ese anillo de besos sutiles, clásicos, desahorados, lo embabé. Usé las manos para separar las carnes. Teo gemía, temblequeaba y gemía. Me sentí libre. Sentí la libertad de un futuro ilimitado. Para qué el pensamiento? Para qué las cosas? Para nada! Inmediatamente después de un espasmo eléctrico y duradero (el primero de sus múltiples orgasmos), Teo se dio vuelta, me tiró sobre la arena con un golpe en el pecho y se puso a chuparme la pija con una dedicación, una voracidad, una técnica y una suavidad desconocidas. Nunca antes me habían llevado tan lejos los sentidos. Cuando empecé a trepidar anticipando la descarga, Teo tomó distancia, dejó que el aire de la noche atemperara la sangre y se metió la pija hasta al fondo sin moverse por un buen rato. Después, lento, lentísimo, con mucha cintura, entrando en un ritmo que de a poco se volvió frenético, fuimos juntos hacia el éxtasis acabando en un mismo interminable relámpago. Soltamos un grito animal sin ningún pudor que debieron sentir todos los naufragos a la redonda.

\*\*\*

Los días que siguieron, los cien días que siguieron, por ponerle un número, fueron más o menos iguales al primero. Sin yates, ni ruidos, ni otras almas que nosotros dos. El universo por fin se redimía. Después de tantas atrocidades (de adentro y de afuera, individuales y colectivas), enterré los miedos y desatamos las fantasías. La naturaleza nos ofrecía una vida salvaje, plena y amorosa. Vivía lo que siempre había querido vivir. Una verdadera pasión! Sin límites ni tapujos. Me sentía por fin desnudo frente al mundo, desnudo y original.

Nos agarró una locura cogedora, no podíamos más. Cogíamos todo el tiempo y de todas las maneras (maneras que nunca hubiera imaginado posibles!). Nos chupábamos, nos metíamos, nos

frotábamos, éramos pura brasa trascendente. Descansábamos para hidratarnos, comer y dormir pero en sueños (nos lo confesamos una noche) seguíamos garchando sin parar. Nunca antes había estado con un persona como Teo, tan abierta y exploradora. Incluso extrema: le gustaba agarrarme del cuello haciendo presión con los dedos, al borde de la asfixia. Más de una vez tuve que hacerle señas enérgicas con la mano para que aflojara. Su cuerpo era a la vez un monumento y una ruina. Las piernas de Teo eran largas, macizas, pulposas. Al tacto, nacaradas. Me pisaba las muñecas y se zarandeaba en el aire contra toda lógica de gravedad. Me apretaba los muslos, me hacía doler, qué manera sutil de hacerme doler!

Nos sobábamos tan hermoso, tan pacientes. Trocábamos posiciones, espejándonos, uno en el otro, el otro en uno, 69, 33, 77. Cuando nos mirábamos a los ojos haciendo el amor (eso ya era hacer el amor!), yo sentía un peligro. Teo me abrazaba fuerte, arañándose la espalda, incrustándose las uñas, metiéndome cosas impensadas dentro del cuerpo. Esas ansias se percibían en el aire, la locura de las partículas elementales por juntarnos a nosotros dos. Qué delicia! Un día, sin saber más qué hacer, nos enterramos de pie, apuntando al fondo de la tierra, nos tapamos de arena hasta la coronilla y en el subsuelo del mundo intercambiamos órganos, miembros, genitales.

Teo me parecía la perfección. Todo lo que podía esperar de un otro lo encontraba en Teo. Todos los misterios del mundo. Todo lo mejor del mundo. Todo en Teo. Las manos de Teo, la nariz de Teo, los pies de Teo, el culo de Teo, los ojos de Teo, el mentón de Teo, los pelos de Teo, los mocos de Teo, su pecho, sus brazos, el quiebre de la mandíbula, las mil formas de su sexo.

Nosotros dos estamos en una, dijo Teo al final de unas de esas tardes mágicas. La frase me produjo una alegría inmensa, que verbalizara lo que era obvio para mí pero que yo no me animaba a nombrar me hizo feliz. Tan feliz! Me sentía ferozmente enamorado.

No todo era sexo, había un antes y un después. Comíamos, nadábamos, preparábamos el fuego, dormíamos siestas (a veces incluso dos o tres al día, como los bebés, a media mañana, después de almorzar, antes de la cena), nos mirábamos mucho, nos besábamos (nos besamos tanto, de formas tan diversas!), nos reíamos (reíamos hasta la baba) y conversábamos. Nos hicimos adictos a la conversación.

\*\*\*

En los fogones, a orillas del mar, despatarrados en un rocón, hablábamos y hablábamos saltando de un tema a otro: familias, infancias, amores, gustos, vocaciones, viajes, política, un poco de todo. Quise saber algo más acerca de lo que habíamos vivido en Martín García. Le conté del viejo de las artesanías y de su visión previa a la debacle. Teo dijo que coincidía en buena medida.

El régimen presidencialista se convirtió hace tiempo en una pantomima ridícula, igual que los

polos ideológicos. El brownismo y el garibaldismo se enfrentaron y se aliaron tantas veces a lo largo de los años que ya nadie puede decir bien quién representa a quién, son inquinas sin cura... ismos que se volvieron arcaicos, como es el destino de todo ismo.

Teo me contó sobre la batalla por la Segunda Reconquista, me dio detalles: nombres, bajas, héroes, traidores, vencedores y vencidos. Nunca había oído nada al respecto, me hizo sentir un ignorante histórico. También me habló de la cuarta posición, esa teoría que Edmundo había inventado para salirse del círculo vicioso de su historia y que había generado más desconcierto, más revuelo, más fanatismo y un tendal de víctimas inocentes.

En qué consiste exactamente?

Escuchaste hablar de la causa infinita de Giordano Bruno?

No.

Bueno, podés empezar por ahí.

Y Edmundo? Hablame de Edmundo, y no me digas que es una historia larga, contame lo que significa para vos.

Edmundo es un tipo genial, un símbolo para muchos y eso duele... tiene talento, mucho talento, tanto talento como soledad! Su problema es el problema de nuestra era, pero en él se exagera, la violencia con los otros, la violencia de los otros, las violencias contra uno mismo, la violencia a pesar de uno mismo! Violencia y libertad para él son una misma cosa. Hay un relato oficial, te lo podría contar, repetirlo a esta altura es una estupidez, pero, bueno, digamos que hubo una cadena de malentendidos que lo llevaron a donde está, confusiones, un oráculo berreta, una supuesta violación, un asesinato que no fue, yo hice todo para tratar de salvarlo. Y lo voy a seguir haciendo mientras pueda, mientras se pueda! Aunque te parezca mentira, sigo creyendo en él. No te obsesiones con Edmundo, no tiene sentido, cualquier cosa que te cuente solo va a servir para agrandar un mito sin solución. Lo único que puedo decirte es que él no violó a nadie, ni mató a nadie, estuvo en el lugar fatal, en un momento fatal... es un cliché pero es la verdad. Ya no se sabe bien qué pasó y qué no, menos él! Esa es su condena, el crimen sin nombre. Lo criaron un par de dementes, una por exceso, el otro por defecto, pero bueno meterme en eso, para qué? Basta, no quiero hablar más de eso. Ahora estamos acá y acá es todo.

Okey, solo quiero que me digas qué te gusta de él, qué te admira.

Siempre me gustó que fuera tan divertido, seductor y loco, sí... divertido en un sentido profundo, no se trata solo de hacer reír, divertido en los peores momentos, divertido en la miseria, divertido en el sentido de pegarle la vuelta a todo en el momento menos pensado. De esa capacidad de convertirse en otro y otro y otro. A veces, bueno, ya lo viste, se pasa un poco, se pone extremo, se pierde, da la sensación de que manipula a sus otros yoes como marionetas, pero no, es un prisionero. Todos esos personajes son más libres que él, claro.

Y de mí? Qué te gusta de mí?

Ay, y esa pregunta? No sé, tu mirada, cuando se despeja de los miedos, no te conozco tanto pero se me hace que sos una buena persona.

Buena?

Buena, sí, en el sentido de que no te creo capaz de maldad.

Parece que estás hablando de un tío o de un almacenero, no de alguien con quien venís haciendo todo lo que venís haciendo. Porque nosotros dos qué?

El dos no existe, nosotros siempre es igual a tres, a esta altura de la vida ya deberías saberlo. A ver, y de mí? Qué te gusta de mí?

Todo!

Eso no es una respuesta, todo es igual a nada. Pensá qué es lo que no te gusta de mí, si me decis *nada*, es que te parezco horrible... Y por qué vas a querer estar con una persona horrible?

Yo le hablé de mis romances, de la adolescencia hasta acá, una danza de nombres: Maki, Bárbara, Nathalie, Agus, Mía, Paca, Vero, Laura, Ella... Le conté de mi mujer, de mi compañera, le resumí un poco nuestra historia, las distintas épocas, la juvenil, la patagónica, la urbana, la ribereña; le conté del tiempo que llevábamos juntos, veinte años casi, del amor profundo que nos unía, de los chicos, de las mudanzas, de las crisis que habíamos capeado, de que en buena medida seguía siendo un vínculo misterioso.

La monogamia es un invento tan ridículo, qué sé yo! Hace rato estamos intentando abrir la pareja, no es sencillo, uno se conoció de una manera y de repente patear el tablero no es evidente, hay estructuras que un poco nos aprisionan, nos contienen y nos aprisionan, igual, la verdad es que yo digo mucho pero me cuesta bastante llevar a la práctica el ideal del amor libre, me confundo fácil, hago enchastres, como que lo quiero todo y el que todo lo quiere... en fin, soy un valiente al revés. Me gustaría cambiar, no quiero morir con los viejos mandatos encima, no me lo merezco, es tan difícil enfrentarse a uno mismo!

Teo me habló de una relación tortuosa que había tenido con un hombre mucho más grande, treinta y cinco años mayor, un abogado millonario que hablaba quince idiomas y había estado en ciento sesenta países, también de un profesor de la escuela primaria (o un preceptor, no recuerdo) con el que había tenido su primera vez. Y sobre todo, me contó de Udit, un amor imposible, un hindú que había conocido en un aeropuerto y que le había volado la cabeza.

Más de una vez la charla terminó recalando en nuestras madres. Como es inevitable cuando dos personas se conectan de verdad. Las historias de la mamá de Teo eran todas sexuales, prácticamente sexuales, indirectamente sexuales. La madre de Teo era adicta al sol y al sexo. Me habló mucho sobre unas vacaciones que pasaron en Nueva Palmira, sobre el río Uruguay. Unas

vacaciones que le cambiaron la vida. Primero habían ido a Carmelo, al camping municipal que está frente a la playa, pero con el correr de los días se fue poblando y ensuciando tanto que terminaron mudándose al de Nueva Palmira. Tenían una carpa de dos habitaciones, en una dormía la madre y en la otra, Teo. La mamá de Teo (mitad rioplatense, mitad nórdica, nacida en Montevideo y criada en Oslo) se pasaba los días tumbada al sol, boca arriba, boca abajo, y casi todas las noches se llevaba un tipo diferente: otro veraneante, un isleño, un continental, un pescador, algún personaje del pueblo. Teo que tendría diez, once años, demasiado grande para ir a dormirse temprano, demasiado joven para salir por su lado, fue testigo de cada uno de esos encuentros en estado de parálisis. La madre de Teo cogía como una desafortada, les decía cosas increíbles a sus ocasionales amantes. Cosas como *rompeme bien el orto que no siento nada!... A ver si hacés hablar a mi concha de una buena vez! Voy a tragarme tu verga hasta que suelte toda su lechota!* Teo un día dijo Basta! Le hizo un planteo a la madre, le recriminó llorando esas noches insufribles. Ella no podía entender qué era lo que tanto le molestaba: Es un órgano dentro de otro órgano, el resto es fantasía! Así le dijo. Una vez la vio coger con un robot.

Yo le conté de Monk. Al principio no quise hablar, me daba no sé qué oírme repetir los mismos lugares, después terminé desembuchando todo, casi todo. Incluso cosas que tenía medio sepultadas y salieron a la luz con las vueltas de la conversación. Le conté cuando Monk persiguió a mi padre en auto por la ciudad después de una reunión familiar que casi termina en tragedia, de las Navidades locas que pasé con ella, de su megalomanía, contracara de su melancolía, de cómo manejaba en el barro, como un as, de cómo chocaba autos en la autopista cuando volvíamos de alguna quinta los domingos por la noche, de cómo vino un día con las piernas ensangrentadas diciendo que unos policías la habían golpeado en la estación de Retiro, de cuando fuimos al hotel más lujoso en Milán (la habitación tenía cien metros cuadrados, escritorio, un piano de cola!), pasamos una noche y al otro día salimos carpiendo en medio de un escándalo porque no le aceptaban sus cheques de viajero, de cómo terminamos en la pensión más rastrera de la ciudad, le conté de sus obras, de su fetiche con los aerosoles, de sus ideas locas, de su manera pantagruélica de cocinar y agasajar, de la decadencia, de la opulencia, le conté de lo devota y hereje que podía ser en un mismo día, le conté del día que tiró por la ventanilla del coche una caja dorada de chocolates Suchard que quedaron desperdigados por los adoquines frente al Museo Histórico Nacional porque nosotros, mi hermana y yo, nos habíamos portado mal en un almuerzo con unos amigos pintores, le conté de su depresión, de su fetiche con el teléfono, de sus intentos de suicidio, de la noche en que la encontré muerta en su cama con la perra encima sobándole los pies, le conté de su manera desbordante de reír, de compadecerse de los demás y de castigarse ella sola, de cómo gozaba burlándose de los otros, de esa manía de decir “pobre”, “vínculo”, “bananas”, “carne” y “soledad”, le conté de sus talleres, de su amor loco por Rómulo Macció (cuarenta años de obsesión!), del resultado de la autopsia: edema pulmonar, cardiopatía dilatada, muerte natural! Teo me escuchaba sin intervenir, me dejaba hablar y hablar, tenía una oreja sensible y generosa. Y

si abría la boca era para pronunciarse sin vueltas y forzar mi relato más allá de lo que yo conocía.

El suicidio es el acto más obvio de todos, por eso me repele, qué bueno que le haya escapado a la obviedad. A ver, contame el recuerdo más lejano que tengas con tu madre, el más bello y el más lejano.

El más bello y el más lejano, dejame pensar, lejanos tengo muchos, cada vez más... Hay uno que adoro, estoy reptando por una colcha escocesa, ya no sé si es recuerdo o está forzado por una foto que guardo por ahí, hay otro, en una piedra, un día de mucho sol, al pie de una cascada, en la Cumbrecita, creo... Son dos recuerdos muy lindos. Pero ya sé! El más bello y más lejano, tan lejano como bello, es una noche que mamá nos llevó a la ópera, a ver *La Traviata* al teatro Colón, estábamos en segunda o tercera fila, muy muy cerca del escenario, teníamos a la orquesta al alcance de la mano, yo debía tener cinco, seis años, un plan medio delirante, ella era de hacer esas salidas decimonónicas, me había puesto un trajecito que me picaba como loco, suetercito, corbatita, mocasines, por esa época yo andaba con unas paletas de plata que me dejaban un aliento horrible; Violeta era interpretada por una cantante muy delgada, frágil y pálida, una Violeta posta posta, auténtica, no como esas Violetas gordas que cantan hermoso pero resultan inverosímiles, imposible pensarlas muriendo de tuberculosis, esta era perfecta, tan perfecta que en la escena final, recostada sobre un diván, agonizando, casi se muere. Violeta, el personaje, la cantante, empezó a sangrar por la nariz, sangraba mucho, manchándose la boca, el vestido, el tapizado, sangre de verdad. Era tan impresionante! Tan bello! Tan inesperado! No lo podía creer, no podía creer que siguiera cantando, llorando, muriendo, con esa sangre en la cara, todo al mismo tiempo, recuerdo claro que mamá me agarró de la mano fuerte y se puso a lagrimear y a mí me dieron unos escalofríos, creo que esa noche sentí por primera vez la emoción del espectador o quizás no la primera vez, pero sí la primera vez que fui consciente de que estaba sucediendo un episodio trascendental que era y no era, al mismo tiempo real y ficticio. Nunca vi sangre más brillante!

Es una imagen muy poética, por lo que contás, tu madre debe haber sido un ser muy especial, tan oscuro como luminoso, esas son las personas que valen, los que ponen al descubierto la materia de la que estamos hechos. Tuviste una madre maravillosa!

Puede ser, puede ser, en todo caso loca y maravillosa. Me hizo sufrir bastante.

Y bueno, hizo lo que pudo. El dolor también puede ser una forma de construcción. Ahora ya está, basta de sufrir, estás grandecito.

Es fácil decirlo... De dónde viene tu nombre?

De Teodelina, de Teófilo, de Teoberta, de Teodomiro, de Teodora, de Mateo...

Teo sonrió, me acarició un cachete, el otro, me encerró la cara entre las manos, nos miramos a los ojos (la luz de sus ojos!), acercó su boca a la mía (más bien trajo la mía a la suya) y nos entregamos a un beso que duró y duró hasta metérsenos en el sueño. Ay, maldita repetición,

deliciosa repetición. Cuántos besos en uno solo!

\*\*\*

Todo iba de maravillas (qué digo de maravillas, de mil maravillas!) hasta que Teo se empezó a aburrir.

Siento que esta dinámica de la felicidad nos está atando demasiado, cuando queramos salir va a ser un drama, porque vos sabés bien que tarde o temprano vamos a tener que salir, y los dramas ya fueron.

Pero por qué vamos a querer salir si somos felices como decís?

No se puede ser feliz sin salir, a alguna parte, en algún momento, para ser feliz hay que divertirse, hay que provocar algo nuevo, diferente...

Okey, me parece bien. Yo prefiero quedarme acá, siento que ya es mi lugar, mi espíritu es más bien sedentario.

La mañana siguiente, después del desayuno, Teo cargó su bolso (“por si acaso”) y se aventuró al interior de la isla. Al comienzo, fueron paseos más bien acotados, de media mañana, como mucho hasta la hora del almuerzo, pero con los días se fueron extendiendo hacia el atardecer: “Me gusta salir por ahí y ver qué me depara el azar”.

La verdad es que me costó adaptarme a esos momentos de soledad, aparte de cocinar (se armó un acuerdo tácito en el que yo me dedicaba a preparar las comidas del día mientras Teo hacía sus exploraciones), me inventé actividades: traté de montar una choza con palmas pero no hubo caso, se me venía abajo con el primer soplido, edifiqué un mínimo fuerte para contener la avanzada de las aguas, tampoco tuve éxito, las filtraciones pudieron más que mi empeño, después me dediqué un tiempo a hacer unos ensayos de alfarería, moldeé cuencos con juncos y barro según un método que había aprendido en las escuela de mis hijos. Fue un buen impulso, no hay como la tarea manual para combatir la neurosis. Pero me frustraba mucho al momento de la cocción, nueve de cada diez vasijas terminaban por quebrarse en el proceso. Decidí no hacer nada por un tiempo.

Me tiraba en la arena boca arriba y buscaba formas en las nubes para entretenerme. Había formas hermosas y formas horribles. Carotas, animales, abstracciones, signos, iniciales, paisajes diurnos, tenebrosos, muchas naves extraterrestres! Y de repente, por un rato, no había más nada, ni nubes, ni formas. Un agujero centrífugo en el fondo del cielo! De tanto mirar para arriba, cuando volvía a la superficie (la canoa, la arena, el horizonte, mis pies), todo adoptaba un aura de nimbus.

A la vuelta de sus excursiones (sin que yo le preguntara nada, ni adónde iba, ni qué hacía, ni si se encontraba con alguien), Teo me relataba con avidez todo lo que veía, sus relevamientos naturales, la fauna que le salía al cruce, traía muestras de plantas, tubérculos, frutos exóticos,



restos de fuselaje, salvavidas, describía unas especies raras.

Hay todo tipo de aves, gavilanes, teros, garzas, chimangos, carpinteros, en esta isla hay una epidemia de carpinteros! Vi jilgueros, gorriones, biguás, algún que otro pelicano y un montón de pájaros inclasificables, también lagartos, bastante más grandotes que un lagarto común, tortugas gigantes, escuerzos y unos bichos extraños mezcla de carpinchos con perezosos, y roedores, claro, todo tipo de roedores, incluso algunos monstruos.

Monstruos?

No monstruos en el sentido tradicional, monstruos reales, como vos y como yo, una suerte de humanoides trípodos, son monstruos que no espantan, ni atacan ni dan miedo, monstruos auténticos, del lugar, hacen su vida, duermen la siesta, comen, discuten, se pelean, se divierten y se enroscan, monstruos naturales. Y vos qué hiciste hoy?

No gran cosa, dormí, cociné, me colgué mirando las nubes.

Tenés que poder aprovechar estar solo para concentrarte en tus cosas, tomátele como una residencia que te regaló el destino. Nadie te apura, nadie te exige nada de nada, nadie espera nada más de vos que no sea la supervivencia. Podes trabajar en alguna de tus novelas, volver a pensarlas. Tenés un millón de posibilidades acá, puedes tallar infinitas frases.

Hay algo más horrible que a uno le digan lo que tiene que hacer! Nada! Nunca! Igual lo intenté (juro que lo intenté), traté de retomar la escritura pero me trababa una y otra vez en los mismos enredos, me perdía en devaneos que no llevaban a nada, un universo se me hacía inabordable por lo vasto, el otro, por lo complejo; me puse a dibujar en la orilla las distintas zonas, los espacios, caractericé los personajes con símbolos, usé planetas para plasmar temas y líneas narrativas. La marea borroneaba mis croquis cada noche, pasé a las piedras, tampoco, algo se endurecía y no avanzaba. Renuncié a todo y me embarqué en algo nuevo (en parte lo logré), algo cercano a la experiencia, a esa experiencia que estaba viviendo, me agarró un entusiasmo loco, empecé a escribir sin tregua, de día y de noche, en la arena, en los troncos, en las palmas, en las rocas, por todos lados. (La estructura de esto que leen la craneé en ese momento, aunque después le metí mucha mano, se armó un collage, cambié el tono, rompí el final, aparecieron partes que nunca me hubiera imaginado capaz de incluir, esencialmente la puse patas para arriba, todo eso que forma parte del proceso). En un momento empecé a sentirme abrumado de tanto trabajo, todo lo que hacía me pareció de pronto una gran mierda y Teo que no volvía cuando yo más necesitaba su compañía, su calor, incluso su ironía. Lo voy a decir, es una evidencia pero lo voy a decir igual. Hace tiempo que vengo perdiendo la fe (mala fe? buena fe?) en la literatura, en las ideas, en la imaginación. Antes (una evidencia más grande) venía perdiendo la fe en lo dado, en la existencia, en la realidad. Y este intento por desplazar la fe hacia una zona quebradiza (existen zonas no quebradizas?) tampoco la salva. Hay momentos en que todo esto tiene olfato a tiro por elevación.

Una de esas noches, a la vuelta de sus andanzas, Teo me dijo que tenía que contarme algo importante mientras se frotaba las manos cerca de las llamas.

Descubrí una aldea.

Qué?

Sí, una aldea pequeña.

Me estás hablando en serio?

Claro, cómo te voy a inventar algo así?

Pero es algo muy importante, Teo, puede ser grave.

Cómo va a ser grave? Es algo maravilloso! Además, parecen inofensivos, no pude ver bien, me quedé más bien lejos. Hay como un montículo de tierra que te permite observarlos sin que te vean, los vengo viendo desde hace unas semanas.

Semanas? Y cómo no me dijiste nada?

No sé, quise entender un poco de qué se trataba.

Y qué hay?

Chozas, fuego, niños, hombres, mujeres, lo típico, son todos más bien bajos y rápidos. Eso me pareció, que se movían de una manera muy veloz, yendo y viniendo de acá para allá, por momentos hacen movimientos muy inteligentes y por momentos se vuelven torpes.

Y qué hacen?

Trabajan, comen, descansan, se aparean, sobreviven. Trabajan mucho, siempre están haciendo algo, transportan maderas, piedras, juncos. Hacen cadenas que van de la orilla hasta la aldea. Llegué a contar tres, cuatro, hasta cinco cadenas simultáneas. Están construyendo un viaducto impresionante. No se cansan de trabajar!

Y entonces?

Nada, que hay una especie de tribu del otro lado de la isla, nada más.

Podríamos acercarnos en son de paz. Siempre va a ser mejor que nos acerquemos nosotros a que nos descubran ellos. No te parece?

Por qué?

No sé, como que si ellos nos descubren pueden sentirse amenazados, en cambio, si nos acercamos nosotros, no sé... habría que ir con una ofrenda, un regalo, podría llevarles uno de los cuencos que están sanos.

Puede ser, pero prefiero ir por mi lado.

Es una locura que vos vayas y yo me quede.

Al contrario, si vamos los dos, en caso de que suceda algo, el otro no puede socorrerlo.

Sí, sí, tenés razón, entonces quedate vos acá y voy yo o hagamos un sorteo.

Pero no es que vos no querías moverte de acá?

Bueno, sí, pero si hay una aldea es otra cosa. Una aldea es una aldea.

No sé, además, hay que oír el destino, me corresponde a mí hacerme cargo del descubrimiento. Hagamos algo, voy mañana temprano y si cuando el sol toque la línea del horizonte no volví, me venís a buscar.

Pero ya va ser de noche! Cómo me voy a meter en la selva en medio de la noche? Mejor cuando el sol esté en el zenit.

No me va a dar tiempo a nada, se necesita tiempo para llegar hasta allá y tiempo para entrar en el mundo.

Pongamos un punto medio, cuando el sol esté equidistante entre el zenit y la línea del horizonte, exactamente equidistante, si no volviste, voy a buscarte.

No sé, no, yo quiero pasar el día entero allá. Además, no dije cuando el sol desaparezca, dije cuando toque la línea del horizonte, ahí queda un buen rato de luz.

Okey, bueno, lo que vos digas. No sé, por momentos se me hace que no estamos teniendo una relación muy equilibrada. No veo mucho la reciprocidad últimamente.

Reciprocidad?

Sí, no veo el ida y vuelta del yo propongo, vos proponés y llegamos a un acuerdo, veo más el vos proponés y yo me adapto.

Vos tenés que adaptarte a vos mismo, lo que yo haga o deje de ser no debería modificarte.

Cómo? Claro que me modifica, sos... no sé qué sos, pero sos algo re importante en este momento de la vida para mí.

Vos también lo sos para mí, no tengas dudas, pero cada cual a su manera, para que sea recíproco hay que saber aceptar lo que viene del otro con sus formas y sus limitaciones. Además, vos no decías que querías abrir el juego?

Okey, okey, me ganás, me ganás siempre.

\*\*\*

Fue un día larguísimo, eterno, no sabía qué hacer, nadé, corrí, me masturbé tres cuatro veces, me colgué de una palmera, enrollé y desenrollé mil algas, no conseguía bajar la ansiedad con nada. Por qué obedecía? Qué pasaba si a la hora del ocaso ya era demasiado tarde y Teo se había convertido en bofe hervido en el centro de una olla?

En el momento exacto en que el sol tocó la línea del horizonte y yo ya estaba tomando carrera para meterme jungla adentro, apareció Teo con paso natural, sonriente y los ojos rojos. Se sentó en la arena, los pies en el agua, y se dejó caer boca arriba, suspirando sin abrir la boca. Tenía un fuerte olor a transpiración, su piel emanaba una fina capa de niebla.

Y?

Qué sé yo, tantas cosas, me agoté. Me tuvieron de acá para allá todo el día.

Haciendo qué?

Cosas, limpiando, construyendo, bailando, todo lo que se te ocurra... todos hacen todo, no hay especialistas, solo existe la voluntad de hacer.

Pero qué onda? Cómo son?

Son seres bastante normales dentro de todo, como vos y como yo, bípedos, mamíferos pero digamos que más humanos. Quise preguntar un poco sobre sus orígenes pero mucho no te cuentan, no tienen tiempo para hacer historia por lo que entendí, son sobrevivientes de una civilización antigua que en su tiempo fue superior y terminó cayendo en la peor decadencia, nada del otro mundo. Digamos que ahora están en una etapa de redención.

Y cuántos son?

No sé, no los conté, muchos, decenas, cientos, miles, son más bien básicos y al mismo tiempo son unas criaturas muy singulares, mutantes, por momentos robots, por momentos cavernícolas, tienen algo de arcángeles y algo de demonios.

Demonios?

Sí, como exconvictos, tienen pinta de pendencieros, asesinos, ladrones, violadores.

Es terrible lo que decís!

No, no, para nada, tienen pinta nada más, como si lo hubieran sido en vidas pasadas, a primera vista, representan la abolición de las estructuras siniestro piadosas de la burguesía.

Qué decís?

Cualquier cosa, te estoy cargando.

No me gusta que me cargues, menos con algo así.

A ver, me parece que acá hay alguien que perdió el sentido del humor bajo una palmera.

Desde ese día, ya no solo tuve que cocinar, también comer, hablar, dormir, todo solo, casi solo, Teo comenzó a dedicar su vida a la tribu. Los besos se hicieron esporádicos, seguíamos teniendo sexo de vez en cuando, pero ya no era amor, nada de eso era amor. Alrededor del fuego, Teo me contaba detalles tan seductores como macabros de la vida en la aldea, las tareas en las que participaba, las obras, los trabajos de desagüe, los talleres de visión de futuro, las reuniones de planificación, los proyectos, la imprenta. Sentía que no le daba el tiempo para todas las cosas que quería hacer, que necesitaba sentirse libre, dejarse fluir, ver qué ganas tenía al final del día, si de quedarse o de irse, que nuestra relación era lo suficientemente sólida, que tenía una raíz muy fuerte después de todo lo vivido, y que el mandato de la convivencia ponía todo en peligro. También dijo que estaba bueno que cada uno tuviera sus espacios; de ahora en adelante, el interior de la isla sería más bien suyo y la playa mi lugar: "Amar es aprender a soltar".

Vino un tiempo de calma, intentamos apuntar a un modelo nuevo, una relación más abierta, menos hablada, pero no fue fácil. Volví al yoga, hice intentos de meditación, me aprendí de memoria los poemas de Zurita, pero sobre todo me consagré a no hacer nada. Nada de nada. A

estar. A respirar. A dormir cuando tenía sueño. A comer cuando me venía el hambre. A beber cuando me entraba sed. Al abandono. El gobierno absoluto del instinto. Y sí, sentí que llegaba a algo, a una suerte de superación de cualquier estructura, de la idea del deber ser, pero fui dándome cuenta de que eran chispazos, momentos fugaces que me confundían más de lo que me iluminaban. En el fondo hacía grandes esfuerzos, ejercía un enorme control mental para obtener el descontrol mental, algo no funcionaba: yo padecía, Teo era feliz.

La verdad es que me hacen sentir como un lama más.

Lama?

Entre ellos todos se llaman lamas, nunca oí un solo nombre propio.

Pero hay lamas y lamas, supongo, quiero decir, hay jerarquías?

No en el sentido en que vos pensás las jerarquías, hay un referente digamos, un lama principal, a veces le dicen el Consejero, pero en esencia son todos iguales, lo que sí existe es la distinción entre jóvenes y viejos, que se ve en la cuestión de las perlas... Unas perlas que usan colgadas del cuello, no son perlas típicas, son perlas deformes que extraen de las cabezas de los bagres de mar.

Y eso?

Es su animal sagrado, el único que comen, detrás de los ojos tienen unas especies de huesitos, unos sensores para rastrear sus huevos, como radares hacia el origen. Hacen un rito muy increíble para pescarlos, no usan carnada, ni anzuelo, nada que pueda engañarlos ni lastimarlos, los pescan con la verdad, entran al agua y en cuanto ven un bagre se arrojan encima y más que atraparlos, los abrazan, se quedan quietos abrazándolos por un rato, los llevan a la superficie y no los sueltan, como que los acompañan en la agonía, los pescan con amor, cocinarlos es un arte muy particular, los asan vuelta y vuelta, lo justo para quemar las escamas, la idea es que la carne siga siempre viva, fría y viva, así cuando uno los come, mitad peces mitad pescados, navegan dentro del organismo buscando un lugar donde ovar, vuelta y vuelta, tres minutos de cada lado. Y no dejan nada, se tragan todas las partes, tripas, espinas, cartílagos, es muy impresionante y la cabeza, claro, para dar con las perlas... Tienen todos ritos así, como muy locos pero al mismo tiempo muy naturales, cuando alguien muere, por ejemplo, queman el cuerpo y con los huesos arman el marco de la entrada de una choza que construyen en honor al muerto, mezclan las cenizas con aceite de coco y fabrican una cera que usan de incienso para curar el espacio, ahí van a reunirse todos los que querían bien al que murió, una suerte de templo de conexión y espiritismo. Las perlas del muerto las cuelgan en la entrada de la choza como llamador y guardianas del futuro. Es raro, por momentos creo que los entiendo y al rato que no los entiendo nada.

Me parece un delirio todo.

El único problema es el alcohol. Cuando cae la tarde empiezan a circular unos troncos huecos que van y vienen con unas bebidas diabólicas, algunos hombrecitos se ponen muy locos, se arma cada trifulca! Las mujeres esconden los machetes, los fusiles, las pistolas, todas las armas quedan

al resguardo de un escudo de mujeres y niños, tienen que agarrarse a golpes, a puros golpes, se trenzan por cualquier cosa, discusiones sobre las estrellas, sobre el gusto del aguardiente, sobre la forma de una nariz, cualquier excusa es buena para irse a las piñas.

El mundo aquel le resultaba fascinante, tanto que si bien seguíamos compartiendo algunas comidas y teníamos una vida de alguna manera en común, ya nada fue lo mismo. Si hubiera sabido en ese momento renunciar, decir basta, tomar distancia, salir a navegar por mi lado, pero no supe. Las excursiones de Teo se convirtieron en un desborde, llegaba en la mitad de la noche, o al amanecer, con una borrachera bárbara, o directamente no aparecía por dos días. Esas malditas criaturas! Qué hacían juntos, cómo se comunicaban, se reían, tenían proyectos de viajes, vivían a los abrazos? Estaba lleno de fantasías inmundas, paranoicas que me mataban, hacían de ese paraíso una chotez inhabitable. Ya no podía leer, ni a Lowry, ni a Wolf, ni a Zurita, ni a Pizarnik, me trababa a la tercera línea, maquinando y maquinando sobre Teo en ese mundo, cómo podía preferir esa comunidad troglodita a estar conmigo. Me resultaba incomprensible y demoledor. Qué le veía a esos pigmeos? Seguro hacían orgías, cómo no, si Teo era una máquina insaciable, conocía muy bien su libido. Entramos en una tensión insoportable, en cuanto llegaba, yo intentaba jugar al natural, pero tarde o temprano tropezaba con las palabras, entraba en la lógica del reclamo, cometía alguna torpeza del tipo *Pero allá seguro que... Cuando estás con ellos... A un lama nunca le hablarías así...* O le hacía mil preguntas venenosas que, con la intención de aliviarme, me hundían más y más: *Qué tal esos ritos satánicos? Cómo van esas puertas cadavéricas? Y las danzas macabras? Se armó la fiestita con los enanos?* Teo se enervaba y las cosas empeoraban al punto de pasar noches, días enteros, sin dirigirnos la palabra, ni hablar de tocarnos o darnos un beso. Me volví un mudo, un mudo a punto de explotar. Qué locura todos esos días, qué locura, me sentía encerrado, añorando un ideal. Cómo habíamos pasado tan rápido de aquel paraíso a este infierno! Cómo? Tan rápido! Entré en una depresión, me derrumbé. Me agarró un miedo fuerte a perderlo todo. A no poder avanzar. A no poder volver a escribir. Ni amar. Entendí que estaba encarnando el fantasma de mi madre. También me di cuenta (simultáneamente) de que esa toma de conciencia no me ponía a salvo de nada. Me sentía solo. De una soledad espantosa. Muy real y concreta. Todos mis pensamientos eran negativos. Profundamente negativos. Una acidez que no se iba con nada hizo nido en mi estómago. Un fuego que me subía por el esófago que me hacía llorar, noches enteras sin poder pegar un ojo. Y más cosas: dolores de espalda, irritación en los ojos, ardor en el pene. Somatizaba. Visualizaba un futuro otra vez tenebroso. Disimulé hasta que no aguanté más.

Quizás lo mejor sea que te quedes allá, con ellos, siento que estás volviendo por obligación y a esta altura una relación así no tiene ningún sentido.

Primero que si yo quiero quedarme allá, o donde sea, tengo boca para decirlo, segundo que si

estamos en otra sintonía, no se trata solo de mí, las relaciones son de a dos, si hay una parte más fuerte que la otra, una parte que pesa más que la otra, una parte que está pendiente de la otra, la relación se debilita, nosotros dos la pasamos muy bien juntos, compartimos muchas cosas, nos salvamos el pellejo uno al otro pero es cierto que quizás tengamos paradigmas diferentes y cuando los paradigmas difieren...

Me parece que te estás yendo por las ramas, yo te estoy hablando de la vida de todos los días, de compartir, se puede ser libre y compartir al mismo tiempo.

Yo te hablo de lo mismo, pero para mí no hay diferencia entre la vida de todos los días y la vida que quiero para toda la eternidad. Entendés? Sobrevivir, sobrevive cualquiera, acá de lo que se trata es de consagrarse a los otros, a una idea superior, a lo que ocurra cuando se nos acabe las sobrevida.

Decime la verdad, te enamoraste?

Sí, claramente.

Es obvio. Enamorarse era parte de abrir el juego? Por lo menos decime de quién, de un lama, pero de cuál? No habrás caído en el cliché de enamorarte del cacique? Típico!

Ningún cliché, no me enamoré de ninguno en particular, siento un amor muy grande por todos ellos en todos los planos, esa es la verdad.

Harto de enrollarme, una tarde agarré la canoa y salí a remar alrededor de la isla, cómo nunca se me había ocurrido! Si remar me había liberado del infierno de afuera, podía liberarme de mi propio infierno, del acoso de mis pensamientos tóxicos. Necesitaba ver con mis propios ojos qué mierda hacía Teo en ese mundo. Di dos o tres vueltas alrededor de la isla, nada, nada de nada, hasta que en un momento sentí un murmullo, un chapoteo, era un grupo de criaturas jugando en el agua, jugaban o se bañaban, no era claro, Teo estaba entre ellos. Pegaban gritos de algarabía, me aferré a un juncal y los observé un largo rato. Me parecieron mansos, más que eso, más bien tontos, niños, adolescentes en la pavada, tirándose de los pelos, se largaban pedos, chocaban los cachetes del culo. Teo participaba como uno más, bastante inocentemente. La imagen me reconfortó, entendí que si yo lograba consagrarme a mis cosas, lo más probable era que Teo volviera a la playa por elección propia. En eso estaba, por retirarme, cuando un mal movimiento, o no sé qué cosa subacuática, me hizo perder el equilibrio y casi caigo al agua. En el intento de seguir a flote, me aferré a unos arbustos provocando un barullo grande que llamó la atención del grupo. Reaccionaron de la peor manera, me bombardearon con todo tipo de cosas, salí carpiendo rojo de vergüenza. Esa noche Teo volvió en estado de furia.

Qué locura te agarró? Qué es lo que te pasa? Estás haciendo el ridículo. Es patético tu comportamiento. Violaste mi espacio!

Violaste? No te parece un poco mucho?

Llamalo como quieras, una violación es tomar por la fuerza y eso fue lo que hiciste, yo te dije claro que cuando llegara el momento. Viví tu vida, te lo digo por tu bien.

Si no tengo nada que hacer.

No sé, ese es tu problema.

Pero nosotros teníamos...

Teníamos, vos lo dijiste, teníamos, te convertiste en un maniático, tus fantasías están echando todo a perder.

\*\*\*

Tres días y tres noches más tarde, cuando ya me había resignado a ser un náufrago con todas las letras, autosuficiente e infeliz, una criatura se asomó al borde de la selva. No estaba sola, la acompañaban otras tantas. Todas más o menos del mismo tamaño, hombrotas, mujerotas, de una fealdad medieval, un poco más que enanos, con rasgos baconeanos. Cerrando la fila, caminaba Teo (se había, le habían, rapado la cabeza). Lejos del enojo, se me acercó con las mejores intenciones: “Hola, cómo estás? Se te ve bien, vení que te presento”. Teo me tomó de la mano y me llevó hacia uno de estos pequeños seres que por los collares, las perlas y las cicatrices, morrudo, ojeroso y risueño, entendí que se trataba del Consejero: el más lama de todos los lamas. Me saludó con una sonrisa amable y me invitó a sentarme a su lado. Era un personaje igual de encantador que repulsivo. Dientes más sucios y peligrosos nunca antes vi en mi vida.

Las criaturas formaron una ronda (eran más o menos una quincena). Se repartieron las tareas: la pesca, el fuego, el macerado de bebidas. Me resultó extraño que, en lugar de sentarse sobre la arena, usaran cartones para apoyar las colas. Costumbres! Traían de todo, cargaban heladeritas, cocos, botellas de gaseosas descabezadas a cuchillazos (bazofias inspiradas en lo peor de nuestra civilización), un cajón de manzanas para quemar, barras de hielo, carbón y una bolsa grande de arpillera con un polvo que más tarde descubrí era farofa. Mientras Teo se sumó a los preparativos del ágape (un gran picnic en la mitad del globo), el Consejero me convidó un brebaje oscuro y helado, francamente una delicia, embriagante hasta la médula. Un fernet venido del futuro. A pesar de su aspecto era cuidadoso con los gestos, suave, pacífico, la mirada anclada en el horizonte por momentos buscaba la mía, achinando lo ojos, sonriente y suspirante, abría levemente la boca, madurando una palabra, “la” palabra que terminaba tragándose. La sonrisa del Consejero era contagiosa, módica pero contagiosa, un estiramiento de labios que se extendía y contraía al borde de la percepción. Dejé caer todos mis prejuicios, de pronto esas criaturas pijudas y tetonas me resultaron de lo más simpáticas.

Me entregué al ritual. Contemplé la pesca de los abrazos, el encendido de la hoguera, el asado. Qué maravilla era ver cómo se lanzaban al río a atrapar sus peces sagrados! Una caza tan amorosa! Antes de comer, el Consejero se tapó los ojos con las manos y se pronunció por primera



vez:

O mar se tornará deserto e o deserto será mar.<sup>2</sup>

Los bagres (medio vivos, medio cocinados) pasaban de mano en mano junto a la bolsa con farofa para el rebozado. Un par de mordiscos y al vecino. Era una carne exquisita aunque llena de espinas, ni mi paladar ni mi garganta estaban preparados para tantas filósidades. Al Consejero le llegó la cabeza pelada (azar, predigitación), la agarró con las dos manos, abrió grande la boca y se la metió entera. Verlo masticar era extraordinario, movía la mandíbula en medio del silencio más absoluto y expectante, masticaba, despedazaba, los ojos en blanco, dejando entrever una penumbra cartilaginosa que desembocaba en el más allá. Producía unos ruidos monstruosos. Chasquidos de lengua, estridencias, degluciones; todos, yo a la cabeza, estábamos atentos a que acabara de una vez. De pronto, infló el pecho, lo infló de una manera inconcebible, lo infló como una foca inflada, abrió los ojos hasta más no poder, se puso rojo, azul, amarillo, frunció los labios, los fue abriendo apenas, del piquito a un beso de pato, sacó la lengua y en la punta, dos coditos de marfil.

Perla direita, perla esquerda, controlo e descontrolo, vida e morte, sol e lua, os hemisférios do universo estão aqui alojados, não existem uma sem a outra...<sup>3</sup>

El Consejero me hizo acostar con unos empujoncitos en los hombros, me cerró los ojos con los dedos y me colocó una perla sobre cada párpado, un peso gélido y ligero. Empecé a escuchar una suerte de rezo, canto, murmuración, de bocca chiusa. De infinitas alturas y combinaciones rítmicas, un mantra cuadrado, libre, estacato, un galope sobre las aguas, una canción de cuna, también de ultratumba, la secuencia seguía, con distintas inflexiones, que me fueron sumiendo en un trance, imágenes, pensamientos, algunos más recientes, otros lejanos, los vidrios del faro estallando, el fuego, la perra de Monk, la canoa, el frente de casa, las piernas hinchadas y varicosas de mi padre, un pan dulce tamaño castillo, tijeras, ascensores, un poema sobre ríos y hermanos, y en la cima de una montaña cubierta de nieve, a la intemperie y compacta pero igualita, mi habitación de los trece: la cama marinera, la enciclopedia Salvat, las revistas porno soft en el bolso azul acolchado, el pierrot manco, las vitrinas, el escritorio curvo, la bandera quemada por colillas de cigarrillos, el baúl verde, el arpa del piano, el aroma narcótico corriendo por el pasillo (cuelguen de una vez!), la curvatura del pene, las blancuras, los posters (Pink Floyd, Mao, Clockwork Orange, el trompetista negro desconocido), las plantas secas, las pilas asesinas, el tablero bahiano de ajedrez, la botella de Criadores escondida debajo del parquet y los libros, las torres de libros, los románticos, los marxistas, los rusos, los contemp, *Les Chants de Maldoror!*, todo junto, todo junto, y el minicomponente Aiwa, y los parlantes de madera rancia, las raquetas

de paddle, la caja de Pandora. Tiro de los flecos de una bufanda y todo se desmorona, todo cae barranca abajo, se pierde en el corazón del valle y nada, nada, nada.

Volví por etapas, sintiendo la arena en las yemas, moví las manos, las piernas, incorporé apenas la cabeza, se me cayeron las perlas de los ojos, las atajé en el aire, me las guardé en la boca. El sol me daba de frente, a media distancia justa entre el zenit y el horizonte, justo, justo, hice visera. Miré a los costados, estaba solo, solísimo, nada, quedaban solo las sobras de la comilona desparramadas por ahí: los cartones, las botellas partidas al medio, las tripas de los bagres, las espinas, las almas de las criaturas. Y ellos? Y Teo?

El río había retrocedido una barbaridad, cien, doscientos, mil quinientos metros. Me interné chapoteando en el lodazal. Las criaturas se volvieron nítidas de a poco, nítidas y brillantes, estaban de a dos, de a tres, solas, pequeñas multitudes, hacían movimientos precisos, milimétricos, circulaban errando, se agachaban, se frotaban, juntas y confundidas.

Muy de golpe, del deambular pasaron a corridas frenéticas. Con gritos de guerra, armaron un pogo en el medio del mar. Se desató una batalla de barro: puro barro en movimiento, y gemidos y aullidos. Gráciles, espásticos, ultraviolentos, todos contra todos, resbalaban, caían, se pegaban, se trompeaban, se mordían, se penetraban, se arrancaban los pelos, se tiraban de los genitales, de los pezones, de las narices, se hundían los dedos en los ojos. Todo vale! Todo vale! De la guerra se pasó al amor, a un amor guerrero, nunca visto, inimaginable. Me dejé llevar, sí! Todo lo que pude, todo lo que me dio el cuero. Una bomba de barro me dio vuelta la cara. Y otra, y otra más, en la espalda, en la panza, en el corazón, tomé distancia, el cruce de bolas negras era imparable, esquivé algunas, volvieron a darme, quedé ciego y una zancadilla o un resbalón me dejó en el suelo boca arriba. Ese cielo azul, tan siniestramente azul! Mi cabeza golpeó feo y, apenas hice el primer intento para incorporarme, un racimo de manos (literal, esas manos se movían por racimos) me sujetaron de las extremidades embadurnándome todo. El manoseo era alucinante, por momentos tierno, por momentos rabioso, cerca del desmembramiento. Me taparon de barro todos los agujeros: orejas, nariz, boca, culo, muy especialmente el agujero del culo. Me metieron de todo, todo lo que me creía incapaz de absorber, una criatura entera, con cabeza y todo. Vuelta y vuelta, me amasaron con imaginación infinita, de la cabeza a la pija y de la pija a los pies. Espasmoteaba. Cuánto placer! Cuánto ardor! Tremendo, tremendo!

Lo que vino después... digamos que todo acabó al ritmo de un ataque de epilepsia colectivo. Una ola volvió a darme vuelta la cara. Una ola salvaje: la marea crecía con todo, me incorporé como pude, con el agua por los tobillos, otra vez solo. Las criaturas se atropellaban en una carrera enloquecida hacia la costa. Gritaban y gritaban: *Fragatas portuguesas! Fragatas portuguesas!* Los fui alcanzando, las medusas (pedazo de medusas!) estiraban sus tentáculos violetas llenos de ácido. Había que escapar. En un momento giré la cabeza, Teo iba a mi lado, con el agua por la cintura. Teo! Teo! Qué es todo esto? Qué estamos haciendo? Sonreía igual que antes, no dijo ni mu.

En cuanto pisaron la costa, las criaturas se organizaron en silencio para recoger los restos de la bacanal, no dejaron ni un papel, nada que pudiera llamarse basura. Con los brazos recargados encaraban el caminito de las palmeras al interior de la isla. También Teo, empuñando una botella de fernet en cada mano se puso en fila india, estuve por seguir sus pasos, pero una mano (una manita gruesa y peluda) me tocó la espalda queriendo llegar al hombro. Más cariñoso imposible, el Consejero me invitó a sentarme a su lado junto a la orilla. Desplegó sus piernitas sobre la espuma de las olas, esperó que pasara un Boeing de los grandes que nos ensordeció por unos minutos y empezó a hablar (un portugués meloso, de acento arcaico, pero perfectamente entendible), lento y pausado a la sombra de un aguaribay:

O tempo é magia pura e a magia é vida. Senta a areia escorrendo entre os dedos, a areia não se acabará jamais, é o símbolo da eternidade... O problema é que você não esteve suficientemente só. No interior da ilha a vida é arriscada. Escuta: Nós queremos que venha conosco! Mais cedo ou mais tarde você virá, mas, antes disso, terá que fazer um trabalhinho, uma exploração. Você está disposto a encarar uma luta pesada? A luta entre suas próprias criaturas e as criaturas incriadas. Uma luta pesada e maravilhosa! Desincriarse é um desafio extremo. Você é decente, pudico... a decência é a tumba dos vivos. Vosso inimigo é a consciência... a cultura! A consciência que você tem de tudo! Pretende ter de tudo. Se vai pensar, tem que pensar contra você. Seus antagonistas são o totem e o tabu. O totem e o tabu são parasitas que se alimentam de você, corrompem você, fazem de você uma pessoa ruim. Só me interessa o que é meu! Meu, meu, meu, meu... meu é uma palavra atroz. Você não é dono de nada, nem de seu corpo, nem de suas ideias. Você não é dono de seus dons, vossos olhos são obra da natureza, vosso sexo é obra do destino. Meu amor! Meu amor! Meu amor não existe! Os amores não são escravos de ninguém! Aceitar isso é a chave pra desentranhar a sua historia. Eu vou te ser franco, eu não tenho aceitado isso, não totalmente, tem dias que sim e dias que não... A possessão é a paixão dos idiotas! Dos medíocres, dos liberais, a única possessão que vale é a possessão dos mendigos, dos vagabundos. Eles, pelo menos, não mentem, nem mentem a si mesmos: encarnam as suas doutrinas, são desprovidos de tudo, duram, para eles, os outros estão bloqueados na ilusão. O sistema capitalista é uma desgraça, é, foi e será uma desgraça. A globalização, a Internet, o monetarismo, são expressões contrárias a natureza, a natureza não fala esses idiomas, a natureza não fala, não. A natureza é o único governo possível. Você é melhor, muito melhor hoje que ontem, disso não pode duvidar. O sujeito de ontem não pode mudar já nada. Você pode mudar muitas coisas, entre essas coisas, você pode mudar ao sujeito de ontem! Sujeito, corpo e espírito. Você tem que se perguntar: é preciso que o motor faça rugidos? Se bem sei que o motor funciona, por que preciso ouvi-lo rugir? Quem fala por mim? Quem se apropria de meus sentimentos e lós manipular? Quer saber quem? Você mesmo, é claro! Outros vocês que tem dentro de você, intrusos que formam parte de você, que brigam a cegas, que disputam um trono inexistente, adoradores da matéria e do prazer. A vida é jogo companheiro!

Quem especula sempre perde. O inconsciente é o verdadeiro enredo do nosso destino, se não deixamos que ele desborde, se não ouvimos o que ele tem para dizer, nosso destino se atola, cai preso das palavras, pode ver isso? Não, não pode, não pode ainda, mas vai poder... Olha os pássaros do rio, as gaivotas, os cisnes, as pombas brancas, as garças pretas, os seres deste mundo são a melhor prova da existência de outros mundos, você tem que se procurar nesses outros mundos. Não é fácil mas é delicioso, tem que ser paciente, aberto e perseverante. A desconstrução se faz tijolo por tijolo, num desenho mágico. Você tem que abraçar um compromisso, deve tentar adorar o mistério, o mistério que faz dos outros, outros, e de você, você. Tem que navegar muito para chegar aonde você pretende chega, sabe como se chama esse porto? Esse porto se chama Origem, o porto de todos os filhos e de todas as mães. Filhos do sol, mãe dos viventes. Os marinheiros bem sabem: partindo-se de um ponto qualquer e navegando sempre na mesma direção, deveria-se finalmente atingir o ponto de partida. A via seca não existe! Agora eu vou partir. Você é livre para fazer o que quiser. Meu conselho é: Pegue sua jangada e navegue! Navegue até o infinito! A aventura é tudo o que podemos desejar. Morrer é o maior privilégio dos aventureiros!<sup>4</sup>

\*\*\*

Las palabras del Consejero me parecieron gemas. Tan hermosas! Y justas! Piedras preciosas, péndulos, imanes. Tan lo que necesitaba escuchar. Hubiera podido contradecirlo de todas maneras, hubiera podido reírme de él (de su estatura, la pose guresca, su espiritualismo de manual, sus pechos largos, su pene gordo, hubiera sido lo más natural) pero hubo algo, algo en su expresión, algo tan inversamente humano. Habló sin exaltarse, singularmente, mirándome a los ojos, desafiante, habló sereno, vivo y amoroso.

Nos pusimos de pie a la vez. El Consejero recogió sus patitas cortas, nos saludamos mostrándonos las palmas, yo encaré la canoa; él, el interior de la isla. Antes de zarpar, no me pregunten por qué (o sí, llámenme, pregunten todo lo que quieran!), dibujé en la arena una serpiente de cola flaca y cabeza de flecha que se enroscaba sobre sí misma. Un talismán, una ofrenda, un símbolo para analizar más adelante. Navegar solo nunca va a ser igual a navegar de a dos. Crucé sin titubear el cordón de víboras y camalotes, me até el timón a la cintura y me dejé guiar por la deriva.

Alejándome de la isla caí en que muchas de las lecturas que últimamente venían repercutiendo en mi cabeza entraban en diálogo con los conceptos del Consejero. Los había incluso llevado a mis clases de escritura, relacionándolos también con las tensiones que se dan en los vínculos, de sangre y por elección, los amores, los proyectos, las equivocaciones, toda esa sabiduría que tanto me cuesta practicar. De hecho, un tiempo después, transcribiendo su discurso, descubrí que ciertas frases del lama las había leído en otras partes, libros, cuadernos, Internet. Por ejemplo, eso de que “para empezar a pensar en sí mismo hay que pensar en contra de sí mismo” se lee textual en *La*

*tentación de existir* de Emil Cioran, uno de los libros que Monk tenía en la mesa de luz la noche de su muerte. No solo que la había leído si no que me había llamado la atención por estar entre corchetes y con un par de signos de exclamación al margen. Puño y letra de Monk probablemente. Además del de Cioran, entre los bustos lagrimeantes de Cristo y de la Virgen María (lágrimas de cera dura que adoraba acariciar), las pastillas, las torres de pastillas, los edificios de pastillas, los paquetes de Marlboro box, el celular, la agenda, las lapiceras, los cuadernos, el termómetro, los hisopos en cruz y un vaso de agua, Monk tenía otros cinco libros junto a la cabecera de la cama la noche en que la encontré muerta: el Tao, *Todos nuestros ayeres* de Natalia Ginzburg, *Teoría de la novela* de Lukács, *La mujer rota* de Simone de Beauvoir, una Biblia descuajeringada, *Cicatrices* de Saer y *El camino de la abundancia* de Deepak Chopra. Esa misma madrugada, cuando terminó el circo detectivesco, me los guardé en la mochila. Me hice adicto al Tao, la novela de Ginzburg me pareció maravillosa, me divertí mucho con la oscuridad renacentista de Cioran. Pocas cosas más hermosas que heredar libros de gente que uno amó, quiso o al menos conoció. Al abrirlos algo de esas almas resucita, a través de las notas, los subrayados, los entusiasmos, las indignaciones, también con los señaladores, las dedicatorias, las cartitas, las fotos, las flores secas que se guardan entre las páginas.

Si me dan a elegir un libro de Monk, el más querido, el más mágico, el más adorado, sin dudas me quedo con un libraco de David Hockney: reproducciones de cuadros, láminas, dibujos, escenografías. Un libro que de chico podía pasarme horas mirando. Horas y horas repantigado en el sillón o en la alfombra, boca abajo. Ese libro era para mí una casa dentro de mi casa, lo más parecido a un pequeño hogar personal. De lo mejor del hogar, eso más los sillones de gamuza, los jarrones jaspeados, los copones pantagruélicos, los almohadones de peluche, la mesa de carpintero. Ahí estaba alojada la mejor versión de Monk, la más sensible, la más creativa, la más maternal. Había algo en esas imágenes que no eran solo las obras que de por sí me fascinaban, sino más bien el universo complejo que las unía, la diversidad de formas, texturas, colores, junto a los retratos del propio Hockney, que aparecía en su taller con esos anteojos tan particulares, trajes azules, corbatas a rayas y mucho sol. Me encantaba imaginarlo trabajar. En la primera parte, estaban sus cuadros más conocidos, los de las piletas californianas (*A Bigger Splash* y compañía), esos jardines perfectos, hipersoleados, esos cuerpos, esos culos sin broncear, las reposeras, los regadores, promesas de una tarde perfecta, suave y perfecta. Tirarse de cabeza a la pileta en ese mundo plácido generaba un estallido, un caos divino, el agua celeste quebrándose, un yacimiento arácnido de gotas y espumas, la zambullida... splash! La liberación del deseo, la mudanza del artista de Inglaterra a Estados Unidos, el tránsito de un mundo retrógrado, moralizante, a otro desprejuiciado donde entre otras cosas podía vivir una sexualidad plena. Desaparecer debajo del agua en plan viaje uterino, vuelta al origen, a la desnudez, suelto de las ataduras y los mandatos. En la segunda parte del libro, había otros tesoros, unos croquis raros y unas puestas escenográficas muy oníricas que había diseñado Hockney: pelotas gigantes, palmeras y figuras

orientales que me encandilaban.

Sin tiempo para darme cuenta, vino la noche y el día, y otra noche y otro día, y cien noches seguidas y mil días en continuado: encallé en bancos de arena, casi me voy a pique en medio de una tormenta, vadeé sudestadas, ciclones, huracanes, pasé fríos extremos, se me congelaron las manos, la lengua, los pulmones, bajo un sol malísimo me quemé la frente, los ojos, los labios, hasta despellejarme, me sacudieron los vientos de todos los costados, peleé contra tiburones, leviatanes, calamares fantásticos, me enfrenté a barcos de guerra, cohetes, bombarderos, viajé miles de millas amarrado al periscopio de un submarino de la armada rusa. Y cuando ya no daba más, exhausto y desalmado, listo para dejarme hundir y fenecer sin testigos, una boya milagrosa en medio de la nada (y acá la nada es La Nada) me habló como un amigo en la trinchera del alma:

*Canal sin retorno.*

*¡Siga adelante!*

*¡No se detenga!*

*¡No mire atrás!*

\*\*\*

La realidad me espoleó de un sirenazo. Olas! Un catamarán se me venía encima! *La Realidad II*. Un catamarán monstruoso! Paleé fuerte, torpe y fuerte, intentando cuidar el equilibrio, la estabilidad. Casi pierdo el remo en la desesperación, había sobrevivido a lo más salvaje de este mundo y ahora me amenazaba un cascarón a motor. Un cachalote de mentira. Había mantenido el equilibrio en cada tempestad. Quedé envuelto en un remolino chupador, entre las turbinas y la costa, si no me tragaba el barco me aplastaban los palotes, no sé cómo conseguí salir a flote (a ese instante de fuerza extraordinaria, de aura loca, de combinaciones astrales, de orden sobrenatural, le debo la vida, toda esta vida que me queda por delante). El catamarán entró a centrifugar el agua, volvió a tocar la sirena, giraba, había empezado con las maniobras de aproximación y amarre, yo le daba, le daba pala, pala, pala y el kayak (milagro!) se montó sobre la espuma de cola, cacheteando las crestas, dejándose llevar por su energía, sin pretender domarlas, estaba peligrosamente a salvo. Una serie de torbellinos, vueltas de campana, hundimientos, me arrojaron hacia un juncal, terminé de bruces después de chocar contra un rocón camuflado de musgo. Salí ileso, el kayak se partió en dos, dos mitades inexactas. Ese compañero que parecía sin fin. Recuperé el aire soplando fuerte, las manos en las rodillas. Qué manera de sufrirla! Vomité una baba amarronada, toda esa agua turbia y rabiosa que me había tragado. Me agarré de una viga comida por el óxido, pisé firme entre escombros y levanté la mirada. El muelle, la escollera, el tanque de agua, la prisión. Había vuelto. Sí, había vuelto! Había vuelto increíblemente. Estaba en Martín García. El Consejero (también en esto) tenía razón.

Escalé un murallón, entre los nubarrones asomó un sol inmenso que me quemó las pestañas a los pocos minutos. Sentía un mareo al revés, un mareo de tierra firme. Qué es el tiempo después de todo. No existe... no existís! Trepé por unos bloques de hormigón. Por no levantar la vista, ocupado de sujetarme, aparecí justo frente a una casilla de prefectura. Un oficial (un joven, un niño, un recién llegado, el uniforme le quedaba payasesco, el cinturón le bailaba, la gorra, el pelo, las orejas, todo le quedaba grande) hacía guardia contra un tronco. Cuando me vio (como los caimanes) se asustó más que yo. Se irguió, abrió los ojos grandes y amagó con empuñar su arma. Levanté los brazos, hice señas de paz. El chico no salía del desconcierto y así nervioso empezó a palpase el pecho, el abdomen, las piernas. Tardé en entender: estaba desnudo. Ay, la civilización! Le pedí calma con las manos, le dije que me habían robado.

Unos piratas... me pelaron, me dejaron en pelotas...

El chico puso cara rara pero terminó por convencerse, no le quedaba otra, me dio sus ropas de civil: un jean nevado, una remera de Los Simpson, unas zapatillas de básquet que me quedaban apretadas pero me iban. Me vestí a las apuradas. Qué sensación más extraña. Esa separación entre la piel y el aire. El pequeño prefecto me vigilaba ingenuo y suspicaz, lo medí, avancé: Gracias, gracias, rescato mi mochila y te devuelvo todo. Lo saludé agachando la cabeza, frunció la nariz y me franqueó el paso.

Encaré el muelle, me sumé a una lentísima comitiva de jubilados que terminaba de desembarcar. Jubilados y, por algunas condecoraciones que llevaban en las solapas, veteranos de guerra. Me uní naturalmente, para amortiguar el aterrizaje. Era un grupo apretado con un par de adelantados (una pareja de viejos jóvenes, ágiles y entusiastas, él, vestido de lino; ella, con una capelina negra), en la retaguardia iba un viejo decrepito con andador cuyas patas se trababan en los tablones.

Hacía buen tiempo. Subí por la avenida ancha de los eucaliptos, que de un lado y del otro estaba cubierta por manteros, una feria infinita de baratijas. Reconocí al viejo de las artesanías pero que no era él exactamente, sino su versión rejuvenecida (un nieto, un bisnieto) que, en lugar de las canoas y los barquitos hechos con fósforos, vendía pirámides de vidrio. El chico-viejo tenía auriculares puestos y cabeceaba siguiendo un ritmo mecánico. Le sonreí pero nada, total indiferencia. Seguí de largo bordeando la prisión. La panadería permanecía de pie y había adosado un minikiosco. Lo atendía una chica de anteojos oscuros, severa y delicada. Entre sus manos: una edición en braille de *Una temporada en el infierno*. Qué ganas de consumir!

Hola, me das un agua?

Solo me queda en bolsita.

Bueno, dame una, los pebetes son frescos?

Sí, sí, los hicimos hoy a la mañana.

De verdad? Buenísimo, un pebete entonces y un alfajor de esos, chicles de menta y una paquete de cigarrillos, cualquier marca.

Negros tengo.

Dale, está bien.

Ay, disculpame, acabo de darme cuenta, no tengo nada de plata.

Está bien, llevá, después me traés...

Genial, gracias... cuánto sería?

Seis, quince, tres, uno y medio y cinco... treinta millones y medio.

Me senté en un banco de la plaza, me devoré el pebete en tres mordiscones, tenía un hambre de locos. Cómo me gusta cuando la miga me empasta los dientes, había olvidado esa sensación tan plena. Un pájaro finísimo se interpuso en mi campo de visión, un pájaro, una pluma, una hoja de seda, magnífica indolencia del que puede volar, del que se sabe volador. El ave cayó a mis pies convertida en folleto plegable.

*Todxs a la Asamblea!*

*Todxs x la isla!*

*El 5/10 a las 17 hs junto al Faro viejo*

*(en el Domo del Renacimiento)*

*Volvamos al futuro!*

Edmundo! Cogoteé. Por encima de los techos y las copas de los árboles asomaba el faro, sin cabeza. Descopilado. Con una mancha negra cayendo de costado, una lengua de carbón. Qué triste todo. Tragué rápido, un poco de agua, me metí un chicle en la boca y prendí un cigarrillo. Crucé la plaza en diagonal, bordeando el círculo de las palmeras. Más o menos a la misma altura donde había visto esa horrenda rueda de tortura, un grupo de niños y no tanto tocaban la flauta dulce. Un chico rubio con cara de angelito se distrajo unos segundos y me miró a los ojos, para el resto pasé invisible.

Enfilé sin más vueltas para lo de Polonia. Unos metros antes, reconocí el tronco donde todavía colgaba el cabo que Teo había cortado para liberar el kayak. Teo! Teo! Ay, qué dolor más grande!

Toqué timbre, golpeé a la puerta, sacudí la aldaba. Gang, gang. Agudo, grave, grave, agudo. Nada. Insistí dos, tres veces. Di un giro alrededor de la casa. En la parte de atrás había una media docena de bolsas de consorcio llenas de pasto y hojas secas. Un pico, una pala, una máquina bordeadora y una caja de herramientas desplegada en el suelo. Volví al frente, las cortinas estaban en desorden, el lado derecho pinzado en una perfecta R invertida, el otro, en fantasma volador. Me asomé a la ventana, hice visera y apoyé la frente contra el vidrio para ver. Un botellón de Coca-



Cola en la mesa redonda de la cocina y a un costado, mi computadora. Mis apuntes. Mis documentos! Volví a golpear, olvidándome de las formas, quería mis cosas de vuelta. Nada, nada, nada, diez veces nada. Intenté entrar a la fuerza pero la manija estaba deschavetada, giraba en falso, giraba y giraba.

Encaré para el hotel. Las instalaciones estaban intactas, intacto el esperpento del peluquín: una parejita de enamorados hacía el check in, qué condena!

Disculpe, solo una pregunta, estoy buscando a Norenko, el hombre que siempre anda con...  
No se da cuenta de que estoy atendiendo? Aguarde como Dios manda.

Igual, igualito, más malhumorada que antes. Me negué a formarme, di vueltas por la recepción, me entretuve observando unos mapas de la isla, fotografías al amanecer y unos collages con fotos y flores de cartulina: Veinte años no es nada. Sueños hechos realidad! En el centro había una foto grupal y a los costados, retratos individuales, de a dos, de a tres. Ahí estaban, cambiados y jóvenes (casi niños) pero ellos: Edmundo y Teo posando en una roca con las piernas colgantes y los pies desnudos al ras del agua. Un poco más allá en el mismo collage, otra flor, otros pétalos de una fiesta de disfraces. Otra vez juntos y solos, debajo de unas guirnaldas de luces trenzadas, Edmundo con un vestido largo, labios rojos, ojos delineados, Teo con overol de jean, sombrero y bigotes de corcho.

No tengo miedo, no tengo nada de miedo. El futuro es más triste que todo lo pensado. El futuro es blanco y contagioso. Vinimos a este mundo a envenenarnos con dulces. En el futuro somos todos viejos aviadores caídos en la selva. Vuelvo a cruzarme con el grupo de jubilados que durante todo este rato había recorrido la mitad de la cuesta. Viejos, aviadores y decrepitos!

Una mancha gris lamió la ventana. Una mancha inconfundible. Por lo gris, por la manera de zigzaguear y por la larga cola verdota flameando a la deriva. Norenko, hijo de mil! Di un salto, le hice señas, dio un par de vueltas, dobló por el faro y salió disparado para el lado del cementerio levantando alta polvareda. Lo seguí a pie, por ese camino exuberante.

\*\*\*

Creemar o no cremar? En el agotamiento, cincuenta horas de policías, doctores, enfermeros, bomberos, prefectos, morgueros, también un poco anticipando mis deseos póstumos (no quiero que me entierren, prefiero el fuego, las cenizas por ahí, cerca, nada sofisticado, en la boca del Riachuelo estaría bien) había resuelto cremar a Monk. Un coro de amigas me disuadió, hicimos una vaquita entre todos y se improvisó un entierro bastante tano, como a ella le hubiera gustado, con procesión lluviosa (de La Boca a Chacarita), discursos, llanto y música sacra. Tardaron en asignarnos una fosa, nos mandaron de acá para allá, desembocamos en un rincón, detrás de un

arbusto, pegado a un islote de tumbas célebres: artistas, poetas, músicos, futbolistas. Muerto de cansancio y con el alma en convulsión, no me di tiempo ese día para inspeccionar mucho. La siguiente vez que fui a visitarla (día de la madre, tres de la tarde de un domingo sofocante), estaba con mi hermana y no encontrábamos la tumba por ningún lado. Me acerqué a un cuidador.

Disculpe, me puede decir dónde están las tumbas de los famosos?

Famosos? Vos decís el recinto de las personalidades, acá no hay famosos, los famosos son los vivos, después de muertos, se convierten en personalidades, en notables.

Sí, sí... personalidades.

Es una especie de ágora, un pequeño panteón rodeado de monumentos: Alfonsina, Sandrini, Pugliese al piano, Troilo con el bandoneón. La tumba de Quinquela es hermosa, reproduce el puente viejo de La Boca en miniatura y tiene unos barquitos de colores para hacerlos navegar por el río. Todavía tengo que encargarme de mandar a hacer una lápida para la de Monk (hoy debe costar varios millones de pesos más el mantenimiento), cuando llueve mucho tengo el pensamiento recurrente de que pueden salirse los pies de debajo de la tierra.

Esa tarde, nos fumamos un porro con mi hermana ahí sentados, entre Monk y las personalidades, después me fui a caminar, caminé y caminé, hasta perderme por una calle de tierra rodeada por plátanos gigantes que se fue angostando hasta dar con un predio medio salvaje, un bosque, un bosque verde, muy verde, verdísimo, un bosque verde de verdad. Me puse en cuclillas, levanté los ojos, unos raros pedazos de cielo detrás de la enramada, y sentí una voz que me decía: Dejate de joder!

A la salida del cementerio, nos encontramos con dos gemelas que bailaban tango junto a la estatua de María Magdalena. Gemelas y opuestas: una, baqueteada y loca; la otra, espléndida, elegantísima. Nos abordaron sin vueltas, nos saludaron a los besos, nos hablaron de sus vidas, de amores, de enfermedades, lloraron y rieron; al despedirnos, una de las dos me agarró por los hombros, me miró profundo y me leyó el aura.

\*\*\*

Norenko estaba inclinado sobre un conjunto de fosas, paleando y sudando. A su alrededor había una montaña de pedazos de lápidas, lápidas en escombros. Lo medí de lejos, me acerqué. El lagarto estaba echado entre sus patas. Me habló sin voltearse.

Somos demasiados, demasiados vivos, demasiados muertos.

No se asombró de verme (no de verme porque no me veía, de saberme ahí). Quería decir algo,

no sabía qué, todas las frases que se me venían a la mente me parecían estúpidas. Siguió un silencio largo. El lagarto se puso en movimiento, interpretó mi incomodidad, reptó hasta el borde del perímetro. Se metió entre unos arbustos y desapareció del otro lado del cerco. Norenko me miró por primera vez, cabeceó para que lo siguiera. Pasé por debajo de unas ramas que me tajearon el brazo y una oreja. Salimos a un desierto, un desierto para caminar. Nos pusimos a andar, el lagarto en la vanguardia, Norenko más atrás, yo pisándole la sombra. El sol pegaba con todo, un olor a leche infernal flotaba en el aire. Caminamos, caminamos, allá lejos aparecieron un conjunto de casas, chozas, unas raras construcciones, y alrededor, yendo y viniendo, luces pequeñas, titilantes, incandescentes, fuertemente incandescentes y una jungla. El lagarto se detuvo, abrí la boca para preguntar.

Qué es todo eso que se ve allá al fondo?

Norenko se tomó el pecho (del lado del corazón), se puso pálido, estiró el cuello, se dobló hacia adelante, balbuceó: No me siento bien, no me siento nada bien. Se incorporó en parte y dio media vuelta. El lagarto y yo lo seguimos sin chistar. Cruzamos el cementerio en ruinas, nos subimos a la camioneta. Norenko se tomó un par de minutos para recuperar el aire.

Es la presión, el cuerpo ya no es el mismo, se cansa distinto, mi espalda ya no es la misma, mis rodillas, tampoco, mis brazos no son los mismos, todo tiene más fortaleza pero es menos útil. Tenemos que apurarnos para llegar al barco. Vamos a buscar tus cosas y te vas, tenés que irte de esta isla de una vez. Esta isla no te pertenece, lo que pasó fue un error, todo fue un gran error.

Puso en marcha el motor en tres tiempos, le costaba maniobrar, agarrar el volante, mover la palanca de cambios, coordinar el embrague. Había desmejorado mucho, igual que el jeep que más sucio y venido abajo no podía estar. Llegamos a lo de Polonia. Aguantame acá un minuto, dijo, bajó y se metió como ráfaga. Me sentía agotado. Del fondo de la casa (del fondo del cerebro) me llegaba un zumbido de moscardón, un ruido a máquina descompuesta. El parabrisas estaba manchado de barro. Achiné la vista para ver mejor. Un alguien encapuchado empujaba una cortadora de pasto. Iba y venía, firme y sin apuro, trazando líneas de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. En una pausa, levantó la cabeza, me miró de frente. Bajé de la camioneta de un impulso, fui a su encuentro casi al trote. Edmundo tenía puestos unos auriculares aparatosos, bermudas de jean deshilachados y uno de esos buzos con siglas, tipo universitario. También un cinturón con herramientas, tijeras de podar, alambre, un rollo de hilo sisal. Miraba el suelo concentrado yendo de un lado al otro. Me detuve a unos metros. Barba de tres cuatro días, la piel roja, anteojos de sol. Lo observé largamente hasta que volvió a levantar la cabeza, esta vez, apagó la máquina, se sacó la capucha, los auriculares y los anteojos. Me mostró su mejor cara. Le sonreí.

Hola.

Hola.

Qué tal?

Bien... nos conocemos?

Bueno, sí... Qué lindo el jardín!

Sí, está quedando, era un desastre, estaba lleno de pozos, raíces muertas, había una plaga de hormigas rojas que se estaban devorando las plantas y las flores, se comieron tres rosales y un malvón. Las maté a todas, no quedó ni una.

Edmundo arqueó las cejas, me devolvió la sonrisa y volvió a encapucharse, se puso los auriculares y los anteojos y encendió la máquina. No podía dejar de mirarlo. Me despabiló un bocinazo. Norenko me llamaba con la mano sentado al volante de la camioneta. Me sentía paralizado. Volvió a tocar bocina y reaccioné. Retrocedí cabeceando, Edmundo seguía cortando. Me subí al auto. Norenko me dio mi computadora, mi mochila, la bolsa con los remedios de Monk, algunos libros y el pan dulce cubierto de hongos que así como me lo dio tiré al pastizal para que se lo comieran los perros. Puso en marcha el motor y salió a los piques para el puerto.

Qué pasó?

Con qué?

Con él, con Edmundo.

Nada, lo que tenía que pasar, y ahí lo ves, encontró el camino del medio.

Pero...

No preguntes más, volvé a tu casa, volvé a tu vida, ocupate de tus cosas, necesitás plata?

No sé, puede ser.

Me dio un billete de veinte millones. Eran siniestros, ridículos, fríos, helados, de colores infernales!

\*\*\*

Qué extraordinaria, qué increíblemente extraordinaria es la realidad!

Norenko me despachó sin una gota de emoción. Me cambié en el auto y le devolví su billete, le pedí que saldara mi cuenta en el kiosco y le entregara la ropa al joven prefecto. No podía terminar la aventura con esas deudas en la cabeza. Me puse en la cola para embarcar, fumé en la baranda, me entró una tristeza, una tristeza tan grande. Como no había sentido en todo este tiempo. Cómo explicarlo! Empecé a soltar un llanto, un llanto tranquilo y a la vez desmedido, lloraba por los

ojos, por los codos, por los dedos, por la espalda, lloraba por todas partes. Fumé y lloré sin pausa escondiendo la cara a la intemperie. Me fui serenando de a poco, me agaché para atarme los cordones y en un rinconcito entre algas, aprisionado entre unos fierros, mi celular, mi número celular! Me pegué una corrida sin otra esperanza que el rescate del aparato perdido al comienzo del relato. Lo sacudí un poco, le saqué la batería, un par de soplidos y magia! Encendió! Como si nada. Qué objeto más ridículo! Tenía mil quinientos mensajes! De la preocupación al desprecio, del amor a la indiferencia, pasando por la indignación, la burla, el humor negro, la ironía. Ay, los grupos! Ay, las cadenas! Respondí a la familia, nada más: Perdón, perdón, estoy por subirme al barco, me perdí un poco, estoy renaciendo... Los amo!

Y entonces, una risa loca me sacó de lugar. No cualquier risa, una risa hermosa, estallante y contagiosa. No puede ser! Pero sí, ni hace falta que me dé vuelta, pero me doy vuelta igual. La risa, el pelo, el corte en tazón, rojo sangre, rojo caobón, la manera de caminar, dodelinando la cabeza, la joroba enlanada, la ropa, esa ropa de linyera de alta alcurnia! Todo negro, con algo de fucsia, también la manera de juntar los hombros, llevarlos al cuello, mover brazos y manos en plan odalisca melancólica, y la joroba, esa joroba criolla! Esto sí que no es un sueño, es muy real. Mamá, mamá! Monk de carne y hueso, con su bolso interminable. Uno por universo! En ese bolso cabía todo y de todo, liviano y de acero, con las correas siempre a mano, lo compramos en un viaje, en la triple frontera, para cargar toallas, relojes, computadoras, espadas. Nunca vi un bolso tan versátil! Pero qué hace bajando por la rampa para abordar el catamarán? Se ríe o se pelea? No está sola, está con Alejandro Bouquet, un amigo suyo, fino, finísimo, medio inglés medio francés, medio de todo, un amigo de los últimos años. Están a siete, ocho metros de donde yo estoy. Son ellos, cien por ciento ellos y se están cagando de risa. Alejandro Bouquet se ríe tan fuerte que se dobla y se saca los anteojos para enjuagarse los ojos. Lloran de risa, se descostillan, me acerco un poco para oírlos sin que me vean. Hablan raro, en español pero con acento, como en chileno, *ella* habla en chileno y él más bien en paraguayo. Una chilena versus un paraguayo. Qué bien le sale ese típico cantito trasandino con reminiscencias hebraicas! Los sigo, la gente (una pareja de viejetes persiguiendo un pendejo de rulitos) los mira de costado, también parte de la tripulación y una mujer armada. Qué isla ni qué mierda!, grita Monk de repente, fuerte, como para que la escuchen todos, los otros, para que la escuche yo. Métansela bien en el hoyo del culo hueones! Me pego a la baranda, quiero verlos una vez más, bajan por la rampa tironeando de las manijas de ese bolso infinitum y se ríen, se ríen, se ríen sin parar. Por qué no se ponen todos bien en fila y se van un poco a la consha'e su madre!

<sup>2</sup> El mar se volverá desierto y el desierto será mar.

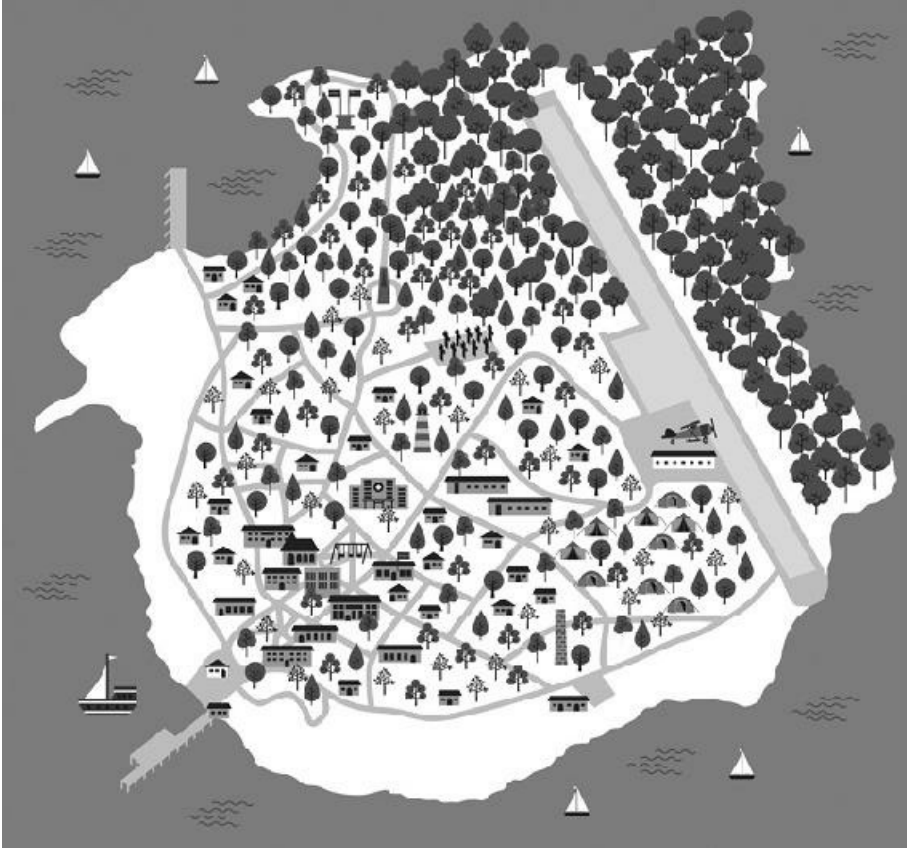
<sup>3</sup> Perla derecha, perla izquierda, control y descontrol, vida y muerte, sol y luna, los hemisferios del universo están aquí alojados, no existen una sin la otra.

<sup>4</sup> El tiempo es magia pura y la magia es vida. Sentí la arena escurriéndose entre los dedos, la arena no se acabará jamás, la arena es el símbolo de la eternidad... El problema es que no estuviste lo suficientemente solo. En el interior de la isla, la vida es arriesgada. Escuchá: nosotros queremos que vengas con nosotros! Más temprano o más tarde vendrás, pero antes de eso tendrás que hacer un trabajito, una exploración. Vos estás dispuesto a encarar una lucha pesada? La lucha entre tus propias criaturas y las criaturas increadas. Desincrearse es un desafío extremo. Vos sos decente, púdico... y la decencia es la tumba de los vivos. Tu enemigo es la conciencia... la cultura! La conciencia que tenés de todo! Que pretendés tener de todo. Si vas a pensar, tenés que pensar en contra de vos mismo. Tus antagonistas son el tótem y el tabú. El tótem y el tabú son parásitos que se alimentan de vos, te corrompen, hacen de vos una persona ruin. Solo me interesa lo que es mío! Mío, mío, mío, mío... mío es una palabra atroz. No sos dueño de nada, ni de tu cuerpo, ni de tus ideas. No sos dueño de tus dones, tus ojos son obra de la naturaleza, tu sexo es obra del destino. Mi amor! Mi amor! Mi amor no existe! Los amores no son esclavos de nadie! Aceptar eso es clave para desentrañar tu historia. Voy a serte franco, yo no lo tengo aceptado, no totalmente, hay días que sí y días que no... La posesión es la pasión de los idiotas! De los mediocres, de los liberales, la única posesión que vale es la posesión de los mendigos, de los vagabundos. Ellos, por lo menos, no mienten, ni se mienten a sí mismos: encarnan sus doctrinas, están desprovistos de todo, duran, para ellos, los otros están bloqueados en la ilusión. El sistema capitalista es una desgracia, es, fue y será una desgracia. La globalización, Internet, el monetarismo, son expresiones contra natura, la naturaleza no habla esos idiomas, la naturaleza no habla. La naturaleza es el único gobierno posible. Vos sos mejor, mucho mejor hoy que ayer, de eso no podés dudar. El sujeto de ayer no puede cambiar ya nada. Vos podés cambiar muchas cosas, entre esas cosas, podés cambiar al sujeto de ayer! Sujeto, cuerpo y espíritu. Vos tenés que preguntarte: es necesario que el motor haga ruidos? Si sé bien que el motor funciona, por qué necesito sentirlo rugir? Quién habla por mí? Quién se apropia de mis sentimientos y los manipula? Vos mismo, está claro! Otros vos que están dentro de vos, intrusos que forman parte de vos, que se pelean a ciegas, que se disputan un trono inexistente, adoradores de la materia y del placer. La vida es juego compañero! El inconsciente es la verdadera trama de nuestro destino, si no dejamos que desborde, si no escuchamos lo que tiene para decir, nuestro destino se atasca, cae preso de la palabras, podés ver eso? No, no podés, no todavía, pero vas a poder... Mirá los pájaros del río, las gaviotas, los cisnes, las palomas blancas, las garzas negras, los seres de este mundo son la mejor prueba de la existencia de otros mundos, tenés que buscarte en esos otros mundos. No es fácil pero es delicioso, hay que ser paciente, abierto y perseverante. La deconstrucción se hace ladrillo por ladrillo, en un dibujo mágico. Vos tenés que abrazar un compromiso, tenés que intentar adorar el misterio, el misterio que hace de los otros, otros, y de vos, vos. Tenés que navegar mucho para llegar a donde pretendés llegar, sabés cómo se llama ese puerto? Ese puerto se llama Origen, el puerto de los hijos y de todas las madres. Hijos del sol, madre de los vivientes. Los marineros lo saben bien: partiendo de un punto cualquiera y navegando siempre en la misma dirección, debería alcanzarse el punto de partida. La vía seca no existe! Ahora yo voy a partir. Sos libre de hacer lo que quieras. Mi consejo es: agarrá tu balsa y navegá! Navegá hasta el infinito! La aventura es todo lo que podemos desear. Morir es el mayor privilegio de los aventureros!

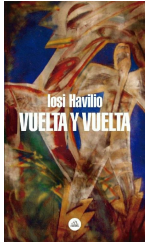
*¡Siga adelante!*

*¡No se detenga!*

*¡No mire atrás!*







«Iosi Havilio es un escritor inclasificable y genial.»

Mónica Rossi

*Vuelta y vuelta* es una historia sobre la búsqueda de sentido y una fábula hiperrealista. En medio del duelo por la muerte de su madre, una mujer muy especial cuya huella ha quedado marcada en sus hijos y en su arte, el autor y protagonista de esta ficción se embarca en una aventura extrema, que se inicia en la isla Martín García y lo llevará a conocer personas extraordinarias en un viaje tan alucinado como consciente. Con un trabajo singularísimo del lenguaje, aboliendo las normas, la narración se vuelve hipnótica y logra una atracción irreversible hacia un universo literario único.

## IOSI HAVILIO

Nació en Buenos Aires, en 1974. Estudió filosofía, música y cine. Publicó *Estocolmo* (2010), *Paraísos* (2012), *La serenidad* (2014), *Pequeña flor* (2015), que próximamente será llevada al cine, y *Jacki, la internet profunda* (2018). Su obra ha sido traducida al inglés, al italiano, al francés y al croata, entre otros idiomas. *Vuelta y vuelta* es su último libro. En 2020, Literatura Random House reeditará *Opendoor*, su primera novela.



Havilio, Iosi

Vuelta y vuelta / Iosi Havilio. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Literatura Random House, 2019.

(Literatura Random House)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-769-087-3

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Imagen de cubierta: *La fuerza de empujar* de Mónica Rossi.

Técnica mixta, 138 x 199 cm, 1981.

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-769-087-3

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

me **gustaleer**

# Descubrí tu próxima lectura

Suscribite y recibí  
recomendaciones  
personalizadas.

SUSCRIBIRSE

# Índice

Vuelta y vuelta

Epígrafe

Sobre este libro

Sobre el autor

Otros títulos del autor

Créditos